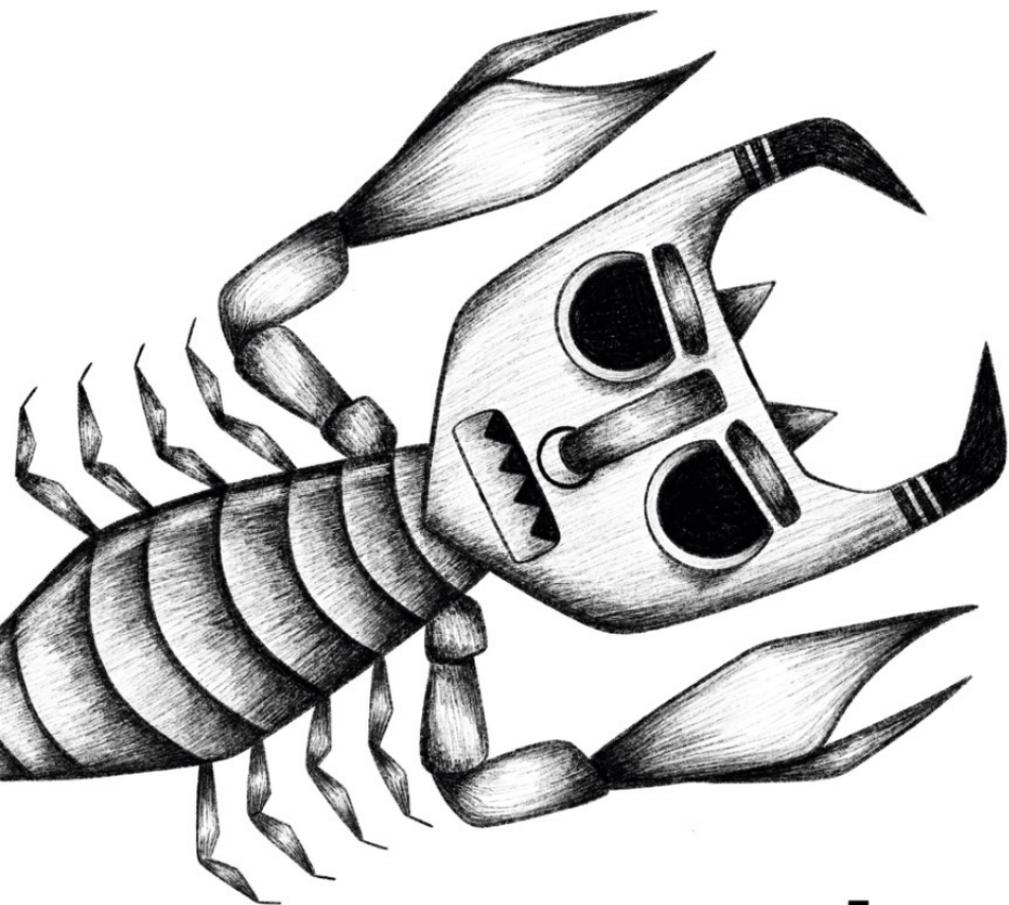


LA
MÁSCARA
DEL
ALACRÁN

JUAN PABLO CASTRO RODAS







LA
MÁSCARA
DEL
ALACRÁN

LA MÁSCARA DEL ALACRÁN

© Del texto: Juan Pablo Castro Rodas

© De las ilustraciones: Oye Sebastián

© De esta edición: Universidad del Azuay. Casa Editora, 2024

ISBN: 978-9942-670-06-9

e-ISBN: 978-9942-670-07-6

Edición: Cristóbal Zapata

Diseño y diagramación: Sebastián Ramón Lazo

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
en Cuenca del Ecuador

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio,
sin la autorización expresa del titular de los derechos*

Cuenca - Ecuador
Julio de 2024

Juan Pablo Castro Rodas

LA
MÁSCARA
DEL
ALACRÁN



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

Para J. Vásquez, detective

En todos los hombres, aún en los buenos,
hay una bestia indómita que asoma en el sueño.
PLATÓN



Pudo ser que el teniente Veintimilla estuviese adormilado sobre una vieja mecedora veneciana cuando escuchó el estallido de un trueno y luego otro, una ráfaga de intensos golpes de electricidad, que lo rescataban del fondo de la inconsciencia alcohólica y lo traían de regreso a la vida.

Al abrir los ojos, miró una espiral de arena en la distancia y, en su interior, la silueta de un animal: un alacrán, pensó. Se incorporó tambaleante, con el cuerpo pesado, y se restregó los ojos con las palmas de las manos. En el cielo estalló un relámpago; dentro de la casa timbraba el teléfono. El alacrán se deslizó sobre la carretera, como una alargada sombra viva, exponiendo las patas negras y el amenazante aguijón. El teniente se restregó nuevamente los ojos. Al abrirlos, poco a poco, el alacrán dio paso a otra forma. Ya no era el mismo animal que había creído percibir dentro de la espiral de arena. Como si debajo de esa bruñida piel negra estuviese latiendo otra materia en gestación, el alacrán se transformaba en un Impala negro, a medida que el teniente recuperaba la conciencia. En sus ojos la realidad tomaba otra consistencia. Chevrolet Impala del 67, dijo Veintimilla. Un hongo de

luz estallaba sobre el parabrisas, algunas ondas de calor dilataban las ruedas. El teniente se había quedado dormido, como las últimas tardes, fuera de la casa. A sus pies reposaba un gato siamés. Faltaban cien metros para que el Impala se detuviese frente a la casa. Durante unos segundos, el teniente dudó. ¿Debía quedarse ahí, estático, tratando de romper el manto de la ebriedad o era propicio activar el protocolo de escape que había armado unas semanas antes, cuando decidió refugiarse en la casa de un pariente? Buscó un cigarrillo en el bolsillo de la camisa. El gato abrió los ojos y contempló la figura encorvada y gris del teniente. Pobre hombre. Quiso levantarse, arquear la columna vertebral, soltar breves maullidos agónicos, morder esos delgados tobillos blancos. Unos segundos después el automóvil se detuvo a veinte o treinta metros de la casa. Dos siluetas estaban en su interior. El sicario, la mano justiciera, y el chofer. Es justo y necesario, Octubre –dijo–, al tiempo que el gato abría sus cristalinos ojos celestes. Pobre tipo. Era pertinente arquear la columna vertebral, dejarse abrazar, morderle el cuello. En ese instante, al tiempo que las sombras cubrían el despejado cielo, el teniente sintió un estallido de regocijo en el corazón. Vio un reverberante punto de luz al final del túnel. Justo y necesario. Imaginó que sería un disparo seco en la cabeza, uno más en el corazón. Debería pensar en su madre, consagrar los últimos segundos de vida a su devota imagen. Cerró los ojos. Uno, dos segundos. Entonces escuchó el arma rastrillada, la respiración jadeante del sicario, el golpe del percutor. La chispa que precede a la luz. El proyectil que rasga el manto del sonido y el golpe de su propio cuerpo rebotando contra el piso de madera. Veintimilla abre uno de sus ojos: apenas puede mirar las siluetas oscuras de sus asesinos, desdibujadas tras un manto de arena, desvanecidas ahora. Es mejor dormir para siempre, descansar. La muerte es hermosa –piensa–, y mira cómo su cuerpo pierde la consistencia de la car-

ne. Dormir, dormir para siempre, dejarse ir, flotar, desvanecer las emociones que germinan del dolor y el abandono, olvidarlo todo en un instante pleno, en ese segundo infinito donde se quiebra la materia humana. Dormir, descansar, volverse luz. No obstante, a pesar de esa dulce sensación etérea, Veintimilla no logra encaminarse por el túnel de luz, no puede entregarse jubilosamente a ese estado gaseoso del tiempo. Hay una sensación áspera que se lo impide, áspera y húmeda que siente en la punta de la nariz, una y otra vez. Los relámpagos estallan al fondo de la consciencia. Creyó que serían los jinetes del Apocalipsis o los tambores de la muerte. Pensó eso, y sintió, al mismo tiempo, como el cuerpo regresaba a su consistencia habitual: los huesos se engarzan a la carne, la sangre se desplaza a través de las arterias. Maldita sea, dijo, consciente de que su partida sería postergada, y, rumiando la frustración, abrió los ojos, y ahí, prensado contra su rostro, encontró el cuerpo del gato, el antifaz oscuro que cubría su cara. ¡Mierda!, Octubre –dijo el teniente– contigo no hay cómo morir en paz. El gato paró su labor, y soltó unos cuantos gemidos quejumbrosos. El teniente miró el cielo: algunas líneas amarillas atravesaban de un extremo al otro el campo de visión, fisurando la perfecta tela azul. El teléfono volvió a sonar. No había rastro alguno de los sicarios, del alacrán o del Impala negro. Miró la serpenteante línea de la carretera, tan vacía como todos los días. Se incorporó gimiendo todavía el miedo, al tiempo que el gato emitía dos o tres maullidos afónicos, y recorriendo los pasos andados, buscó el teléfono.

–¿Si...? –preguntó, con un hilo de pesada voz fantasmal.

–Hombre –escuchó al otro lado de la línea–, ¿sigue vivo?

–Medio vivo –respondió, sabiendo que quien le hablaba, era Acevedo–, medio vivo...

Algunos meses atrás, el teniente Veintimilla había regresado a la vida, a esa versión de la vida que parecía desvanecerse a cada minuto. De un día para otro, tomó el teléfono y llamó a Acevedo. Al principio, solo escuchó un ruido silencioso, como si su amigo estuviese habitando un mundo paralelo, como si, a pesar del dato tangible, no pudiese creer que, al otro lado del teléfono, estuviese oyendo la voz del teniente Ignacio Veintimilla, desaparecido durante meses, perdido en la nada, herido en cuerpo y alma. Acevedo creyó escuchar el rumor impetuoso del mar y se imaginó que su colega había optado, como siempre dijo, por refugiarse en alguna playa del Pacífico. Por unos segundos, se lo imaginó como un viejo Hemingway –con pantaloneta y sandalias, la barba crecida y los ojos apesadumbrados– contemplando el mar. Veintimilla le contó que, durante esos meses, había vagado por paisajes insondables, carcomido por la culpa, un errante hombre indiferente a los signos del fin del mundo que aparecían en los noticieros de televisión. Cada día se recriminaba por haber dejado que la duda hubiese dominado sus decisiones. Siempre se había considerado un hombre racional, supeditado a las formas del comportamiento civilizado. No obstante, esa noche, cuando descubrió que también el universo de sus convicciones se desmoronaba, decidió desaparecer. La resolución del caso del profesor asesinado –un viejo travesti de oscuro comportamiento sexual– supuso el inicio de una tormenta. Se sentía débil, incapacitado para soportarla. A pesar de creer firmemente en el Estado de derecho, y de haber dedicado buena parte de su vida a defender las causas institucionales de la Policía Nacional, optó por dejar ese mundo organizado y, como un hippy anacrónico, tomó un bus en la estación de Carcelén, en Quito, y partió hacia la playa de Montañita. En su fuero interno, luchaba por aceptar que había tomado la decisión correcta, al dejar en la impunidad a la familia de

banqueros que, según su última conjetura, había decidido matar al profesor. Era cierto, sus prácticas de sátiro le llevaron a violar a Iris, el joven andrógino de los Vivanco, pero también era cierto que los asesinos intelectuales y sus sicarios debían pagar por su crimen. Sin embargo, Veintimilla, como si en sus manos tuviese el poder santo de la justicia, decidió no consignar en el informe final los resultados de su investigación. De esa manera, él, como juez de la humanidad, sentenció al profesor universitario. Se merecía morir de esa manera cruel, pensaba, y lo imaginaba con un vestido blanco de encajes y borlas, y una enorme peluca Sartine, gimiendo sobre el cuerpo drogado del joven Vivanco, pero al mismo tiempo un punzante remordimiento le hincaba la piel. Menos mal, se decía a sí mismo, que decidió renunciar a la Policía. Al menos de esa manera le quedaba algo de dignidad y decencia. De todas formas, parecía que ya nada sería igual. En el país, como si fuese un ejército silencioso de espectros, en las últimas semanas habían aparecido cientos de jóvenes sicarios que se disputaban a dentelladas los nuevos territorios de la droga, matando a jueces, políticos, empresarios; poniendo coches bombas y extorsionando a periodistas y fiscales. Los capos, los jefes ocultos, encontraban el campo fértil para secuestrar a estos jóvenes y convertirlos en sicarios profesionales, la pobreza, la desolación. En el país vivía la muerte, una gigantesca medusa invisible que lo miraba todo. Así que él, con sus preguntas existenciales, parecía un sujeto frívolo, frente a la inminencia del desastre nacional. En medio de ese tormentoso debate moral, además, pulsaba el deseo de encontrarse con el amor: la silueta evanescente de Magda, la mujer que había amado durante años, la mujer que había maltratado tanto, hasta que ella decidió migrar a Europa. Que estúpido se sentía, ahí, en medio de esa ilusión, imaginando que su exesposa abandonaría lo poco que habría conseguido: el trabajo en un geriátrico, un

suelo seguro, quizás el amor. Jamás regresaría al Ecuador, el país del que había huido, cansada de la violencia y la desesperanza. Era imposible pensar que Magda renunciaría a la paz que otorgaba la distancia, aunque estuviese inundada de melancolía. Quizás estuviese casada con un italiano, pensaba Veintimilla, y rechazaba abruptamente la imagen, no solo porque le parecía un cliché, sino porque sentía todavía un estallido sentimental, pero regresaba a ella como si fuese el destino: lo habría conocido en el geriátrico, tal vez fuese el hijo de la señora a la que Magda cuidaba, quizás él nunca le habría dicho nada, hasta que su madre murió; entonces habría decidido agradecer a la servicial ecuatoriana invitándole un café luego de enterrar a la madre, y ahí habría empezado todo. Así debió ser, pensaba el teniente. Jamás declinaría a los derechos consagrados por el matrimonio con un ciudadano de la comunidad europea. Ya debe tener un hijo o dos, se dijo, pues Magda era una de esas mujeres que había nacido para ser madre, esa había sido una de las razones por las que la relación con Veintimilla se hundió rápidamente. Traer un niño a este mundo podrido era un acto terrorista, decía el teniente, pero ella no creía del todo en esas razones y lo miraba con creciente desconfianza. Que estúpido soy, se repetía el teniente, al constatar que era víctima de un arrebato de romántica ingenuidad. Sin embargo, continuó hundido en ese estado de ensoñación. Durante unos segundos, a medida que se quedaba dormido, recordó el cabello de Magda. Tienes un hermoso pelo de india, le había dicho alguna vez, mientras ella lo miraba con enojo. Soy montubia, no india, le había respondido. En los sueños, imaginó que se encontraba encerrado en una habitación roja y líquida como el interior de una pecera; de un momento a otro, ya no era cuerpo de hombre, sino el cuerpo de un pez, y nadaba plácidamente entre los corales, una decena de estáticos peces de plástico y la réplica en miniatura de una balandra

anclada a la oscura arena. Despertó cuando el bus se acercaba a la playa. A través de la ventana, el mar se dibujaba como una masa gris, una línea de luz perfilaba el horizonte. El arrebató sentimental había desaparecido. Al llegar a Montañita, la culpa lo acechaba otra vez con fuerza, como si a lo largo de las horas transcurridas en la incomodidad del bus interprovincial, ese monstruo se hubiese alimentado con la sangre contaminada de químicos que había ingerido las últimas semanas a fin de palear los estragos del último episodio de gota. Compró una botella de caña manabita y buscó un lugar donde esconderse. A esa hora, el frenesí de la vida nocturna había desaparecido. Parecía un pueblo fantasma. Sin embargo, en el ambiente todavía flotaba el aroma ácido y dulce que produce el vigor del cuerpo y los químicos que operan como atajos hacia la felicidad. Para su suerte, Veintimilla encontró una habitación libre en un hotel, y se encerró. Ahí, acostado sobre la cama, continuó con el diagnóstico. No era posible que estuviera en esa disyuntiva, no él que creía poseer una privilegiada mente cartesiana, capaz de sopesar las situaciones más complicadas y de encontrar las soluciones más idóneas. No obstante, sabía que era imposible retomar el camino recorrido. Mal haría si decidía regresar a su ciudad como un perro arrepentido y presentar sus excusas a la comandante Carrión, decirle que había fallado en su misión y que estaba dispuesto a recibir las sanciones respectivas. Tendría que aceptar que había asumido el rol de un juez supremo para sentenciar al profesor asesinado, y, al mismo tiempo, dejar en libertad a los culpables de su muerte, y eso, en el fondo, no estaba dispuesto a soportar.

La noche lo envolvía en un manto de tristeza. Algunos insectos pugnaban por atravesar el mosquitero que sellaba la ventana. El mar latía al fondo de la escena, apenas disuelto en los segundos en los que Veintimilla se perdía en sus pensamientos.

Se mereció morir así, se repetía, y recordó el cuerpo lampiño del profesor, desnudo y drogado, con un puñal clavado en el corazón y el tallo de una margarita en el ano. No había marcha atrás. Encendió el televisor que estaba frente a la cama, empotrado a la pared, como un ataúd infantil. En las noticias, se mostraban los cuerpos ensangrentados, sin rostros, carbonizados de los presos que habían sido asesinados en la Penitenciaría del Litoral. Era una de las tantas guerras que se desataban en las cárceles del país. Veintimilla miraba esas imágenes como si fuesen la estela de una película trágica, al tiempo que se miraba así mismo, desdoblado, flotando sobre la habitación, como si su cuerpo hubiese perdido la materialidad de sus órganos. De pronto, con la mente inundada de aguardiente, creyó encontrar la respuesta. Era tan obvia. Estaba ahí mismo, agazapada en la infranqueable gelidez del acero. Se levantó tambaleante, desnudo como se hallaba, y buscó su Beretta 92. Miró a través de la ventana. La calle empezaba a poblarse de gente: cuerpos tornasolados que levitaban a pocos centímetros de la tierra. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se encerrara en la habitación? Imaginó el mar oscuro –huestes de sal, siluetas de agua bruniada– y más allá, en el fondo aéreo del cuadro, unas cuantas estrellas centelleantes y ficticias. El aire caliente espesaba la habitación. Le costaba respirar con normalidad. Abrió la ventana quitando el mosquitero para que entrase la brisa. Una enorme mariposa negra, de azulinas alas de terciopelo, ingresó flotando erráticamente. Se posó en una de las paredes. El teniente la observó. La apuntó con su arma durante unos segundos. Creyó mirar los ojos expuestos del insecto, escrutándolo en silencio. Sería tan fácil, pensó, tan fácil, y bajó su arma a la altura del corazón. Cerró los ojos, seguro de lo que debía hacer. Como un tsunami se formó en su cabeza un enjambre de imágenes: la noche impregnada de humo, los cuerpos mutilados de los presos, los gritos de horror

grabados con los celulares; la margarita ondulando en la estrella negra del profesor asesinado, los rostros de Iris, de su hermana Virginia, hermosos, rubios y bronceados; don Vivanco jadeante y vestido de blanco, con el mar a sus espaldas: un cuerpo con tres cabezas; y luego otra vez Iris, esa pérfida belleza que parecía emancipar su corazón de viejo policía, y un disparo que surca la noche, que rompe la tela estrellada del cielo y se incrusta en el hombro izquierdo de Veintimilla; y la nada, una honda tristeza que le anega el cuerpo. Dio uno, dos, tres, cuatro pasos hacia atrás, los dedos engarrotados al arma se abrieron, cerró los ojos y se desplomó sobre la cama.

Cuando despertó, a la mañana siguiente, la mariposa había desaparecido. Se vistió con calma, consciente del vaciamiento que había sufrido su cuerpo. Los músculos estaban rígidos, como si hubiese jugado un intenso partido de fútbol la noche anterior. En la recepción preguntó dónde podría desayunar. Algunas horas más tarde, caminaba por la playa con una extraña soltura. Todavía soportaba los efectos del episodio de gota en el dedo gordo del pie izquierdo, pero su cuerpo se hallaba en calma, como si la presencia del mar, ese rumor de sal, armonizara los latidos de su corazón. La bruma de las últimas horas había desaparecido. Hacia el final de la tarde, ingresó en un *cyber* café y redactó su carta de renuncia. Un texto breve y concluyente. No dio ninguna razón específica que argumentara su dimisión, tampoco se comprometía a remitir el informe final del caso, aunque señaló que enviaría la Beretta 92 de dotación, vía servicio postal privado. Con carácter de irrevocable, selló su decisión. El final, pensó, siempre supone un nuevo inicio. Eso le contó a Acevedo. Y también le contó, sin pausa, como si las palabras, igual que las olas del mar, debiesen continuar con su marcha infinita que, durante las siguientes semanas, se halló en un estado de duermevela, dopado, habitando un cuerpo que

le resultaba ajeno. Sabía que no tendría el valor para matarse, esa era una solución de poetas románticos, y él, a pesar de todo, no era más que un simple policía trastornado. Consiguió trabajo en la cocina de un restaurante y con esos escasos recursos sobrevivió día tras día en ese pueblo costero.

Montañita era un mundo dislocado: en el día, vacío y apacible como si los cuerpos y las almas estuviesen en un estado de reposo, vampiros atentos a la caída del sol; en el ambiente flotaba siempre una estela de marihuana y salitre y ese aroma a libertad que exudan los hombres y las mujeres cuando viven el frenesí de la vida. En la noche, el pueblo se transformaba en un monstruo, con miles de brazos y piernas y ojos que se envolvía a sí mismo, en una frenética espiral de carne. El teniente se acopló sin problema a esa vida entre surfistas, hippies posmodernos, turistas, y la gente de la comunidad a la que parecía bastarle la mansa felicidad del dinero. Aunque en todo el país aumentaban los casos de feminicidios, secuestros exprés y suicidios grupales de adolescentes, a Veintimilla le parecía que era materia de una realidad paralela, como si fuese un cuerpo monstruoso atrapado en otro plano de la realidad, una realidad exacerbada por los medios de comunicación. Dormía en la parte trasera del restaurante y hacía las veces de cuidador. Para su suerte, tuvo la compañía de un pastor alemán, un encanecido pastor sin cola, al que bautizó como Perro. Perro llegó una noche cuando el restaurante estaba por cerrar. Veintimilla lo vio desplomarse con todo el cansancio del mundo. Y ahí se quedó durante toda la noche. El teniente le dio agua y algunas sobras de arroz. Durante los largos insomnios, Veintimilla cruzó por lo que luego definiría como paisajes insondables, provisto siempre de una botella de aguardiente y una dotación de cigarrillos. Había algo de tozudo sacrificio, es verdad, le dijo a Acevedo, pero era la única redención posible.

El teniente guardó el relato decisivo para el final, pero antes, como un dramaturgo incipiente, recalcó que se sentía más viejo, más solo, invisible entre esa multitud de estelas humanas que transitaban la noche, libres e infinitas, como sobrevivientes de una pandemia. Quizás, le dijo a Acevedo, o pensó que le había dicho eso: la triste figura de un hombre quebrado, un hombre esqueleto. Un día, continuó el teniente, me aburrí, y decidí que hasta ahí llegaba mi errante vida de hippy junto al mar. Contacté a un pariente de Quito, el último tío vivo, y le conté la vida que llevaba. Me ofreció hospedaje en una casa abandonada en Carapungo, al norte de Quito, desde donde le llamo. Y ahí, cuando Acevedo estaba por emitir su diagnóstico frente al relato del colega, Veintimilla empezó a contar lo que le había pasado alguna noche, cuando se dedicó a beber sin contemplación, con Perro siempre a sus pies. Perro había asumido su rol de lazarillo de manera responsable. Los vecinos de Montañita vieron con naturalidad la relación entre ese taciturno serrano, alto y jorobado, y el deforme perro playero. Era frecuente mirarlos caminar por la playa, tambaleando como si compartieran, además del techo y la comida, los litros de aguardiente. Una resplandeciente noche caminaban por la playa: la mirada turbia, los pies pesados sobre la superficie helada de la arena; un hilo de brisa levantaba el mechón de cenizo pelo rubio que caía sobre la frente del teniente. Perro iba junto a él, mirando con indiferencia los cangrejos rojos y platinados que se escabullían velozmente en los túneles de arena. Más allá, al filo de la playa, a esa hora iluminada por la luz cenital de la luna, o detrás de una duna, entre los restos de una o dos canoas, o detrás de los matorrales, miró o creyó mirar un bulto —un cuerpo que eran dos o más— y se acercó tratando de enfocar la mirada. El teniente suponía que sería una pareja jugando al amor. Al acercarse un poco más, creyó descubrir que un hombre trataba de someter a otro hombre, o era

una mujer que, de tan joven, le pareció un niño o un adolescente. Fue un impulso incontrollable lo que llevó al teniente a lanzarse sobre el hombre, al tiempo que Perro empezó a ladrar. Lo tomó del brazo, era velludo y musculoso, el cuerpo a medio desnudarse, la piel cristalizada en diminutos filamentos de arena, y debajo, ahora libre, con un chorro de luz de luna que le encendía el rostro, una mujer o una joven, apenas viva, como el cuerpo de una muñeca vaciada de emociones, o quizás ese rastro del terror que anula las facciones del rostro. Perro ladraba, eran unos aullidos afónicos, antiguos. Tiró al hombre hacia un costado. Fue un milagro que pudiese encontrar tanta fuerza. Durante unos segundos, el hombre desapareció por el flanco de la escena. El teniente creyó que la joven mujer se hallaba en un estado catatónico. Se arrodilló junto a ella y empezó el protocolo de resucitación. Uno, dos, tres, con las manos juntas sobre el pecho, respiración de boca a boca. Uno, dos, tres. Una fracción de nube cercenó la luna, también los ojos de la joven, como si fuese el recorrido de una navaja. Uno, dos, tres. Entonces escuchó a Perro ladrar, fue un quejido, un lamento agudo, y regresó a mirarlo, sin levantar las manos del pecho de la mujer. Ahí estaba Perro sobre la playa con la sangre que bullía de la cabeza, vaciado de vida, apenas los estertores de la muerte. Cerca, a unos cuantos centímetros una piedra, y más allá, la silueta del hombre que corría, que se perdía entre la noche anegada ahora de oscuridad. La luna estaba cubierta por una espesa nube nocturna. El teniente quiso levantarse, perseguir al asesino, vengar la muerte de Perro, pero no pudo, sus manos seguían adheridas al pecho de la mujer o el joven. Regresó a su labor. Una, dos, tres, boca a boca. Y ahí, cuando el crepitar del mar regresó, como si durante los segundos anteriores se hubiese hundido en el silencio, la mujer o el joven abrió los ojos, los ojos sobre los cuales ahora, poco a poco, la luna empezaba a brillar.

Durante los minutos que duró el relato, Acevedo debió imaginar la mirada inquisidora de Veintimilla, al otro lado de la realidad, escrutándolo como solía hacerlo con esa mirada aparentemente hostil. Entonces, pensaría Acevedo, este bicho sigue vivo y, por si fuera poco, es un héroe, el muy cabrón. Todos en la Policía lo creían refugiado en Ciudad de México, como un migrante más, quizás vendiendo películas piratas en Tepito o lavando los vasos de pulque en algún antro de la Plaza Garibaldi. Qué va, podría haber dicho Acevedo, seguramente se ganará la vida bailando en algún bar de travestis. Siempre amó a la Colorina, y se reiría con todos los dientes expuestos, al tiempo que los otros policías festejaban la broma. Cabrón de mierda, le dijo Acevedo, mientras Veintimilla calló unos segundos, tengo ganas de pegarte un par de piñas.

—¿Y qué mierda vas a hacer en Quito? —preguntó Acevedo. Veintimilla lo imaginó en su cómoda vida de provincia, con un salario fijo y su enorme moto Yamaha. Aunque Cuenca se había expandido, su espíritu seguía siendo pueblerino, conservador, y eso al fotógrafo de la Policía le gustaba. A pesar del miedo que avanzaba en el país como una inmensa ola espesa, las cosas en el pueblo no cambiaban demasiado. La gente se adaptaba resignadamente a la presencia turbia de la violencia.

—Ya veré... —dijo Veintimilla, con tono disuasivo.

—Las cosas no están para divagaciones. En un tiempo de mierda. El país se está desangrando, ¿sí sabe?

—Algo, hombre, ten cuidado: no quiero que te dé un ataque. Solo quería saber cómo estás, qué es de tu vida de sátiro, qué es del personal...

—Lo mismo de siempre, jaja; estamos bien, en la medida de lo que se puede en este país. Dejamos, de un plomazo, de ser

ese pequeño país bananero, isla de paz y tránsito marginal. Ahora estamos en el centro del huracán. Y esto solo puede ir para peor.

–Era lo que debía pasar. Un país que ha abandonado a su gente, sobre todo a esos niños que sobreviven en gethos, al margen del estado, listos para enfilarse en las bandas criminales.

–Ah, mierda, me olvidaba que usted es medio sociólogo.

–No me insulte; tengo los ojos abiertos, eso es todo. Cualquiera que deje su ceguera a conveniencia puede ver que nuestro Ecuador siempre ha sido una mentira, una línea imaginaria.

–No siga, que me da ganas de llorar, parece consultor de UNICEF. Tiene que venir, aquí tiene un poco de papeles que llenar, no crea que se va a ir tan fácil de la institución.

–¿Cómo tomaron las cosas?

–Fue un milagro que no te dieran de baja, pero, dado que tu historial era impecable, aceptaron esa huevada de renuncia, y ya.

–Te dejo el teléfono de esta casa, por si alguna vez me visitas.

–Dalo por hecho –dijo Acevedo.

–Espera, tengo que contarte algo –dijo el teniente y dejó que pasaran unos segundos de pausa dramática...

–¿Qué, hombre?, habla de una buena vez.

–Voy a abrir una agencia de detectives.

Ahora, unas semanas después de haber regresado a la vida, con los últimos rezagos de la borrachera disueltos en el sueño, el teniente Veintimilla estaba por escuchar nuevamente la voz disfónica de Acevedo. Todavía latían en el corazón las últimas punzadas del miedo y la silueta desvanecida del alacrán detrás del manto de arena.

–Así que estás vivo –dijo Acevedo– es la tercera vez que te llamo. El mundo te necesita.

El teniente sintió la cola del gato acariciando sus piernas desnudas. Octubre –le dijo, mientras le acariciaba la quijada con los dedos del pie derecho, y el gato le mordía sin compasión el dedo gordo–, ¡Octubre!

–¿Cuál Octubre, hombre?, ¿está borracho? –vociferó Acevedo.

–No, no, hablaba con mi gato.

–Lo que nos faltaba, déjate de mariconadas, y escucha con atención lo que te voy a decir.

Acevedo le contó que, una semana atrás, la Policía Nacional de Quito recibió una llamada de emergencia. Fue una de las vecinas de la plaza de San Blas la que observó la puerta abierta de la casa en la que habitaba el Dr. Alfonso García Brito. Le pareció extraño que la puerta estuviese así, pues el Dr. García Brito, como le decía todo el mundo, era un hombre extremadamente escrupuloso en asuntos de seguridad. Era metódico y obsesivo. Y su casa –una reformada y excéntrica casa colonial de tres pisos– parecía inexpugnable. La puerta principal recordaba aquellas de los castillos medievales. Todos los vecinos conocían o creían conocer al doctor: era un renombrado coleccionista de obras de arte, un viudo que nunca había logrado rehacer su vida, un prestamista de altas sumas de dinero, un viejo abogado de pasado sospechoso, un solitario que vivía en la oscuridad y hablaba con los muertos. A pesar del encierro, de vez en cuando se lo veía caminar a primera hora del día por la plaza o enfilarse por alguna de las calles que conducían al centro norte de la ciudad, al menos esa fue la versión de una de las vecinas. Vestido con estricto terno y pajarita, con sombrero de ala corta y bastón, parecía un modelito tomado de una revista para hombres. A pesar de los años –una edad difícil de precisar, pues parecía una figura de cera– caminaba siempre erguido, desafiante, incluso displicente, como si la ciudad y el

mundo tuviesen que agradecer su presencia. Tomaba la avenida Amazonas hasta llegar a la cafetería Dolce&Pane junto al parque Julio Andrade. Se sentaba en una de las mesas exteriores y contemplaba la versión kitsch de la Torre Eiffel: una fachada, a modo de mascarón, que se alzaba en un edificio de departamentos, justo en frente de la cafetería. A pesar del mal gusto, al Dr. García Brito le parecía gracioso sentarse precisamente ahí, él, que se consideraba un esteta, y mirar las líneas rectas y curvas de esa ridícula réplica. Desayunaba huevos tibios, café pasado y tostadas con mantequilla y mermelada de mora. Emprendía su regreso acompasadamente, como si caminara sobre una enorme alfombra roja, hacia su mansión colonial, cuando el sol empezaba a rastrillar sus primeros jirones de furia. Y se encerraba todo el día. El Dr. García Brito era un prestigioso abogado jubilado, eso era cierto. Durante años había trabajado en importantes litigios penales, varios de los cuales había ganado. Se lo conocía por su ferocidad a la hora de defender a sus clientes. En sus mejores años –cuando era un hombre de familia, consagrado a su trabajo, y a sus deberes maritales, aunque sin hijos– había defendido a importantes políticos, banqueros, e incluso a los primeros narcos de estirpe local. De un día para otro, al menos para la esfera pública, se quedó viudo. Había mantenido la decisión a rajatabla de quedarse en la soltería, aunque algunas personas sostenían que seguramente habría tenido alguna amante ocasional. Quizás se había consagrado definitivamente a las prácticas onanistas. Los vecinos creían, eso le dijeron al policía asignado, que se pasaba el día encerrado con una daga medieval en la mano izquierda y en la derecha una pipa de hachís, recorriendo los pasillos y las habitaciones como si persiguiese su propia sombra. Otro vecino dijo que se imaginaba al doctor, siempre meticuloso como era, con una plancha caliente dispuesto a dejar impecables sus trajes y pajaritas, sus camisas y corbatas, o regan-

do las orquídeas, rosales, margaritas y claveles que conformaban un completo diseño geométrico en el patio central de la casa. O podando minuciosamente los cien bonsáis que se esparcían por la casa como armónicas islas vegetales. Encerrado todo el día, como un brujo, sentenció otra vecina. Y añadió que el viejo solitario vivía de las rentas de varias propiedades, o de la compra y venta de antigüedades, aunque también era posible que fuese, como se decía, prestamista de profesión, o que tuviese relaciones con la mafia. En más de una ocasión se había visto a personas sospechosas llegando a la mansión a altas horas de la noche. Esto también le dijo al policía de turno, quien ingresó al departamento del Dr. García Brito y tomó las primeras declaraciones.

Veintimilla, mientras escuchaba el relato de Acevedo, al otro lado del teléfono, acariciaba a Octubre, apostado sobre sus piernas, en uno de los pocos minutos que el felino cedía a su furia y se dejaba tocar por el humano. El teniente estaba sentado en una roída butaca de mimbre, de espalda a los ventanales iluminados por intensos chorros de luz. Procedido al ingreso en la casa, continuó Acevedo, el policía se quedó con la boca abierta al encontrarse con un museo. La casa colonial estaba repleta de objetos de todas las procedencias y naturalezas, tanto en las habitaciones, cuyas puertas daban al patio central, como los pasillos, los baños, la cocina y hasta en la terraza, desde la cual, decía el informe, se podían observar los techos de tejas oscuras, las casas blancas, con sus balcones repletos de orquídeas florecidas y el entramado regular de calles estrechas que conformaban el casco colonial de Quito. Al fondo, como una vigilante figura espectral, estaba la Virgen de El Panecillo. Todo parecía estar en orden dentro de la mansión. Acevedo le dijo que la vecina, ante la tardanza de la policía, había decidido averiguar qué pasaba. Entró sigilosamente como si temiese asustar al vecino. Estaría agripado, envuelto en

mantas sobre su cama, o quizás se habría dormido sobre un sillón, con los rayos de sol calentando sus viejas rodillas. La vecina se sorprendió al descubrir que su vecino, eso le dijo al policía, vivía rodeado de vírgenes y santos. En el informe se enlistaban, además, esculturas coloniales, alfombras persas, candelabros de plata, bustos esculpidos en bronce o mármol, cuadros de Cristos agonizantes y decenas de pájaros disecados, cuyos ojos de cristal parecían mirar desde la eternidad. *Buenas*, dijo la vecina, una y otra vez, *Dr. García Brito*, al ingresar por el pasillo de piedra, temerosa todavía de que el vecino le recriminara por aparecer como una intrusa. En el ambiente flotaba algún aroma, dijo la señora, quizás jazmín. Caminó por los pasillos de la casa deslumbrada por los objetos incomprendibles con los que se encontraba a su paso, sin saber muy bien qué hacer, pero impulsada por una creciente curiosidad. Había algo en el ambiente que la desconcertaba, pensaba el teniente Veintimilla, como si la muerte estuviese todavía presente entre los pliegues del silencio. Luego de entrar a dos o tres habitaciones del primer piso, continuó Acevedo, la vecina subió por las escaleras. A su paso, las esculturas parecían moverse, como si tuviesen vida propia. Hacía mucho frío. Llegó al umbral de la habitación del doctor. Era la boca del infierno, dijo, una oscura habitación recubierta de terciopelo rojo desde el piso hasta el techo. La cama era enorme. Ahí podrían dormir cómodamente cinco o seis o siete personas. El respaldo era de un algodónoso blanco percutido del que sobresalía un dragón y un centenar de estrellas nacaradas. El *duvet* tenía ese rosado desvaído que deja el color rojo cuando se ha marchitado. Un par de sandalias estaban correctamente dispuestas junto a la cama; eran de cuero, con las puntas peladas. No había signo alguno de que alguien hubiese modificado el orden de los veladores enchapados con baño de oro, las ondulantes sillas de autor y las enormes lámparas de pedestal que organizaban una

pequeña sala dentro de la habitación. La señora Josefina –así se llamaba la vecina, le dijo Acevedo a Veintimilla– salió de la habitación y caminó por el pasillo de piedra lustrada. Había algo que la impulsaba a seguir, pensó el teniente, una sensación de miedo y deseo, como si, a pesar de temer lo que pudiese encontrarse, estuviese dispuesta a todo. Llegó a la puerta del baño principal. Solo una bombilla, de la empolvada araña de cristal que colgaba en el pasillo, como un insecto moribundo, destilaba una luz ambarina. La puerta estaba entreabierta. Golpeó varias veces. Una línea de luz se perfilaba debajo de la puerta. Volvió a sentir el aroma a jazmín, dijo la vecina. Abrió con cuidado, quizás por un rezago de pudor. Ella también era viuda, había convivido con un hombre toda la vida, sabía lo que podía encontrar. Dijo que gritó –fue lo que escribió el policía en el informe– al descubrir el cuerpo del Dr. García Brito en la bañera. Aunque su rostro estaba cubierto con una toalla, supo que se trataba del vecino; parecía dormir. La vecina caminó unos pasos, sigilosa, como si no quisiese despertarlo y le tocó el hombro. Estaba helado. A pesar del temor, retiró un poco de la toalla, lo suficiente como para reconocer el gesto de la muerte que atravesaba el rostro del doctor. En el cuello se distinguían unas manchas moradas. Volvió a estremecerse, soltó la toalla, corrió hasta su casa y llamó al 911. Minutos más tarde, el policía ingresó al baño. En efecto, decía el informe policial, un cuerpo estaba en la tina, con la cara cubierta por una toalla blanca, uno de los brazos colgaba junto a la base de la tina, casi rozando el piso con los rollizos dedos violáceos. Desde el techo caían o flotaban decenas de iridiscentes y diminutos pájaros de metal. El policía se comunicó con la comandancia pidiendo al equipo forense. Cuarenta minutos después, los especialistas sellaban el departamento con una cinta amarilla, tomaban fotos del cuerpo y de las habitaciones, buscaban evidencias, huellas dactilares. Eso

le contó Acevedo a Veintimilla, a través del teléfono, mientras el teniente continuaba rascando la cabeza del gato. La tarde seguía bullendo en persistentes olas de calor. El teniente encendió un cigarrillo. Octubre lo miró con ojos desdeñosos y se apresuró a saltar. Ese horrible humo. Caminó unos cuantos centímetros y se estiró tan largo como era.

–Bueno, ¿y qué pinto yo en todo esto? –, preguntó Veintimilla, al tiempo que exhalaba dos o tres perfectos anillos de humo.

–Ja, ¿no me dijiste hace unas semanas que ibas a abrir una agencia de detectives?

Veintimilla no replicó nada. Sabía con certeza que esa declaración había sido un arrebato. En el país, más allá de algunos investigadores civiles especializados en cazar a esposos infieles, o en perseguir delitos digitales, no había ninguna agencia real de detectives, menos aún dada la creciente violencia, ese estallido salvaje de violencia que estremecía a toda la población. Los carteles mexicanos, colombianos, albaneses se disputaban el territorio cada día, con la ayuda de políticos, jueces y policías corruptos. Cientos de jóvenes marginados de la historia, sobre todo de las provincias costeras, estaban dispuestos a ingresar a los batallones, cumpliendo para ello las pruebas encomendadas: tráfico callejero de coca, secuestros exprés, o asesinatos en modalidad sicariato. También, como signo de un mundo que se quebraba entre el caos y la muerte, se reportaban más casos de esposas y novias asesinadas por sus amantes, suicidios de adolescentes que se ahorcaban en los puentes o que tomaban raticidas y desapariciones de niños y niñas, cuyos órganos, se sospechaba, eran vendidos al primer mundo. En medio de ese panorama, no había espacio para detectives que investigasen delitos menores, como la muerte de un viejo excéntrico. En un territorio desangrado –con oscuras fuerzas infiltradas en el poder, un narco estado podrido, unas élites más feroces que nunca y una

sociedad civil aterrorizada— solo era posible que creciese el horror. Veintimilla se sentía como un extranjero en su propia tierra, un sujeto agonizante en un mundo que le producía espanto. Sin embargo, en su fuero interno, pensaba que, por eso mismo, era imprescindible que alguien estuviese dispuesto a la búsqueda de la verdad, de una mínima porción de la verdad. El Ecuador —antes, ciertamente, una aparente isla de paz entre dos mares de horror— se hallaba en la infancia de la historia, viviendo inocentemente entre la ingenuidad y la ceguera, pensaba Veintimilla.

—Mira, continuó Acevedo, no te aceleres, la cosa es así: Al principio parecía tratarse de una muerte natural. Verás, al parecer el tal Dr. García Brito se metió a tomar un baño de rey, hecho el bacán, en la tina de su casa. Era un viejo decadente, de alcurnia que llaman, y tenía esos gustos añiñados. Se metió en la tina, como te digo, y estaría ahí en su disfrute, hasta que sufrió un infarto. Las pruebas en piel determinaron que estuvo en el agua entre doce y quince horas hasta que lo descubrió esa vecina. O sea que la muerte se dio golpe de nueve o diez de la noche.

—Fue un asesinato...

—No te adelantes.

—Te digo nomás.

—El viejo sufría de diabetes —continuó Acevedo—, y quién sabe qué otras patologías. En el baño se encontró una cantidad importante de medicinas y frascos de vitaminas, complementos nutricionales y otras huevadas, como somníferos. Además, parece que le entraba duro a la hierba. Seguramente su corazón decidió detenerse en ese momento, quizás el calor, la humedad, o ve tú a saber qué mierda pasó. Lo cierto es que partió canturreando su poema más triste. También se encontraron cinco botellas de champán y dos copas, parece que estuvo buena la fiesta, pero solo cuatro corchos. Los manes de criminalística dicen que buscaron

por todo lado, pero ya los conoces. Espera a ver lo que puso Aulestia en el informe, ahí viene lo bueno.

–Lo intuyo....

–Ya sé que sabes todo, pero déjame seguirte contando. El viejo, según se dice, era un hombre millonario, tacaño como él solo, y sin descendencia, o sea, en línea directa, aunque tiene una hermana menor, una tal María Dolores, aniñada a morir. Esta señora, luego de las exequias, (qué bien hablo, ¿diga?), se acercó a la Policía de Quito y, como era de esperarse, pidió el informe de la autopsia. Como te imaginarás esa gestión la hizo Aulestia, el man sabe, y ahí consignaba lo que ya sabíamos: infarto fulminante al miocardio. Pero había más información interesante. Resulta que en el examen de sangre se detectaron residuos de THC, cocaína y alcohol, y todas las demás huevadas: azúcar, triglicéridos, todo lo que tenemos al llegar a viejos, pero nada que fuese de muerte, no. Además, ponte mosca, había rasgos de violencia en el cuerpo: moretones en los brazos y en las piernas, como si fuese futbolista, y dos chupones en el cuello, esos que hacen las amantes para que las esposas descubran a los esposos infieles, ja, y otra cosita: una dosis exagerada de *blue love*, dos o tres pastillas, como si el veterano tuviese que poner dura una manguera de bombero. Todo esto escuchó la señora María Dolores, sin mostrar una emoción, eso me dijo Aulestia, gélida y seca la doña, y entonces dijo que era imprescindible abrir una investigación.

–Una mujer lista –dijo Veintimilla.

–La verdad es que es medio triste. Imagínate que este viejo, de quien los vecinos creían conocer todo, no tenía amigos, al menos alguno de quien se conociese. Cuando averiguamos a quién llamar no había ningún contacto evidente. Las vecinas, en especial esa Josefina, se apresuraron a entrar a la casa, pero luego, cuando se trataba de apoyar con algo concreto, no tenían idea de nada.

Menos mal que a alguno de los especialistas se le ocurrió poner el dedo en el iPhone del veterano, y ahí encontró la referencia “hermana”. La llamaron varias veces, pero no contestó, así que le dejaron un mensaje tipo: no soy el muerto, sino la Policía Nacional del Ecuador, su hermano murió, favor comunicarse con nosotros. La Policía de Quito va a abrir un expediente por muerte sospechosa, pero aquí entre nos, no creo que le den mayor bola. O sea, pondrán a un oficial para que haga el papeleo y basta, caso cerrado. Para mí, el veterano murió por exceso de virilidad, nada más...

–Pues –interrumpió Veintimilla agobiado por la cantidad de información que transmitía Acevedo– creo que hay algunos puntos oscuros en esa muerte...

–El asunto –continuó Acevedo como si no hubiese escuchado lo que le decía Veintimilla– es que esta señora María Dolores intuye que la Policía no hará nada y quiere contratar un detective. ¿Te acuerdas de Ramírez, ese man que trabaja en Homicidios en Quito? Bueno, él le contó a otro y ese a otro me llamó a mí, y yo dije: de una, el cabrón de Veintimilla, ese es el hombre. ¿Te suena?

Al teniente le sonaba. Desde que Acevedo comenzó el relato de lo sucedido, supo, por ese instinto básico que le bullía por el cuerpo, que había algo que no cuadraba en la escena, ese algo que le estimulaba la cabeza; sin embargo, no estaba todavía decidido a aceptar el caso. Se había acostumbrado a la modorra de su vida en Carapungo, sobreviviendo con los mínimos recursos junto a Octubre, sin que nadie le molestase.

–Así que, ¿le entra o no? –preguntó Acevedo.

–Pues sí –respondió Veintimilla, como si, pese a la duda, una secreta fuerza mayor le ordenase lo que debía hacer–, me contactaré con la señora García Brito, dame su número telefónico.

–No te preocupes, hablé con ella y le dije donde te escondes.

El sol empezó a desaparecer en el marco de la montaña. Algunas sombras dilatadas se proyectaron en el piso de la casa. El teniente se preparó un sánduche de queso y un café que compartió con Octubre. Al principio, algunas semanas atrás, el gato se extrañó al sentir ese aroma del café, pero, ante la carencia de otra opción, aceptó compartir esa excitante bebida aromática. No obstante, seguía prefiriendo trepar al lavabo y esperar pacientemente a que el negligente humano se percatase de su necesidad. Entonces, lamía el hilo de agua que brotaba de la llave, mientras el humano se cepillaba los dientes.

Cuando Veintimilla llegó a la casa de su tío, luego de su estancia en Montañita, quemado y barbudo como un solitario habitante isleño, se encontró con el profundo silencio de la casa. Ciertamente es que se hallaba abandonada, en los límites mismos de la ciudad, donde apenas se escuchaba el aullido de un lobo, o el estruendo que antecede a la tormenta, o el lejano ulular de una ambulancia, pero había otro silencio, uno que parecía habitar dentro de las cosas, como si los sonidos naturales de la casa —las cañerías oxidadas, el viento colándose por las rendijas, las maderas que se quejan de frío— estuviesen comprimidos por un peso absoluto. En los rincones parecía postrarse el vacío, ese hueco del sonido que, sin embargo, se vuelve un zumbido aletargado, una especie de aleteo lento y permanente de ese mismo silencio. Así pasó varios días, habituándose a vivir como un fantasma, despojado de la materialidad humana, como si su cuerpo también estuviese desapareciendo, volátil o vaporoso. Quizás de esa manera, pensaba Veintimilla, podría descubrir ese otro lado de la realidad, ahí donde las siluetas, los susurros o las manchas de vapor sobre los espejos, son las marcas o el lenguaje de los seres invisibles. Estaba habituado a ese rumor vacío. Una noche creyó que se estaba imaginando que ahí, marginado del ruido y del sonido de las cosas, podía escucharse

algo que no fueran sus propios movimientos humanos, o el golpe del viento sobre las ventanas, algo más que el tronar antiguo de las cañerías o el estruendo de un trueno. No, pensó Veintimilla, al escuchar que alguna entidad fantasmal emitía otros chasquidos agudos, insistentes. Se hallaba en el baño aletargado luego de cumplir con las obligaciones biológicas, con un libro de Hamsun entre sus manos. Era cierto, se dijo, al tiempo que salía del baño, seguro de encontrarse con los sonidos inexistentes que su imaginación de solitario le imponía. Una trampa de su cabeza, pensaba, tratando de dominar una incipiente sensación de miedo. Caminó unos cuantos metros. Las luces de la casa estaban apagadas, menos la del baño. Había adquirido esa maña de viejo. No obstante, la noche estaba clara, transparente, como si la luz de la luna hubiese propiciado una puesta en escena teatral. Volvió a escuchar ese gemido agudo, ese reclamo vital, y sin encender ninguna luz, descubrió la silueta inconfundible de un gato encaramado sobre el borde de la ventana, que lo miraba con evidente reclamo. Abrió la puerta y esperó a que el felino adquiriera confianza para ingresar. Le tomará unos minutos, pensó erróneamente, pues antes de terminar de formular la frase en su cabeza, el gato ya estaba dentro de la casa, maullando con evidente enfado, como si ese hombre se hubiese demorado una eternidad en cumplir una tarea tan fácil. Veintimilla le dio algo de jamón y un poco de agua. Y desde esa noche el gato nunca más dejó que la casa fuese inundada por el silencio. Sus maullidos, con la diversidad de tonos e intensidades, el ronroneo de pequeño tigre o león, o el ruido estrepitoso que producía al rasgar las hojas de los libros o al botar un vaso de cristal desde el mesón de la cocina, fueron los acordes de una sinfonía interminable. Sin embargo, cuando Octubre dormía, otra vez el silencio lo anegaba todo, como si el gato tuviese la capacidad de encender o apagar la maquinaria del sonido.

Al día siguiente de su llegada, el teniente miró –mientras Octubre trataba de cazar una mosca, maullando su frustración– las formas perfectas del joven gato siamés, ágil y dispuesto a enfrentar la vida con vigor inagotable; miró sus delgadas patas, el antifaz triangular y oscuro que se formaba en su cara; miró sus ojos apenas celestes, tan transparentes que parecían venir del mundo de los ciegos o de la fantasía; un gato que había sido dejado en la ventana de su casa por las manos mágicas de un hada madrina, y miró un calendario: faltaba un día para que empezara el mes de octubre. Te llamarás Octubre, proclamó en voz alta, como si ese enunciado fuese una forma de domar al futuro. El gato lo miró y soltó unos breves maullidos displicentes.

Ahora, al tiempo que el gato se acostaba de espada, mostrando la barriga capuchina, Veintimilla pensaba que había algo que no cuadraba en la investigación de la muerte del Dr. García Brito. No era la primera vez, si lo sabría él, que la Policía Nacional dejaba pasar los indicios obvios. Algunas veces era la negligencia: se levantaba la escena de manera precipitada, o se cumplían los protocolos mecánicamente. En otras ocasiones era una ceguera cómplice, como si alguna oscura fuerza determinara aquello que debía verse, aquello que debía callarse. Otras, tristemente, pensaba el teniente, era la torpeza de sus colegas, el descuido o la desidia. Eso reflexionaba mientras sentado en la silla mecedora empezaba a beber el tercer gin-tonic. He dejado el alcohol, le diría a Acevedo, ahora solo bebo gin-tonics. Jaja, le habría respondido el fotógrafo, deja de beber para beber de nuevo, pero ahora agregando agua tónica, qué cabrón.

El infarto podría ser consecuencia –continuaba pensando Veintimilla mientras miraba el horizonte, a través de las ventanas de la sala, difuminado bajo un barniz de arena– de la suma de factores que afectaron la salud del Dr. García Brito, es cierto, pero

había un detalle que la Policía dejó pasar, se hizo de la vista gorda o, a pesar de constituirse como un suceso extraño, simplemente se perdió en el marasmo de datos: la toalla sobre la cara del occiso. En ese punto imaginó la escena: el doctor dormido en la tina –los brillantes pajaritos de metal, apenas ondulantes, el olor persistente a jazmín, las gotas de silencio que crujen entre los árboles del patio central de la mansión–, el cuerpo hundido en el agua vetada de restos de jabón, manso como un gallo hervido con la cabeza recostada en el borde de la bañera, los dedos rozando el piso, en el anular de la mano derecha una línea de piel más blanca: la huella de un anillo que ya no está.

Regresó al presente. El gato dormía a pierna suelta, con la cabeza oculta entre sus manos negras. Algunos grumos de polvo flotaban en la estancia, visibles en el trayecto que la luz formaba desde la ventana principal. El silencio era quebrado por el quejido de alguna madera o el golpe crispado del viento. Quizás, dijo Veintimilla en voz alta, el tal García Brito se colocó la toalla para generar un efecto de sauna, o como un acto reflejo tratando de menguar la presencia de la luz. Octubre abrió los ojos. Estaba recostado sobre una alfombra, justo en la esquina de luz que proyectaba otra de las ventanas. Ya va, ahora empieza. O pudo ser –siguió el teniente, hablando para sí, subrayando las palabras y exagerando los gestos– que alguien le hubiese puesto esa toalla. ¿De quién eran esas manos que el teniente miraba en la escena proyectada en su mente, esas manos que sostenían la toalla durante unos segundos antes de depositarla con cuidado sobre la cara yacente del Dr. García Brito? Buscó su chaqueta de cuero negro y salió presurosamente: debía proveerse de cigarrillos, comprar algo de comida, y encontrar un local con servicio de internet.

El teniente fue detrás de la casa y tomó una vieja bicicleta Ebenezer color tinto que había sobrevivido al tiempo. Al llegar a

la casa del tío, tiempo atrás, el teniente la descubrió debajo de un toldo. Lucía una dignidad conmovedora, como si hubiese sido creada para soportar el polvo y el olvido. Su tío la habría montado alguna vez y, por un segundo, imaginó que hasta la usaría para rememorar alguna escena cinematográfica de evidente cursilería. Caminó unos metros empujando la bicicleta. Miró a Octubre quien, desde la puerta, lo despedía con aparente desidia. Se va. Y, al estilo de un consumado panadero, Veintimilla puso el pie izquierdo sobre el pedal, se empujó con el pie derecho y comenzó a pedalear ágilmente.

Desde lejos el camino parecía una prolongada serpiente albina. A medida que avanzaba, el teniente empezó a transpirar, el corazón se aceleraba al ritmo sostenido de la peladeada. Debía dejar de fumar, o comprarse un auto, una moto, un caballo, cualquier medio de transporte que le permitiese recorrer los kilómetros que separaban su casa de Carapungo, la población más cercana. Dejar de fumar, pero eso, por lo pronto, parecía una quimera. Ya habría tiempo para tomar esa decisión. Total, le había dicho en varias ocasiones a Acevedo, a mí el vicio no me domina. Sí, sí, cómo no, usted manda, le habría contestado el fotógrafo, sosteniéndole la sonrisa con sus achinados ojos cómplices.

La parroquia de Carapungo se había pegado a Quito durante los últimos años, una anexión producida por el crecimiento desordenado de la ciudad. Si desde el aire parecía un lagarto, esa parte de la ciudad podría ser la punta de la cola, el residuo final de la prolongación animal. Una punta laberíntica, con calles estrechas y zigzagueantes que parecían enredarse en sí mismas. Las casas de una sola planta, recordaban un pasado cantonal, pero superpuestas por edificios de tres o cuatro pisos, levantadas con el dinero de los migrantes retornados. Parecían hongos de cemento y cal. Los pobladores eran mayormente afros migrantes de El Chota, que no

se mezclaban con los descendientes de los indígenas del norte serrano, o que preferían mantener una relación apenas civilizada. El tío de Veintimilla había comprado el terreno donde se levantaba la casa treinta años atrás cuando se vislumbraban amplios complejos habitacionales destinados a los nuevos ricos. El tío creyó que sería una inversión segura y, por consejos varios, decidió construir una media agua que permitiese certificar la presencia humana. Sin embargo, esos proyectos de vivienda nunca prosperaron. Los campos de golf y de equitación, las piscinas y las amplias casas californianas se enmohecieron en los planos bosquejados y, poco a poco, la población originaria se expandió, y luego, en los siguientes años, los negros imbabureños empezaron a ocupar los barrios marginales. Se decía que los proyectos urbanísticos de alta plusvalía cayeron al piso tras descubrirse que, debajo de las tierras duras y cuarteadas de Carapungo, corría un río subterráneo de azufre y lava, un río infernal; también se escuchaba que eran terrenos sobre los cuales habían caminado, miles de años atrás, una decena de dinosaurios y que, desde el cielo, se podían mirar las inmensas huellas de sus patas, así que debían ser parte de un proyecto de patrimonio nacional; o que los primeros asentamientos se habían fundado sobre cementerios incas, cuyas almas emitían guturales quejidos milenarios. Todo se jodió, solía exclamar el tío, recordando que, en realidad, eran terrenos que tenían problemas de herencias coloniales, litigios que no terminaban de solucionarse nunca. Para mí buena fortuna, continuaba, hice caso a mi instinto y preferí comprar un terreno distante, donde creí que sería el final de todos los proyectos urbanos, un terreno limpio, sin juicios ni sentencias. Ahí, el desierto pareció doblegar toda empresa civilizatoria. Entre el manto de arena, ninguna esperanza parecía sobrevivir. Con el paso del tiempo, la casa pasó de ser un refugio esporádico para que el tío se juntara con algunos amigos a preparar parrilladas y

beber whisky; la casita de descanso donde, en pocas ocasiones, el tío se aislaba para soportar su intensa vida de mediano burgués, hasta que, finalmente, se degeneró en un refugio de borrachos y delinquentes menores, cuando el tío tuvo que salir del país durante algunos meses, pero incluso ellos la abandonaron. Cuando regresó del exterior, el tío fue a rodear las tierras, y se encontró con botellas empolvadas, enmohecidas cajetillas de cigarrillos, y condones viejos que parecían tripas de cabras o de terneros. Residuos de un tiempo muerto. En la casa habitaba el silencio como un cuerpo amorfo que se expande y se contrae, que se busca a sí mismo.

Veintimilla dejó la bicicleta junto a la puerta de un *cyber* café. Durante un segundo, miró su reflejo en una de las vitrinas apostadas a la entrada. Lucía cansado, sudoroso. Entró y sintió un aroma a pescado frito. Detrás del mostrador estaba un displicente joven negro. Tenía los pómulos prominentes y pintado el pelo de rojo. Antes de que el teniente le dijese nada, el joven la señaló la computadora 2. Veintimilla se sentó en una silla de plástico. Empezó su búsqueda. Escribió en Google: Dr. Alfonso García Brito.

El Dr., a diferencia de lo que había pensado Veintimilla, no era un reconocido abogado, no había noticias sobre sus más sonados juicios, tampoco ninguna referencia como funcionario de la Corte de Justicia, o algún pasado en la política o la diplomacia. Lo que sí encontró, tal como había pensado, era una cantidad importante de referencias a eventos culturales: aperturas de galerías de arte, presentaciones de libros jurídicos, almuerzos organizados por la tarjeta Diners y el Banco Equinoccial, la empresa financiera más importante del país. Era como si la vida del doctor, sus éxitos profesionales, sus relaciones grises y secretas, aunque *vox populi* con los narcos, se hubiesen disipado, ocultas bajo un manto de arena informática. Solo quedaban referencias concretas a los espacios de evanescente vida burguesa. Faltaba toda información

concerniente, además, a su vida amorosa. El matrimonio, el hogar constituido, esa esposa devota y amante que debía darle la estructura necesaria para que el doctor pudiese ascender en el camino del éxito con paso firme. No obstante de este vacío, algo de lo que decían los vecinos debía ser cierto, pensaba Veintimilla. Algo de su rutilante carrera como abogado penal. Si no, ¿de dónde habría obtenido el dinero necesario para comprarse una casa patrimonial y transformarla en un museo extraviado en el centro de Quito? La tarde empezaba a bruñirse de un descolorido tono mostaza. De rato en rato, a través de la ventana, se miraban remolinos de polvo que, en su interior, llevaban hojas y pequeños y vibrantes guijarros. Regresó a la búsqueda de información sobre el doctor, y agregó “muerte”, entonces apareció una noticia: “Muere como corvina dentro de la tina”. La noticia, aparecida en la página web del diario *El Extra*, dos horas después de que fuese hallado el cadáver, describía la posición en que había sido encontrado el cuerpo del doctor, e ironizaba con el hecho de que el cuerpo hubiese sido encontrado en la bañera. Según el periodista que firmaba la nota, Felipe Cocer, era un viejo maniático que vivía encerrado entre esculturas religiosas de la Escuela quiteña, cientos de cuadros, sillas y sillones y butacas de cuero blanco, jarrones chinos, réplicas de esculturas helenísticas, bustos renacentistas, biombos japoneses, figurillas multicolores del folclore mexicano y miles de plantas que parecían emerger del patio central y recorrer las paredes y pisos de los más de 400 metros de área de la casa. Debía morir, concluía la noticia, en la tina, contemplando el brillo de las alas de metal de los pájaros que flotaban en la habitación. Como corvina, decía la nota. Una corvina, en la jerga callejera, se usa para referirse a una persona que ha sido asesinada. El teniente imaginaba el momento en que el periodista ingresaba a la habitación antes de que llegara el equipo forense. ¿Habría manipulado el cuerpo del doctor, como

solían hacer usualmente los periodistas o sus fotógrafos, tratando de dramatizar aún más la escena? ¿La mano del doctor colgaba a un lado de la bañera al momento de morir, o había sido el periodista o su fotógrafo el que había tomado esa mano húmeda, amoratada, sin pudor alguno, ignorando la piel lacerada de la vejez, los vellos húmedos y brillantes? Cocer era un periodista cuarentón, de piel blanca, casi albina, ojos grises y dulces, entradas apabullantes en el cráneo y una cola de caballo que se anudaba con una cinta blanca. La nota concluía, además, señalando que la Policía, en cumplimiento con los protocolos de rigor, había sellado la escena y, tras algunas horas, luego de cumplido el trabajo de los especialistas, había procedido a llevar el cuerpo del Dr. García Brito a la morgue de la Policía Nacional. Ese cuerpo despojado de vida, humillado por las manos vacías de los profesionales, en rictus final, desnudo, sin ninguna persona que, a pesar del vaciamiento que supone la vida, le dotase de una mínima dosis de dignidad. Veintimilla pensó que, quizás, la señora Josefina, habría tomado alguna prenda de su vecino para vestirlo, la bata de baño, quizás, una sábana, o que, dada la situación, habría observado cómo los policías tomaban el cuerpo del Dr. García Brito y lo metían en una bolsa negra, ante la mirada del periodista Cocer. ¿Habría visto cómo se perdía la última voluntad del vivir que tiene el muerto, ese gesto, esa mueca de desconcierto en la mirada que precede al momento en que la cremallera cierra la bolsa y cubre el rostro?

Dos horas más tarde, Veintimilla compartía un sánduche de atún con Octubre. Luego de verlo llegar sufriendo sobre la bicicleta, el gato se despezó, abriendo sus fauces como el león que se creía y se frotó contra las piernas. Un poco de animalidad para el humano. Maulló cinco, seis veces, sosteniendo la nota aguda. Era una noche tibia. El calor acumulado durante el día mantenía todavía algo de su potencia en la atmósfera de la vieja casa. Se quitó las

botas y las medias. Ven, Octubre, dijo, y caminó hacia la cocina. Los azulejos de la cocina, menos mal, estaban fríos. En las esquinas se podían mirar algunas motas de polvo que parecían nidos de pájaros. Veintimilla abrió la lata de atún, ante la mirada del gato. Lo tomó en brazos y lo puso sobre la mesa. Cogió dos rebanadas de pan, untó algo de mayonesa y una generosa porción de atún y, antes de que el gato se quejara nuevamente, le extendió la lata. Desde afuera de la casa, a través de la ventana, se veían dos siluetas a contraluz: la figura jorobada y apacible del teniente, y la atlética estructura de Octubre, concentrados en comer, solo en comer.

Al día siguiente, Veintimilla prefirió quedarse en cama toda la mañana. Puso un CD de Wagner y dejó que el tono dramático envolviese sus pensamientos. Como siempre, cada vez que su cabeza se dejaba pensar por la nostalgia, recordaba a Magda, aunque sintió que esta vez parecía más bien un eco sentimental, no aquella angustia devastadora que solía aparecer en el estómago y extenderse por todo el cuerpo hasta dominarlo por completo. ¿Dónde estaría?, ¿habría envejecido tanto como él? Al mediodía cocinó dos piernas de pollo y arroz blanco. Se preparó un gin-tonic y se sentó en la silla veneciana para contemplar el paisaje desierto: las dunas que se formaban en el marco de su mirada y las espirales de arena que flotaban erráticamente. De tanto en tanto, mientras Octubre perseguía insectos invisibles y maullaba su frustración, Veintimilla recreaba en su cabeza la muerte del doctor. Los dedos lánguidos que reposaban sobre el piso y el rostro cubierto por la toalla. Había algo de trágica dignidad en la postura final de García Brito, como si alguien hubiese creído necesario otorgar a la muerte un hálito de decencia. En ese segundo, como si fuese un rayo que estallaba en el centro de la conciencia, recordó que esa imagen, la escena final del Dr. García Brito, le resonaba a un cuadro de la pintura francesa *La muerte de Marat*, de Jacques-Louis

David. La había visto por primera vez en su adolescencia, en uno de los tantos libros de historia de arte que tenía su madre; lo recordaba con claridad. Marat era descrito, entre los meandros de la historia y la fantasía, como un monstruo insaciable de sangre. Todas las tardes se sumergía en la tina de su casa para palear los insufribles escozores que padecía su piel alérgica, y, mientras tanto, sobre un improvisado pupitre, escribía la lista de las personas que debían morir acusados de crímenes contra el Estado. Terminaba el siglo XVIII, los aires revolucionarios continuaban estallando como luces de bengala en la vida francesa. Marat recibió la visita de Carlota Gorday, una impetuosa joven decidida a salvar a Francia. Le dijo que tenía información valiosa sobre un complot que se organizaba en su contra, y ahí, mientras el débil y pequeño monstruo, vulnerable en la desnudez de la carne húmeda, bajaba la guardia, Carlota sacó un puñal que tenía escondido en el vestido y se lo clavó en el pecho. El cuadro, datado en 1793, había sido replicado por los discípulos de David, y estaban expuestos en distintos museos del mundo. Había algo en ese estado de reposo de Marat, algo místico y trágico, como si la muerte, a pesar de la violencia con que la mano femenina debió ingresar en la carne, fuese también un estado de plenitud; la plenitud que sufre el hombre liberado de sí mismo.

Veintimilla fumó un cigarrillo, recostado en uno de los sillones de la sala. Miraba a Marat y a García Brito superpuestos en un espacio común, como si las dos imágenes fuesen parte de una misma escena. Aplastó la colilla del cigarrillo en el piso y, poco a poco, se dejó vencer por el sueño. Dormiría unos pocos minutos, y, al despertar, sintió la cabeza pesada, así que decidió pasear un poco por los terrenos desolados donde se levantaba la propiedad de su tío. Debía ser la media tarde. Caminó por el sendero que, inversamente a la entrada de la casa, iba hacia una

quebrada también seca. Durante los meses que había vivido ahí, recorrió ese camino varias veces para hacer un levantamiento de la zona. Veintimilla creía que debía tener lista una salida de escape por si alguien viniese a matarlo. Era probable que alguna mano asesina, en ese preciso momento, estuviese limpiando el arma con la que lo mataría, como si el fantasma del profesor asesinado meses atrás, o su familia, tuviesen la decisión firme de hacer justicia por mano propia.

Al llegar a la quebrada que estaba a unos quinientos metros de la casa, se sentó en la misma piedra de siempre y miró el paisaje abierto, polvoroso. Una fina capa de arena parecía flotar, desdibujando el estado nítido de las cosas: los arbustos, las piedras, la tierra, el cielo. Tomó el camino de regreso. Se sentía algo mejor, despejado. Desde la distancia, creyó descubrir un objeto negro, cuadrado, pero pensó que sería solamente una mancha o el juego de reflejos evanescentes que el desierto crea. Mientras caminaba, el objeto empezó a adquirir forma concreta hasta que fue una evidencia. Se trataba de una camioneta negra, una poderosa 4x4. Veintimilla, contrariamente a la sensación de pánico que había sentido cuando soñó que sus sicarios llegaban en un Impala, no sintió ningún temor, sino una creciente curiosidad. A pocos metros, imaginó la silueta de una persona en los asientos traseros y otra frente al volante. Los vidrios polarizados apenas permitían descifrar esos cuerpos. De pronto se abrió la puerta delantera, y salió un gigante. Vestía terno completo, aunque sin corbata, la cara cuadrada y los ojos hundidos al cráneo. Apenas hizo un gesto de saludo y se apresuró a apostarse junto a la puerta trasera de la camioneta. La ventana trasera descendió velozmente y apareció el rostro de una mujer, la fracción del rostro que se podía mirar debajo de unas gafas de carey y un sombrero negro de ala ancha.

Los labios refulgían de intenso labial rojo. La barbilla terminaba en punta.

–Para ser un detective célebre, es bastante fácil de localizar, teniente Veintimilla–, dijo, y, al sonreír, se formaron dos equidistantes hoyuelos entre una decena de diminutas arrugas de expresión.

–Ya no soy teniente –respondió secamente Veintimilla.

Dentro de la casa todavía se podía percibir el aroma a comida. Veintimilla trató de disimular la vergüenza que le producía. No obstante, había invitado a la intrusa a que se acomodase en uno de los sillones de mimbre de la sala. Quiso encender un cigarrillo, pero prefirió aguantarse las ganas. Ya habría tiempo para fumar en paz. El chofer estaba arrimado a la camioneta mirando directamente a la casa, firme y expresivo como un personaje de cine alemán; la puerta abierta, permitía vigilar a su jefa. Cuando entraron, rápidamente llegó Octubre con insistentes maullidos agudos.

–Pobre gato –dijo la mujer– parece que usted lo mata de hambre.

–Cállate Octubre –respondió Veintimilla, al tiempo que trataba con el pie de evitar que el gato se pusiera en dos patas y empezara a oler la piel blanca de las piernas de la mujer. Entonces se fijó que llevaba puestas unas botas negras de taco bajo que le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla.

La mujer cruzó las piernas, el gato se frotó en las canillas. Veintimilla prefirió no decir nada, era una batalla perdida. Octubre regresó a mirar a Veintimilla, cargado de gozo y cinismo. Ya quisieras.

–Bueno, vamos al grano –dijo la mujer, y miró la pantalla luminosa de su iPhone. Lo tenía en la mano como si fuese una

prótesis—. Me llamó María Dolores García Brito y soy la hermana del Dr. Alfonso García Brito, pero por la forma en que me mira, usted ya lo sabía. Mejor, porque me ahorro el árbol genealógico que a nadie interesa.

Veintimilla vio, a través de la ventana, cómo un remolino envolvía al chofer, mientras este se sacudía como si fuese una invasión de langostas. Regresó a mirar a la señora María Dolores quien, al darse cuenta de que Veintimilla había desviado la mirada, calló en seco. Era evidente que estaba acostumbrada a ser el centro de atención.

—Lo siento —dijo Veintimilla, y por unos segundos se sintió ridículo, intimidado. Sacó uno de los cigarrillos que llevaba en el pantalón y lo encendió sin reparo. Aspiró largamente y botó el humo en un potente resoplido dirigido a la ventana entreabierta.

—Veo que tiene vicios pasados de moda —dijo María Dolores, y una de las cejas se arqueó por encima del marco de las gafas.

—Oscar Wilde decía que no confiaba en los hombres que no tenían un vicio —respondió el teniente, y volvió a aspirar el sabor amargo del tabaco. Octubre dio un salto desde la pierna de María Dolores a uno de los muebles de mimbre, y se acostó con la cabeza contorsionada.

—Mire, teniente, me han recomendado sus servicios. Y, aunque podría buscar otras opciones, la verdad es que me produce una enorme pereza. Soy una señora muy ocupada. Así que le voy a pedir que investigue la muerte de mi hermano. Hay algo que no me deja en paz...

—¿Algo como qué..?

—Bueno, quizás usted esté de acuerdo que detrás de una muerte siempre hay un misterio, incluso cuando se trata de un evento aparentemente natural como un infarto.

—¿Su hermano dejó testamento?

–Supongo que es una forma de decir que acepta la investigación.

Veintimilla fumó una calada más y aplastó la mitad del cigarrillo en un cenicero repleto de colillas y, sin saber de dónde le surgía un dejo de vanidad, dijo:

–Mis honorarios son altos.

–El dinero no es un problema –respondió María Dolores–, con un tono de molesta petulancia, como si la sentencia de Veintimilla le pareciese una vulgaridad.

La tarde empezaba a difuminarse detrás de una capa de bruñidos tonos ocre, y las primeras esquirlas de frío llegan con sus puntas heladas. María Dolores se levantó de la silla, miró el conjunto de la precaria estancia. Estiró la mano y estrechó la de Veintimilla. El teniente sintió los huesos duros de la mujer y quiso mirar de reojo la piel. La vejez empieza en las manos, solía decir su madre. Durante unos segundos se miraron, sin pestañear. Era difícil precisar la emoción en la mujer, cubierta con las gafas y el sombrero, no obstante, a Veintimilla le pareció que estaba complacida. Llevaba la vida con altiva dignidad. El gato los miró salir de la casa, y a punto estuvo de levantarse y seguirlos, pero prefirió estirar su cuerpo y regresar a su estado de reposo. Los humanos eran tan fatigantes.

El chofer se apresuró a abrir la puerta trasera de la camioneta para que ingresara su patrona, y luego, sin decir nada a Veintimilla, entró al vehículo y encendió el motor. El teniente imaginó que el chofer llevaría una pistola al cinto. Antes de partir, María Dolores sacó una mano por la ventana y un sobre de manila. El teniente miró la mano todavía blanca de la mujer, apenas uno o dos lunares.

–Bienvenido a la modernidad –le dijo, y simuló una sonrisa. Lucía una dentadura blanca, equina.

Abrió el sobre con curiosidad. Había un consistente fajo de billetes, un iPhone y un cargador. En pocos segundos la camioneta empezó a perderse en el serpenteante camino. Veintimilla sintió una leve tristeza invasiva y, sin dejar que se le colara en el cuerpo, regresó a la casa. Fue a la cocina a preparar café. Unos minutos después se sentó en una de las sillas de la sala. El aroma, que salía de la taza en forma de pequeños mantos de vapor, se esparcía por la estancia. Veintimilla abrió nuevamente el sobre, y no dejó de sorprenderle la cantidad de billetes nuevos, limpios. Con esa cantidad de dinero podría olvidarse de la pobreza; comprarse un auto. Y así, a pesar de su pesimismo, estaría a las puertas de renacer como ser humano. Encendió el iPhone con ligero malestar. Pero qué se ha creído esta, dijo en voz baja. No necesitaba clave. Miró las aplicaciones brillantes y ordenadas. Había una llamada perdida, la de la señora María Dolores; grabó su primer contacto: “Bruja”. Se rio de sí mismo, como si todo fuese una broma del destino. Veintimilla, el hombre nuevo, pensó, como la doctrina ingenua de Guevara. Jaja, compañero, Octubre, a lo que hemos llegado, dijo, con el inconfundible tono caribeño. El gato, acomodado sobre la mesa, husmeaba en el contenido caliente de la taza, indiferente a los juegos lingüísticos del humano. Esa noche, el teniente durmió a pierna suelta, como no había podido hacerlo en los últimos meses. Y aunque quiso recordar el último sueño, ese que aparece como una delirante escena confeccionada desde la ficción unos segundos antes de despertar, no pudo reorganizar las imágenes escurridizas. Tomó un baño. Buscó en el armario su chaqueta de cuero y desempolvó sus botas Velez. Mientras cargaba el teléfono celular, jugó con Octubre. Le gustaba convertirse en su presa y esconderse detrás de las puertas, mientras el gato, seguro de que todo era una farsa, le perseguía maullando su entusiasmo. Pobre hombre. Tomó la funda de pepas a las que agregó un poco

de atún y llenó el recipiente de la comida. Cambió el agua, y, a través de la ventana, miró el inmenso arenero del que disponía el gato. El desierto era el paraíso que todo felino soñaba. Cargó al gato, lo alzó a la altura de la cara y le estampó un sonoro beso en cada mejilla.

–Tienes comida para todo el día –le dijo, al tiempo que lo depositaba en el suelo. Sabía que él se quedaría en calma, y, como había pasado cada vez que lo dejada, Octubre se acomodó en el porche, con la mirada atenta en el humano. Ya se va.

Veintimilla se montó en la bicicleta y pedaleó con ligereza, sin quejarse de su endeble estado atlético. Cuando llegó a Carapungo buscó el negocio de autos en venta. Lo había visto varias veces, a pocas cuadras del parque central. Entró y miró los autos, ninguno muy apetecible. La mayoría eran de los años noventa: Chevrolets, Hyundais y algunos Toyotas, cubiertos por una capa de arena y correctamente alineados en un terreno abierto. Algunos perros mansos dormían a pata tendida. El dueño, de prominentes pómulos y mirada espectral, parecía descendiente de algún extraviado emigrante irlandés. Se acercó amablemente donde el cliente.

–¿Buscaba algún modelito en especial?–, preguntó.

–Algo bueno, bonito y barato –respondió Veintimilla, y se sorprendió de haber usado una expresión que sería propia de Acevedo. Pinche cabrón, pensó, hasta cuando no está, jode.

Era un día despejado. Algunas estelas blancas mostraban el vuelo de los aviones. Veintimilla empezó a recorrer el patio de autos. El dueño hizo lo propio. Uno de los perros levantó la oreja, abrió los ojos y estuvo a punto de acompañar a su dueño, pero se dejó vencer y depositó la cabeza sobre la arena.

–El mundo de los autos es un mundo infinito –dijo el dueño, con un tono de viejo conferencista–, hay modelos, precios y

gustos como personas en el mundo. Siempre digo que es como con la medicina. No hay enfermedad, sino enfermos; tampoco hay autos, sino chóferes. O conductores. Seres concretos que buscan un vehículo que sea una..., cómo le diré..., una parte de uno mismo... una...

–Prótesis –dijo Veintimilla.

–Más que eso, el mismo cuerpo, una máquina que lo defina... aunque claro las aspiraciones se caen frente al dinero, pero siempre se puede ajustar lo que uno quiere con lo que puede, es así...

–Es el drama del deseo.

El hombre se quedó en silencio durante unos segundos, uno de los perros soltó un ladrido lánguido, Veintimilla encendió un cigarrillo.

–Permítame que le diga –retomó el hombre, renovando la voz– que, según se ve, un hombre como usted necesita un modelo todo terreno, una máquina todavía digna y segura que lo lleve de lado en lado, quizás esa Toyota 22R, está a muy buen precio, o si quiere invertir un poco más, a lo seguro, tengo esa hermosa Land Cruiser con motor reparado.

Veintimilla, mientras tanto, había descubierto lo que buscaba, sin saber lo que era hasta que lo vio. Se acercó a un Ford Mercury. Todavía lucía vigoroso, blanco hueso, algo empañado, como un ángel musculoso que ha sobrevivido a todos los infiernos.

–Se ve que usted sabe lo que es bueno –dijo el vendedor, abrió la puerta del chofer, y, luego de tomar una franela del bolsillo exterior del pantalón, empezó a limpiar el asiento del conductor. Veintimilla miró las estrías que se le formaban en los costados de la cintura.

Mientras observaban el imponente motor V8, del modelo 68, acordaron un precio. Pocos minutos después, luego de firmar

el contrato de compra-venta, Veintimilla salió del patio de autos. Le pidió al dueño que le guardara la bicicleta y le estrechó la mano. Aunque el rostro del teniente parecía el busto de un griego de la edad arcaica, en su interior su corazón saltaba de alegría. Por unos minutos se sintió como ese niño ilusionado que recibe una bicicleta nueva. Es cierto, pensó, la Navidad llega cuando a uno le da la gana.

Al llegar al barrio de San Blas ingresó en el parqueadero municipal, un edificio de cinco niveles que se levantaba sobre la avenida 10 de Agosto. El tráfico a esa hora, pocos minutos luego del mediodía, había colapsado las calles que delimitaban el centro de la ciudad. Para su suerte, en el último nivel encontró un puesto vacío.

Buscó la casa del Dr. García Brito. Una hora antes, mientras manejaba como un adolescente enamorado, llamó a María Dolores. Al principio no obtuvo respuesta, pero insistió dos o tres veces más. Finalmente, la mujer le contestó.

–Señora–, le dijo, soy Ignacio Veintimilla.

–¿Cómo está teniente...? –respondió. El teniente pensó que la voz humana era lo último que envejecía. La voz de la mujer era segura, con inclinaciones musicales al final de la frase y un singular resoplido en forma de efe, característica de ciertas mujeres de la ascendente burguesía quiteña.

–Bien, siento mucho interrumpirla, pero quería empezar a trabajar y...

–No es interrupción. Sabía que era usted...

–Parece que tiene un alto poder intuitivo.

–Me está diciendo que soy una bruja, teniente, jaja, me hizo gracia. Dígame, ¿qué necesita?

—Estoy camino a la casa de su hermano—, dijo, seguro de que, en efecto, la señora María Dolores tenía, al menos, poderes de adivina.

—Termino una reunión en unos minutos y lo alcanzo.

La casa del Dr. García Brito estaba sobre la calle Vargas a dos cuadras de la plaza de San Blas. Era una estructura colonial imponente. Había algo que la diferenciaba de las otras: una luz reverberante que emergía de las paredes, la respiración leve de un organismo vivo. El doctor había decidido enclaustrarse como un neurótico, desaparecer, solo entre una multitud de sombras. En parte, creía el teniente, debido a que nunca logró recuperarse de la muerte de su esposa, y prefirió vivir su destino como un viudo digno y solitario.

Luego de ubicar la casa, Veintimilla caminó por el barrio, mientras pensaba en la señora María Dolores. Le desconcertaba su aparente ambigüedad. Por un lado, la petulancia de clase y, al mismo tiempo, esa actitud infantil, juguetona, como si fuese una niña vieja, o una vieja niña. Quizás debería cambiar el nombre con el que la había registrado en su celular. Por unos segundos, trató de imaginar cómo serían los hermanos en la infancia: ¿jugaría el niño García Brito con su hermanita María Dolores?, ¿a las escondidas, al papá y la mamá, al carnaval? ¿Dejaría la madre que el niño inflase bombas de agua para lanzar a su hermana, persiguiéndola por el jardín, mientras ella le grita que no lo haga? Era probable que el niño Alfonso hubiese preferido jugar solo, encerrado en ese estado de autismo que parece natural en la infancia, y se miró a sí mismo, cincuenta años atrás, cansado de los libros, los soldados o los carritos con los que su madre trataba de disipar su aburrimiento. Era probable que, en efecto, García Brito optase por la soledad, un abandono lánguido por la silenciosa casa victoriana, aunque bajo

la mirada de su madre, el ojo de la gran madre que lo supervisa todo. Todos somos iguales, pensó Veintimilla.

Alrededor de la plaza de San Blas varios negocios configuraban una imagen de barrio: la tienda de la esquina, la frutería y la carnicería, y más allá, como si la modernidad tratase de devorar al pasado, una decena de hostales, bares y restaurantes. La vida robótica, consumida por el hastío y el olvido, en la noche se transformaría en un estallido sonoro con la presencia vigorosa de los turistas. Veintimilla entró en la tienda y pidió una cerveza, y mientras se la bebía entabló conversación con el tendero, un hombre de gesto huraño y desdibujada voz de asmático. A regañadientes, como si estuviese aburrido de responder a la misma pregunta, le contó que San Blas se había sometido en los últimos años, gracias al empeño de los vecinos y algunas autoridades locales, a un proceso de regeneración. El objetivo era combatir a los delincuentes, borrachos, prostitutas y travestis que, poco a poco, como si hubiese sido una labor sistemática de la naturaleza, habían ido poblado las calles, las esquinas y la plaza central. El tendero le contó que, gracias a esos negocios, llegaron los turistas. La Policía empezó a patrullar con más regularidad, y, con ello, creó una sensación de disimulada tranquilidad. No es que esta escoria hubiese desaparecido, dijo el tendero, sino que se ha replegado, pero mire como es de terrible la vida: justamente ahora, siguió el tendero, con un tono en el que se percibía el miedo y la derrota, cuando parecía que las cosas mejoraban, escuchamos que, más allá, a pocas cuadras, acechan los pandilleros, los narcos, los sicarios. Seres de la oscuridad, pensó el teniente, y por unos segundos los imaginó con ojos centelleantes, cuerpos alados escondidos entre los pliegues de la conformación barroca de la ciudad. ¿Ahí también estarían los niños desaparecidos, los suicidas, las mujeres asesinadas? Ahí, replegados entre los resplandores de la oscuridad, ¿los jóvenes

sicarios, famélicos tatuados poderosos, con zapatillas blancas y ametralladoras M-60? ¿Los zorros, las cobras, los duendes?

Veintimilla le agradeció y salió de la tienda. El sol del mediodía golpeaba con fuerza; los motores de los buses y los autos producían un permanente y agónico ruido. Enfiló por una de las calles empinadas. Le llegaba el olor del esmog y un surtido de especias cocidas, cebollas y ajo. De una puerta abierta salía el olor intenso del aguardiente. Veintimilla miró por unos segundos hacia adentro. Parecía como si, entre el manto de la penumbra, estuviesen dispuestas unas pocas mesas y reclinados algunos cuerpos, dormidas o apesadumbradas sombras. Unos metros más allá, una zapatería, una sastrería y al fondo del encuadre una abandonada plaza de toros. Veintimilla, por unos segundos, creyó que San Blas era un barrio enclaustrado en un tiempo pasado, eterno, y pensó que los espíritus de los indios que habitaran ahí, años atrás, podrían aparecer al doblar la cuadra. Los imaginó como habitantes de un cuadro indigenista: una hilera interminable de ponchos rojos que caminaba por las aceras, en fila; pegados a la pared, en fila, uno tras otro, pegados a la pared, los rostros ocultos debajo de los sombreros, apenas una línea de ojos, silenciosos, uno tras otro. Miró el reloj, todavía le quedaban algunos minutos para indagar, antes de encontrarse con María Dolores. Entró a una sastrería. Las prendas colgadas –sacos y pantalones y algunos cortes de casimir– le recordaron los trajes que usaban los mafiosos italianos en las películas de Hollywood. Parecía que el silencio dentro amortiguaba la realidad que afuera, a pocos pasos, bullía en el estruendo del mediodía. Detrás del mostrador, de espaldas a Veintimilla, estaba un hombre moviendo los brazos como si estuviese en un escenario teatral, con una enorme regla de madera en la mano izquierda y una tiza en la derecha; pareció no darse cuenta de que alguien había ingresado,

y cuando el teniente estaba a punto de hablar, se dio la vuelta y le mostró una generosa sonrisa de dientes de oro.

–Bienvenido, mi señor, ¿en qué puedo servirle? –le dijo. A Veintimilla le pareció una alegría pomposa, como de los viejos oradores que hiperbolizan las emociones frente al auditorio.

–Soy el teniente Veintimilla –respondió, arrepentido por la respuesta poco pensada; habría preferido mantener un rol más anónimo.

–Vaya, un teniente –le respondió el sastre y abrió los ojos como un viejo actor de teatro–, pues cuénteme.

–Estoy investigando la muerte del Dr. García Brito, usted seguramente lo conoce, lo conoció...

–Nunca se termina de conocer a la gente, mi señor...

–Es cierto, sobre todo cuando viven encerrados como el doctor.

–La vida a veces es un monstruo que quiere devorarnos, y nosotros, pobres almas en pena, solo podemos refugiarnos.

A Veintimilla le parecía que, al tiempo que hablaba, el viejo sastre le medía el cuerpo, como si estuviese imaginando su talla, o precisando los cortes que debería hacer para confeccionarle un traje decente, y no esa chompa de jaspeado cuero negro y esos desgastados jeans de adolescente tardío. Quizás le medía el terno que debería vestir dentro del ataúd. Los sastres, pensó Veintimilla, son hermanos gemelos de los enterradores, socios en el circuito de la vida y la muerte. Y, por una asociación imprecisa, pensó, además, que los detectives estaban hermanados con los escritores. Los dos, en sus evanescentes sistemas lógicos, buscaban las formas de llegar al mismo destino, ese segundo final donde la neblina cede por fin a la luz.

Así estuvo unos segundos más, encerrado en sus especulaciones intelectuales, mientras el viejo sastre lo contemplaba como

si el teniente fuese un actor de teatro concentrado en un monólogo que estaba por improvisar.

—Entonces, ¿qué cree que pasó con el doctor? —dijo el sastre, como si ahora él tuviese el comando de la entrevista.

—En eso estoy...—respondió el teniente, al tiempo que empezaba a salir. Ahí no había nada que hacer.

Afuera de la sastrería encendió un cigarrillo y enfiló hacia la casa de García Brito. Unos minutos más tarde, apoyado en la pared del frente, con el pie derecho en ángulo recto, miró la camioneta 4x4 de la señora María Dolores. Subía por la empedrada calle Caldas emitiendo un intenso ronquido, como si el escape estuviese modificado para resonar furiosamente. ¿Había sonado así, como el ronquido de un coloso, cuando conoció a su dueña? Vio la expresión hostil del chofer, un cuadrículado personaje de cómic, apenas visible debajo de los relumbrones de luz que resplandecían sobre el parabrisas. La camioneta se detuvo y bajó María Dolores. Otra vez, por unos segundos, Veintimilla se fijó en las formas estilizadas de la mujer: los zapatos de punta fina, los tobillos delgados, cubiertos por una fina capa de seda negra, la cadera apenas visible debajo de una vaporosa falda de terciopelo. Y luego, como si la mirada tuviese que saltar bruscamente, el rostro, los labios finos teñidos de rojo, la quijada en punta y las enormes gafas de Jackie Kennedy. Al bajar del auto, María Dolores recorrió con la mirada la figura del teniente, apostado contra la pared como si fuese una silueta pintada en la pared.

—Teniente —le dijo, con un ligero tono irónico— parece un adolescente.

—Señora, soy un eterno joven inconforme —respondió el teniente.

—Ya veo, el inconfundible espíritu del rebelde sin causa...

—Un James Dean del tercer mundo...

—Jaja, usted siempre me hace reír.

Veintimilla se sorprendió por la referencia al actor, el eternamente joven actor, consagrado en la mitología del cine de Hollywood. El subconsciente era un universo monstruoso, pensó, al tiempo que el rostro de Dean —la frente abierta, el cabello peinado hacia atrás, con un bucle que caía como una flor, los labios carnosos y brillantes, y esa mirada melancólica, en la que cabía la felicidad y el misterio, como hermanos de un mismo cuerpo— desaparecía de su mente.

María Dolores miró al teniente durante esos segundos de silencio inexpresivo en lo que había caído Veintimilla, y regresó a contemplar la fachada de la casa de su hermano, con el celular en la mano derecha. Luego, se dirigió a su chofer:

—Espéreme aquí.

En la casa flotaba un aroma combinado de lavanda, anís y una porosa humedad antigua. María Dolores tomó del brazo al teniente, con un gesto de confianza o inseguridad, como si tuviese miedo de tropezarse. Caminaron por los pasillos de piedra, abiertos al jardín, mirando los árboles de capulíes, los jacarandás y los arupos florecidos. María Dolores, como si leyese la mente de Veintimilla, dijo:

—Que irónica es la vida, teniente, mi hermano muere justamente cuando sus árboles están abriéndose a la vida.

—Pensaba algo así...

—Claro que pensaba eso, teniente —dijo, mientras observaba las estrías que formaban las ramas y las hojas platinadas por la luz—. Siempre he creído que la vida se construye o se diseña a partir de los opuestos, de las tensiones, entre la luz y la sombra. Mire ahora, mi pobre hermano, abandonado en la morgue, con su cuerpo inerte y frío, mientras aquí sus adorados arupos, celebran la vida.

—¿Quiso mucho a su hermano?

–Vaya pregunta, teniente, quién no ama a su hermano
–respondió María Dolores, con una sonrisa que dibujó una decena de arrugas en las comisuras de los labios.

–Sí, claro, pero todos sabemos que en las familias se tejen amores y odios.

–No es mi caso. Amaba a mi hermano, aunque, por diversas razones políticas, nos habíamos distanciado en los últimos años.

–¿Políticas?

–Es una forma de decir. En realidad, no había nada concreto que nos hubiese separado, nada que no fuese la vida misma, usted sabe.

–¿Vio o habló con su hermano en los últimos días, digo antes de su muerte?

–Asesinato, querrá decir... no, hablar, no, aunque de vez en cuando chateábamos.

Al teniente le sorprendió la seguridad con la que María Dolores afirmaba que su hermano había sido asesinado. ¿Sabía algo que no le quería decir? Había un tono encendido latiendo en el corazón de las palabras de la señora García Brito que Veintimilla, a pesar de un chispazo en su intuición, prefirió sofocar con la indiferencia.

–¿Notó algo raro, alguna señal diferente? –preguntó el teniente como si estuviese realizando un diagnóstico frío de la situación.

–Por lo que veo empezó el interrogatorio –dijo María Dolores, al tiempo que el teniente sacaba un cigarrillo y lo colocaba entre los dientes.

El humo del cigarrillo, en espirales ascendentes, empezó a desdibujar el rostro de María Dolores; parecía ingresar en un territorio onírico.

“La primera imagen que recuerdo de mi hermano es así: está sentado en una poltrona de la habitación de mamá. Lleva una camisa blanca, las manos juntas, suplicantes, el cabello dorado. Tiene tres o cuatro años, y yo dos menos. Se mira al espejo, se contempla, como si estuviese hipnotizado por él mismo. Es de día, la luz se filtra, como si fuese impulsada por un cañón, a través de la ventana que da al jardín de la casa. Me ignora, concentrado como está en la imagen de sí mismo reflejada en el espejo. Yo miro su espalda, el perfil de la poltrona, y su rostro robótico, iluminado por ese resplandor teatral. De pronto, entra mamá, y mira el rostro de mi hermano enmarcado en el espejo rectangular del tocador. No es el rostro limpio y transparente que ella ama, sino una versión degradada, como si fuese un muñeco sin vida. Se acerca a mi hermano y con su mano –miro el anillo de matrimonio brillando en el anular– le acaricia el rostro, como si esa acción pudiese restablecerle la vida; le dice, hijo, qué tienes, dime algo, pero Alfonso permanece anclado en el silencio, absorto, desdoblado. Mamá vuelve a llamarlo, le abraza, desesperada por restablecer la belleza perdida, la vida. Mi hermano apenas se mueve, parece uno de esos ángeles poseídos, en estado de gracia, de los cuadros religiosos de la Escuela quiteña. Quizás dice algo o balbucea. Y luego, la oscuridad, como si alguien cortase el chorro de luz”.

El teniente aplastó la colilla del cigarrillo contra uno de los pilares que rodeaban el jardín y se la guardó en uno de los bolsillos de la chaqueta. María Dolores regresó al presente. Su rostro se iluminó.

–Mire teniente –prosiguió–, mi hermano siempre fue así, como ese niño desconectado del mundo concreto, contemplándose a sí mismo.

–¿Narcisista?

–Profesional, como somos todos, ¿no?

–Pero hay matices y límites; quiero decir que todo hombre, o mujer, está conformado por un yo dominante, que se disputa la potestad de ejercer sus acciones y para lograrlo necesita legitimarse a sí mismo...

–Amarse a sí mismo, querrá decir.

–Digamos que sí, pero no todos terminamos sometidos por el ego, o convertidos en narcisistas profesionales; usted sabe que eso es una patología.

–¿Lo dice usted o Freud?

–La psicología.

–Jaja, lo dice como si fuese una ciencia, y, mi querido teniente, no hay nada más pretencioso que la psicología. Es imposible determinar métodos y técnicas para comprender al ser humano. Somos un misterio. En todo caso, admitamos que Alfonso era un narcisista, enamorado de la imagen eternizada en la superficie del espejo, pero eso no lo convierte en un psicópata.

–No he dicho nada semejante.

–Mi hermano, impulsado por el amor incondicional de mi madre, creció con el firme propósito de comerse el mundo. Mi padre lo alentaba, pero con reservas, como si en el fondo desconfiase de la seguridad abrumadora que Alfonso ostentaba. Estudiamos en el Colegio Americano, crecimos en el seno de una familia burguesa, hicimos los deberes para consolidarnos con lo que la vida nos había ofrecido.

–Su hermano estudió derecho en la Universidad San Francisco, se graduó con honores y se casó. De esa forma, confirmó los principios del progreso.

–Y al final del día, mire a donde hemos llegado.

El sol del mediodía ejercía toda su potencia centellando en las hojas de los árboles con diminutos diamantes de luz, no obstante, en los pasillos permanecía una onda concentrada de frío. María

Dolores tomó del brazo al teniente Veintimilla y empezaron a recorrer la casa, mirando, como dos viejos parientes, los cuadros y las esculturas, rozando con los dedos los bargueños y las mesas de mármol. Al llegar al salón de música, se apostaron junto al piano. Era un Fazioli negro, parecía un murciélago gigante, con las alas extendidas. El teniente levantó la tapa del teclado, una hilera de dientes ancianos.

–Mi hermano y sus gustos –dijo María Dolores mientras recorría con los ojos la estancia–. Hace años que no venía a esta casa. Es como si el tiempo se hubiese detenido para siempre. Los mismos sillones de cuero, las mismas alfombras, los mismos cuadros naturalistas.

–Parece que al doctor le gustaba vivir en un museo...

–Un cementerio, más bien. Fíjese que todos estos objetos, preciados y bellos, en algún momento pudieron venderse bien, pero ahora no valen nada, han dejado de ser clásicos para convertirse en vejestorios.

El teniente reparó en las alfombras descoloridas, con decenas de pequeños agujeros, y en los cuadros, de los cuales, como la piel de un ictiósico, se habían descamado pedazos de óleo. La humedad invadía las fosas nasales.

–Me parece que hay valiosas piezas de arte– dijo el teniente, con un tono condescendiente–, usted sabrá darles un mejor destino.

–¿Cómo cuáles?

–Esa escultura –dijo Veintimilla–, señalando la pieza con el índice de la mano derecha.

–Mire, teniente, el arte no solo radica en el objeto, sino en la mirada de quien lo contempla–, dijo María Dolores, al tiempo que se acercaba a una escultura, apostada en una esquina del salón–. En efecto, es una pieza bella, sin embargo, es solo una

réplica de una obra de la gran Camille Claudel. Se llama *El camino de la vida*...

—En bronce...

—La hizo una artista anónima, o al menos así lo dijo mi hermano. Llegó alguna tarde, y, según Alfonso, extrajo la escultura de una maleta de cuero, envuelta en telas de algodón. Mi hermano, más allá de saber que se trataba de una réplica, la compró sin dudar. Se notaba el pulso de la mano de la falsificadora, esa agonía que late, ajá, en el bronce original y que esa artista logra proyectar.

—La belleza también puede latir en las falsificaciones.

—Vaya, usted no deja de sorprenderme—, dijo María Dolores—. Habría que hacer un avalúo integral de los objetos. No me entienda mal, teniente, mi hermano era un hombre exquisito, pero con el paso de los años, esa sofisticación y exigencia que se requieren empezaron a desfallecer, quizás a raíz de la muerte de mi cuñada, no lo sé, pero, como ve, es como si mi hermano se hubiese rendido, mire el estado de las cosas.

El teniente se percató de que era la primera vez que María Dolores nombraba a su cuñada.

—¿Qué recuerda de ella, quiero decir de su cuñada?

“Como usted ya debe saber, Juliette, mi cuñada, fue una señora de origen chileno, con sangre francesa por parte de madre. Aunque no respondía al cliché de señorita francesa de la *belle époque*, ni a la muchachita de boina ladeada y corte a lo *garçon*, quizás tenía algo de las dos. Una dosis de distinción más bien clásica, algo brumosa, pero con estallidos modernos. Algo de hippy, eso explica su vocación de mochilera que la llevó a terminar viviendo en Quito, una ciudad olvidada por los dioses. Algo de conservadora, lo cual determinó su decisión por afincarse aquí, y casarse con mi hermano. Cuando todavía era un joven abogado con un presente prometedor, Juliette vio en mi hermano la posibilidad concreta de

consagrar su vida a la familia, como si fuese para ella un proyecto educativo. Más que un abogado, Alfonso era un artista, un espíritu melancólico. Mi hermano debía ser acompañado, moldeado para que lograra desarrollar la triada griega: cabeza, corazón y mano. Y ella estaría ahí para lograrlo. Al principio, cuando presentó a la francesita, la familia la miró con recelo, con admiración y recelo, quizás sería preciso decir, pues, a pesar de sus aires cosmopolitas, no dejaba de ser extranjera, usted sabe, con sus costumbres particulares, algo liviana y liberal para nuestro gusto”.

Salieron de la sala de música y caminaron por los pasillos mirando los cuadros, esculturas y retablos que cubrían la totalidad del espacio. Se escuchaba un rumor interno, como si entre las paredes de la casa –sus columnas recias, sus pisos de piedra portuguesa, sus esmerilados tragaluces, sus puertas de madera de roble– latiese un organismo vivo, un eco respiratorio asmático, antiguo. Pasaron junto a la habitación del Dr. García Brito, apenas reparando en su interior. La puerta, ligeramente abierta, como si fuese una herida vertical, mostraba su corazón. Era una cueva carmesí, la boca húmeda de un animal, el nido secreto. Continuaron por el pasillo hasta llegar a la puerta del baño. Por unos segundos, el teniente se imaginó el cuerpo de García Brito, el rostro cubierto, la punta rolliza del dedo índice que roza el piso. Trató de seguir, pero María Dolores se detuvo en seco, consciente de que ahí encontraron el cuerpo inerte, húmedo de su hermano.

–Voy a entrar –dijo, y se soltó del brazo de Veintimilla. Abrió la puerta con cautela. Una corriente helada emergió de su interior. El baño parecía la imagen de una película en blanco y negro, como si los colores se hubiesen difuminado ante la presencia absoluta de los azulejos blancos. Una mínima capa de humedad cubría la superficie del espejo. Era un espejo de tres cuartos enmarcado con intensos colores de mazapán. Los pájaros que colga-

ban del techo se movieron ligeramente, como si fuesen escamas de luz. María Dolores permaneció unos segundos contemplando el espacio vacío hasta que retrocedió unos pasos, mientras se cubría la nariz. ¿En qué momento se había puesto esos guantes de encaje?

—El olor de la muerte —dijo y contuvo un estornudo.

El teniente la tomó del brazo y la apartó de la puerta del baño. Ella aceptó con agrado el gesto de confianza. Caminaron en silencio por la casa, como si, de esa manera, pudiesen observar con atención reverencial las obras de arte que colman la casa: ese universo barroco y delirante que el doctor había confeccionado con esmero obsesivo a lo largo de los años. El teniente se sentía mareado, quizás obnubilado con la suma de objetos que impedían descansar la mirada. A donde acudiesen sus ojos, se encontraba con platos decorativos, vasijas precolombinas, estatuillas de las Venus de Valdivia. O réplicas de amuletos, collares, pectorales y anillos de la cultura egipcia, elaborados en oro y cuarzo, turquesa y lapislázuli que reposaban al interior de vitrinas de diversos tamaños. O instrumentos musicales —guitarras, violines, bandoneones—, que compartían el espacio con algunos reptiles disecados: una enorme iguana de color mostaza y varias serpientes. Y, más allá, una escafandra que, con sus ojos vaciados y oscuros, parecía vigilar a los intrusos.

Entraron a la biblioteca. Se respiraba un aire polvoriento, como si la estancia estuviese encerrada en el pasado. A través de la única ventana, se miraban las copas de los árboles y el vuelo estático de algunos colibríes.

—Me dirá que soy una cursi o una ingenua —dijo María Dolores—, pero yo creo que en las bibliotecas reinan los espíritus de los libros...

—¿Cómo fantasmas? —preguntó Veintimilla.

—Más bien, como energías de un plano místico. ¿No siente una energía distinta?

–Densa...

–No, hombre, el denso es usted.

Mientras recorrían la biblioteca, su amplio espacio en el que, empotrados de pared a pared, debían estar cinco o seis mil libros, Veintimilla se fijó en un escritorio de madera, grande, colmado de libros de arte. Estaban uno sobre otro formando una especie de flor y sobre todos ellos, brillaba uno: la obra pictórica de Jacques-Louis David. En la portada, *La muerte de Marat*. Veintimilla sintió un chispazo en el cuerpo.

Se veían, además, lo que parecían amplios cajones a cada lado que formaban la estructura de base.

–Es un escritorio diseñado por Erich Dieckman –dijo María Dolores– debe tener cerca de cien años: me gusta porque es, al mismo tiempo, robusto y minimalista.

Un aroma a vainilla parecía emerger del piso, como si alguien, un piso más abajo, hubiese encendido un palito de incienso.

Al salir de la biblioteca, siguieron caminando tomados del brazo, como dos ancianos que recorren los pasillos de un geriátrico. Llegaron a las escaleras de caracol que llevaban a la terraza. Desde ahí se podía mirar el centro de la ciudad: un conjunto uniforme de casas coloniales y una decena de iglesias que se disputaban el espacio. Más allá, la virgen angelada que coronaba el Panecillo. Y detrás, como si fuese un inmenso cuadro cubista, la ciudad que se expandía al sur hasta los límites mismos de la mirada.

El teniente encendió un cigarrillo y se sentó en una de las sillas de mimbre. María Dolores le siguió. La terraza era más bien pequeña, como si la casa estuviese diseñada simulando un cono, o una estructura en espiral: la planta baja parecía interminable, con sus pasillos, las habitaciones alrededor, y la cocina, un baño social, la sala, y el jardín en el centro, con una fuente de piedra y una decena de árboles. El segundo piso parecía algo más estrecho,

así como los pasillos organizados en cuadrículas, las habitaciones repletas de objetos, el salón de música, el dormitorio de García Brito y el baño donde fue hallado; el tercer piso estaba íntegramente conformado por la biblioteca.

Veintimilla aspiró nuevamente el cigarrillo. A pesar del calor del mediodía, estaban cómodos, resguardados bajo las pérgolas de madera y las enredaderas: rosales trepadores, clematis, madre selvas y pasifloras que dotaban a la terraza de una atmósfera selvática.

–Recuerdo hace años –dijo María Dolores– cuando mi hermano compró esta casa. No me pareció una buena idea; era una casa vieja, o patrimonial como entonces le decían, pero claro, mi cuñada estaba fascinada, así que no hubo marcha atrás.

–¿Usted se opuso a la compra? –dijo el teniente.

–Tanto como oponerme, no. Mi hermano heredó la cabeza dura de mi madre, pero claro, le expresé mis dudas, sobre todo tomando en cuenta que la casa valía una pequeña fortuna, a pesar del deterioro.

–¿Hace cuántos años?

–No sé, veinte quizás, un poco más, cuando el gobierno español empezaba a apoyar las restauraciones del centro colonial...

–¿Con qué dinero compraron esta casa?

–Con dólares, teniente, con cuál iba a ser...

–Usted sabe a lo que me refiero.

–Qué ganas de tomar un negroni, ¿no le parece? –dijo María Dolores y tomó el cigarrillo del teniente que estaba a pocos segundos de extinguirse–.

El teniente miró los dedos índice y pulgar de María Dolores con los que tomaba la colilla, la piel cubierta por la delgada gaza del guante, los puntos negros del encaje, y luego los labios rojos que atrapaban por un segundo su cigarrillo, el intenso brillo

de la combustión y el humo que exhalaba como si fuese el gesto habitual de una experta.

—¿Le gusta mi estilo? —preguntó María Dolores, y rio con una sonrisa amplia, exponiendo sus perfectos dientes de tiburón.

Una hora más tarde, Veintimilla conducía por la avenida Occidental, a velocidad crucero, sintiendo el rugido armonioso del motor Ford. Tenía la costumbre de fumar mientras manejaba, aprovechando una de las ventajas de la transmisión automática. Desde ahí, la vista del callejón de los volcanes era única: una hilera de nevados que se expandían de norte a sur, como si la naturaleza contribuyese a crear una postal de dulces cremosos. Cuando llegó a su casa, Octubre lo recibió con desafiantes maullidos, exponiendo sus filudos dientes. Tantas horas, hombre.

—Ay, Octubre —le dijo Veintimilla— ni que te hubiese abandonado en un orfanato.

Durante la siguiente hora Veintimilla trató infructuosamente de hacer una siesta, acorralado como se hallaba por la información que se iba acumulando en su cabeza. Alguna vez había leído un artículo escrito por un ensayista, de apellido Rodas, en el que decía algo así: escribir una novela es como adentrarse a un bosque nublado, húmedo y enigmático; el escritor camina sin saber la ruta, a veces ciego o sordo, hasta que, en algún punto de la travesía, ese bosque se despeja como por arte de magia. El teniente creía que la investigación de un crimen se parecía a ese estado de confusión o incertidumbre que vive un escritor. En algún punto, quizás se quedó dormido. Creyó mirar unas manos, en ese intersticio liminal, unas manos blancas, femeninas y rollizas que cubrían el rostro muerto de García Brito con una toalla blanca. Al despertarse, estaba seguro de que así habría sido. Definitivamente, el

doctor no pudo haberse colocado la toalla por mano propia, ahí había un gesto de respeto y vergüenza. Una acción de ese tipo, pensaba Veintimilla –al tiempo que caminaba por la sala de la casa, ante la mirada displicente de Octubre–, era femenina. El gato lo miraba, con los ojos entrecerrados, apenas una línea celeste. A este humano la va a dar algo. En la cabeza de un hombre –continuaba susurrando el teniente– y menos aún la de un asesino, ese acto mínimo de dignidad era imposible. Lo femenino era todavía humano, dijo Veintimilla, en voz alta, como si proclamara un juicio definitivo. Tenía que encontrar esas manos, las manos de esa mujer que cubrió al difunto difuminando de esa manera el horror de la muerte que se perfilaba en su rostro.

La mañana siguiente amaneció antes de hora, como si la realidad se revelase al ritmo natural del tiempo. Una línea rojiza se perfilaba en el horizonte, en el contorno mismo de la cordillera, como si fuese el nacimiento del fuego. Veintimilla encendió las noticias en la televisión. Como todos los días, de los últimos meses, la crónica roja cubría el primer bloque: asaltos, balaceras, coches bomba eran descritos con una ligereza, aunque nunca faltaban los comentarios de los presentadores que, en un gesto de disimulado pánico, sentenciaban que el país se hallaba al borde del caos. Esas noticias, aunque registraban eventos en el país, a Veintimilla le parecían hechos de otro mundo, como si estuviesen disueltos en la representación de la televisión, carentes de la materialidad de la carne. No obstante, imaginaba que un enjambre de sombras o de zombies o de jóvenes sicarios armados con pistolas, granadas y hachas, cercaban la ciudad; una corriente de miedo le estremeció el cuerpo. Mientras bebía un café y comía huevos revueltos, jugaba con su iPhone, explorando algunas aplicaciones: clima, salud,

bolsa de valores. Vaya idiotez, dijo, en voz alta. Octubre, que estaba sobre la mesa de la cocina, comiendo pedazos de huevo que el humano le daba, lo miró con un ligero gesto de indiferencia. Este hombre.

Se bañó con prisa. Era una costumbre que había adquirido en los años del colegio. Luego de la clase de deporte, se iba rápidamente a las duchas, y, como si fuese un acto de sobrevivencia, tomaba un pedazo de jabón que esparcía con velocidad insólita, al tiempo que resoplaba impelido por el frío que le producía el agua. En las demás duchas, se bañaban los otros muchachos del colegio de hombres, riendo a boca suelta, listos para cualquier cosa. Veintimilla odiaba exponerse desnudo frente a la mirada escrutadora de esos ojos diabólicos, y casi siempre se bañaba con los calzoncillos puestos. Perdió esa costumbre en la convivencia con Magda, y, ante las risas juguetonas de su mujer, que lo miraban como se mira a un niño, terminó por aceptar que podía bañarse desnudo sin que se jugase la vida. No obstante, no había podido modificar la velocidad de su baño. Me baño como en el ejército, solía decir, y Magda se reía con esa risa que iluminaba su rostro moreno.

Una hora y media más tarde, Veintimilla buscaba donde estacionarse. Había recorrido los kilómetros con relativa calma, a pesar del intenso tráfico que circulaba por la Avenida Occidental. ¿Cómo era posible que los autos se hubiesen multiplicado como parásitos en un cuerpo enfermo?, pensaba. En los parlantes del Mercury sonaba Vivaldi. Dejó el auto a pocas cuadras de la casa del Dr. García Brito. Para su suerte, había un espacio cerca de las escalinatas que ascendían hacia el barrio Itchimbía. Aunque era un día algo nublado, no hacía frío, por el contrario, un extraño bochorno tropical envolvía el ambiente. Llegó a la puerta de la casa de García Brito. Miró a su alrededor. La calle lucía desolada, como si ahí el tiempo hubiese devorado todo signo de vida. Era la

sensación del día anterior. Los habitantes de San Blas le parecían cuerpos en levitación, como si les faltase consistencia material. Sacó una pequeña billetera de la chaqueta y seleccionó dos ganzúas, una delgada y otra más gruesa con punta de gallo. La cerradura tenía forma de diamante, y quizás era la original de la casa colonial, aunque claramente restaurada. Veintimilla introdujo las ganzúas al mismo tiempo, y giró varias veces para cerciorarse de que no hubiera nadie a su alrededor. De pronto la puerta cedió. Por un momento, creyó que decenas de ojos lo estarían mirando detrás de las cortinas de las casas vecinas. Regresó a encontrarse con esos testigos, pero solo constató el vacío, el silencio amortiguado, y algunos papeles que, como si fuesen palomas, flotaban sobre la calle empedrada y lustrosa. Sabía que tenía pocos minutos. Al entrar a la casa, sintió el peso del vacío, como si estuviese entrando a un hueco enorme; una cavidad ósea, antigua y gélida. Se dirigió rápidamente a las escaleras que llevaban a la biblioteca. Mientras subía, creyó escuchar los acordes lejanos de unos tambores que circulaban por la casa, pero supuso que vendrían de alguna vivienda vecina. Entró en la biblioteca y fue directamente al escritorio. Sin mayor dificultad abrió uno de los cajones. Había una botella de coñac a medio consumir y varias copas. Estuvo tentado de probar la delicia que seguramente bebía el doctor, pero debía ser un profesional. Por un instante, al tiempo que le estallaban las papilas gustativas, imaginó el calor de la bebida descendiendo por su cuerpo. Abrió el otro cajón, pero antes de mirar lo que había en su interior, se percató de que los acordes de la música se habían intensificado, paulatina y persistentemente neuróticos. Se levantó y caminó hacia la ventana. Miró el vuelo estático de un colibrí. Y ahí, mientras las alas del ave parecían formar la estela de una pintura impresionista, se dio cuenta que, proveniente del vacío, se escuchaba *El bolero de Ravel*: los sonidos dulces y sibilinos de

las flautas y los oboes. Regresó al escritorio y empezó a revisar el contenido del segundo cajón. Afuera, se incrementaban los acordes de los tambores, como si esos instrumentos, poseídos por una fuerza dictatorial, quisiesen doblegar a los otros. Veintimilla se fijó que había varias libretas Moleskine, algunas datadas de hacía treinta años. Sobresalía una roja, depositada encima de las otras. Es verdad, pensó el teniente, García Brito es un hombre de la vieja escuela. Seguramente escribiría diarios como una forma de determinar su voz en el mundo. Los tambores, ahora en la puerta misma de la biblioteca, profundizaban el *ostinato*, ese ritmo obsesivo que parecía interminable. El corazón de Veintimilla se aceleraba cada vez más, como si la presencia inclemente de la música, una música invisible, violenta –como si fuese un cuerpo real, monstruoso, un cuerpo conformado por decenas de tambores, oboes, flautas y manos y ojos– supusiese solamente la llegada del mal. Algo iba a pasar, tenía que salir pronto. Por unos segundos, pensó que debería fotografiar todos los diarios con su celular, pero era imposible: los tambores de Ravel parecían inundar el ambiente. El teniente sintió que estaban por ingresar literalmente a su cuerpo, como si fuese una ola de langostas, una manada de filamentos criminales. Los tambores empezaban a enredarse en sus pies; sentía el peso de su propio cuerpo que se inmovilizaba. Tomó la libreta roja, y a pesar de que se le nublabla la vista, como si ahora los tambores, los vientos, el clarinete, tuviesen la capacidad de cegarlo, salió disparado de la biblioteca, al tiempo que la música desaparecía drásticamente, como si ese cuerpo, antes una maquinaria asesina, se devorase a sí mismo en un segundo de silencio total. Salió a la calle. Arriba, en uno de los balcones, entre los radiantes geranios florecidos, miró, o creyó mirar, la silueta de una mujer vestida de negro. Caminó unos cuantos pasos y dobló en la esquina. Quería huir de ese barrio espectral, ese hueco de

la ciudad, pero, a último momento, impulsado por un resorte interior, regresó sobre sus pasos; debía conocer a la vecina que encontró el cuerpo de García Brito. Se dio la vuelta y ahí, como si fuese su sombra, se encontró con una mujer, la misma silueta oscura que creyó mirar en el balcón.

–Teniente –le dijo, con cálida voz cómplice–, qué gusto.

–Señora... ¿me conoce? –respondió el teniente, con evidente sorpresa.

–Lo esperaba antes, pero me imagino que es un hombre ocupado...

–Pues vine hace un rato...

–No se preocupe, aquí somos gente comprensiva, usted hace lo suyo, nosotros lo nuestro.

–Señora...

–Josefina, Josefina Vergara di Cosmo, mucho gusto –dijo y le estiró la mano; el teniente sintió sus dedos fríos y largos, algo deformados en los nudillos.

–Mucho gusto, señora Josefina –respondió Veintimilla, mientras sentía la piel suave de la mujer. Miró las arrugas profundas en el rostro, apenas disimuladas con una capa de maquillaje blanco, los ojos que disparaban una sutil luz celeste, y el cuerpo ceñido a sí mismo, como si se estuviese contrayendo a cada segundo. Vestía un luto total.

Unos minutos después estaban sentados en la sala de la señora. Era una estancia antigua, fría y sombría, a pesar del sol que reverberaba en las ventanas. La señora Josefina lo había invitado a pasar a su casa. Ahí podrían conversar con calma, le había dicho, al tiempo que caminaban uno detrás del otro, por la estrecha vereda de piedras centenarias. Había algo en la sala que desconcertaba a Veintimilla: quizás los personajes de los cuadros religiosos, que parecían seguirlo con la mirada, quizás la decena de gatos de

porcelana que estaban en uno de los estantes, todos juntos, como si fuesen las extremidades de un mismo cuerpo felino, quizás un olor de agua podrida, ese olor que parecía emanar de los floreros: entre las flores marchitas, algunos girasoles pugnaban por vivir. Al llegar, la señora Josefina se apresuró en invitarle un café y desapareció entre las sombras que anegaban la casa. Veintimilla caminó hasta la ventana. Desde ahí se podía mirar la casa de García Brito, la entrada principal y las ventanas frontales. Abrió la puerta del balcón y salió. A la izquierda, la calle desaparecía a pocos metros; hacia la derecha, desde donde se hallaba el teniente, era posible mirar toda la calle Caldas, las casas, los árboles y las veredas que se perdían en un punto de fuga. Al fondo, antes de ese punto concéntrico, también era posible adivinar uno de los vértices de la plaza, por la que Veintimilla había caminado. Era seguro que la señora Josefina observaba la vida de los otros, apostada junto a una de las ventanas de su casa, apenas visible detrás de las cortinas de terciopelo. ¿Cuánto querría revelar de su excéntrico vecino?, pensaba Veintimilla, al tiempo que miraba la calle desolada, sin sombra o rastro humano.

—¿Le gusta la vista? —preguntó la señora Josefina, apostada detrás del teniente, al tiempo que Veintimilla se sorprendía, incrédulo ante el silencioso desplazamiento de la mujer—, este barrio ha cambiado mucho para bien, antes estaba saturado de marihuanos y gente... rara, usted sabe, pero gracias a Dios y a la vecindad, hemos logrado combatir la peste, aunque claro, no siempre se puede con todo. Ahora, tenemos que decretar guerra total contra la mafia. Pobre país. Dios no nos abandonará, de eso estoy segura.

Veintimilla, al tiempo que la señora Josefina lo tomaba del brazo como una forma de pedirle que regrese a la estancia, alcanzó a mirar en los vértices superiores de los aleros, varios nidos de

golondrinas, quizás algún pájaro que lo miraba fijamente desde el interior de ese geométrico y perfecto nido.

–¿Qué ha hecho el barrio, quiero decir los vecinos?

–“Ladrón agarrado será quemado”–, dijo la señora Josefina, subrayando las palabras. Veintimilla reparó que, en efecto, había visto algunos letreros con esa leyenda pegados en varias paredes del barrio.

–La justicia a mano propia puede desencadenar una ola de sangre, señora–, dijo, con cierto aire conmisericordioso.

–Estamos listos para todo. Y cuando lleguen las hordas bárbaras, nos encerraremos hasta el final de los días.

–Como una zona amurallada, medieval.

–Es curioso que lo diga, porque, en cierta medida, en este barrio se han congregado descendientes directos de los nobles españoles.

–Bueno, no tan nobles, si hacemos caso a la historia.

–Mmm, me figuraba que usted era medio comunista...

–Medio, nomás.

–En fin, le decía –le dijo la señora Josefina tratando de modelar nuevamente las palabras, como una actriz profesional–, que a pesar de nuestra férrea voluntad por hacer de este barrio un refugio de paz, silencioso, siempre se filtran algunas ratas.

–Es que las ratas son astutas –dijo Veintimilla, y buscó instintivamente un cigarrillo en su chaqueta; la señora Josefina se percató y, con un ligero movimiento de la cabeza, le negó esa posibilidad.

–También es defensor de los animales...

–Tengo un gato.

–Como yo –dijo, y regresó a mirar a sus porcelanas; el teniente creyó escuchar una insinuación de maullidos agónicos, contenidos en el interior frío de las cerámicas.

Durante unos segundos, Veintimilla sintió una punzada de desconcierto, de miedo. Pensó en Octubre: seguramente estaría acostado en el porche de la casa, adormilado, con la cabeza apoyada sobre las tablas y la cola alerta a la investida curiosa de las moscas.

La señora Josefina salió de la ensoñación.

–Teniente, ¿sabe?, lo peor no son las ratas, sino los alacranes –dijo, abriendo los ojos; en su interior dos perfectas esferas destilaban una acentuada luz celeste.

Veintimilla se subió al auto y manejó a toda velocidad, tratando de regresar a la vida. ¿Qué era lo que le había querido decir la señora Josefina?, pensaba, mientras trataba infructuosamente de concentrarse en sus palabras. Le atribulaba ese velado tono con el que la señora decía las cosas.

“Mi vecino vivió durante años recluido en su mansión. Era un hombre parco, apenas visible, encerrado en su dolor, porque, la verdad, hubo un antes y después, luego de la muerte de su esposa. Ella era distinta, alegre, social, y le digo yo que la miré esmerarse en las fiestas despampanantes que organizaba en la casa. Decenas de invitados, elegantes y bullangueros caminaban por todas las estancias, bebiendo y fumando; le encantaban los mariachis, cosa que era lo único de mal gusto, le diría, pero ella, como extranjera que era, la francesita, como le decíamos, los miraba con condescendencia, con esa mirada folclórica que tienen los turistas, y los traía a todas las fiestas, con sus trajes negros, brillantes y apretados y esos horribles sombreros para que canten durante horas. En alguna ocasión me invitó y claro, cómo no, fui; me sorprendí por la diversidad de gente que había sido invitada, imagínese usted, funcionarios públicos, con sus planchados ternos de casimir barato, diplomáticos de vestir solemne, señoras de la última aristocracia quiteña, ancianas, más viejas que yo, y jóvenes, muchos, hombres

y mujeres, estudiantes de Derecho o de Arquitectura, o de Artes. Madame Juliette, como le gustaba que le digan a la francesita, sonreía con todos, hablaba unas cuantas palabras, servía canapés, brindaba con una copa de champagne; parecía que la alegría le desbordaba por los poros, ya ve como es la vida, y de un día para otro enfermó y, a pesar de los esfuerzos médicos, se la llevaron a Houston, y murió, y esa casa, como si fuese un acto de justicia divina, se cerró para siempre. Atrás quedaron esas fiestas de disfraces que ofrecía en los carnavales, o las noches de fuegos artificiales que organizaba cada 14 de julio para celebrarla fiesta nacional de Francia, o las veladas artísticas luego del estreno de alguna ópera, antes de que se incendiara el teatro Bolívar. Después de su muerte, esa casa dejó de latir, como si hubiese empezado a agonizar lentamente, silenciosa y oscura, con excepción de la habitación del doctor que, de vez en cuando, mostraba una línea de luz que se deslizaba entre las cortinas. Entonces suponíamos que el vecino recibía alguna visita, quizás de la propia francesita, envuelta en una manta vaporosa, con los ojos hundidos en su perfecto cráneo blanco y los dedos huesudos, apenas tibios, con los que masajeaba la cabeza del anciano, depositada sobre la almohada, en duermevela permanente”.

Tres horas después, Veintimilla dormitaba en uno de los muebles de la sala. Unos minutos antes había llegado a la casa. Dejó la libreta Moleskine del Dr. García Brito sobre la mesa de centro, y, mientras Octubre le maullaba con intenso reclamo, se dirigió a la cocina. Abrió una lata de atún y dejó que el gato devorase el contenido. Al regresar a la sala, miró cómo algunos insinuantes remolinos de polvo se formaban al otro lado de la ventana. Se acostó en el sillón y cerró los ojos. Todavía podía sentir los ecos de *El bolero de Ravel*, la intensidad asfixiante de los tambores —una espiral de notas musicales obsesivas y carní-

voras— y la mirada celeste, nublada de la señora Josefina, de cuya boca, como las fauces abiertas de una loba, brotaban las palabras envueltas en saliva y sangre, tornasolada sangre que vestía las vocales y las consonantes: nítidas y concretas desplazándose desde la boca con esmerada marcha marcial hacia afuera para flotar unos segundos entre los labios morados y animales de la señora Josefina, que ahora es una gata gigante; las palabras se estrellan en el suelo, despedazadas, como un centenar de estrellas cristalinas. Al despertar, sobre su pecho, dormía apaciblemente Octubre. Lo acarició con las yemas de los dedos, sintiendo el espumoso pelaje ocre, mientras las últimas imágenes de las vocales se deshacían como efímeros hilos escarlatas.

La letra del Dr. García Brito no era tan pulcra, como se había imaginado Veintimilla. Quizás porque, dada la información recopilada, el personaje debería haberse sujetado a ciertas convenciones sociales, entre ellas, la calidad de la caligrafía. El teniente se había imaginado al niño García Brito aprendiendo a escribir bajo la vigilante mirada de su madre, corrigiendo una y otra vez el tamaño y las formas de las letras; los dos sentados en el estudio de la familia, quizás uno junto al otro, en sillas de madera y estera, con la luz de la tarde que ingresa por una ventana frontal. Pero no, la letra del doctor, ahora que Veintimilla la veía en las páginas de la libreta Moleskine roja, era monstruosa, formada por caracteres que parecían insectos amorfos, criaturas de un mundo fantástico. Las frases se sucedían una tras otra, apretadas a la página como si fuesen hileras de hormigas aladas o cucarachas o moscos de piel tornasolada. Una línea ondulante de color azul. Al principio, Veintimilla pensó que sería imposible descifrar el sentido de ese idioma único, inextricable. Revisó la libreta, sin detenerse a leer, sino tratando de establecer una mirada general sobre ese paisaje íntimo del doctor. En algunas páginas, se miraban dibujos

de estilo *naif*. Se parecen a lo que hiciera García Lorca en sus días en Nueva York, dijo el teniente; Octubre, que se había acomodado en el alféizar, junto a la ventana, abrió uno de los ojos. Se viene el recital. La libreta también contenía cifras, en columnas con vistos o equis al final, que parecían cuentas pagadas o por pagar, pero que también podrían haber sido números de lotería, claves bancarias encriptadas o juegos aleatorios para potenciar la memoria. Las primeras páginas de la libreta estaban vacías, eran de color marfil, como si el Dr. García Brito hubiese querido que conservasen su naturaleza inmaculada mientras que las siguientes, mostraban el frenesí de la escritura intensa. Encendió un cigarrillo y salió al porche, no quería que Octubre se quejase por el humo. Se sentó en la silla veneciana y contempló el horizonte. Al fondo del cuadro, la realidad se tambaleaba como si la naturaleza fuese una tela movida por la brisa. Tenía algo de hambre, pero eso podría esperar. Regresó a la sala y puso un CD de música clásica, era un compilado que incluía una colección de músicos célebres: Mozart, Bach, Vivaldi... Abrió nuevamente la libreta y empezó su tarea. Lo primero que constató es que en ninguna de las entradas del diario, si es que en efecto es un diario, se dijo al tiempo que botaba un chorro errático de humo, tenía fecha. Ni tan de la vieja escuela, continuó, al desterrar la idea de que García Brito sería tan prolijo como dictaba el protocolo convencional de escritura y memoria. La primera letra era claramente una J, pero las siguientes se desvanecían en una especie de raya, como si la palabra fuese una línea, apenas quebrada por saltos armónicos: un electrocardiograma, dijo, y aspiró la última pitada del cigarrillo, o la línea ondulante del mar visto desde la distancia.

Durante algunas horas, al tiempo que la tarde se hundía dramáticamente en la noche, el teniente intentó descifrar las palabras, primero de manera ordenada, siguiendo la sintaxis del párra-

fo, y luego saltando las páginas, esperando que, de esa manera, sus ojos pudiesen determinar las formas de las letras. Se levantó varias veces, mostrando su frustración a través de bufidos constantes, como un animal enjaulado, mientras Octubre lo seguía displicentemente, abriendo sus fauces y estirando el cuerpo hasta parecer una tela felposa. Encendió varios cigarrillos y trató de evadir su furia, escuchando los acordes de *La Primavera*, de Vivaldi. En cierto punto de la noche, quizás cuando Venus incendiaba una esquina del cielo, se preparó un gin-tonic. Había estado tan concentrado que ni ganas de beber había sentido, como un yogui, dijo, e imaginó la reacción que hubiese tenido Acevedo ante tamaño acto de sanación. Le creo para que no sufra, le habría dicho el fotógrafo, sonriendo con esos dientes espléndidos de adolescente. Se preparó otro y siguió estudiando la caligrafía evanescente del doctor; salió al porche para estirar las piernas simulando una coreografía con el gato, y siguió contemplado los dibujos de García Brito: el rostro regordete de una mujer, de labios finos y pelo lacio que se sobresalía del tronco y las extremidades gomosas y redondas, como si fuese una de esas figuras armadas con globos. Encontró varios dibujos de la mujer-globo, con variantes en el peinado: a veces con cerquillo, o con trenza, o con cachitos, pero siempre la misma. Se preparó otro trago y abrió una lata de atún para Octubre, cocinó un poco de pasta a la que agregó unos cuantos trozos de queso maduro, y siguió luchando con esas palabras que parecían ondas de sonidos, o puntos de código Braille. Se preparó otro gin y se fumó un cigarrillo, mientras escuchaba ahora una dramática sonata de Bach, debajo del dintel, mirando la planicie oscura apenas disuelta detrás de una cortina de polvo, con el brazo izquierdo apoyado sobre el marco de la puerta. Solo me falta una Colt, dijo, y sonrió para sí mismo, más ahora que el país se hundía en el terror. En los noticieros televisivos, se veían secuestros,

negocios incendiados, políticos asesinados. Este país, si todavía se puede llamar así, se hundía como un barco anclado a la orilla, dijo, y pensó que Acevedo lo miraría, conteniendo una sonrisa, y quizás le diría: ay, maestro, usted y sus metáforas. El Presidente –atrapado en una ola de denuncias por actos de corrupción y su evidente incapacidad para gobernar– había decidido aprobar el uso de armas a la población civil. De esa forma, cualquiera, a la usanza del viejo Oeste, podría darse de balazos con el vecino. No tenía una Colt, pensaba el teniente, imaginando que su pose de viejo vaquero carecía de esa utilería necesaria, pero era evidente que, aunque sea para disimular, tendría que llevar consigo la pistola Luger que dormía aplaciblemente en una gaveta de la cocina. Octubre había desaparecido. Seguramente estarás haciendo de las tuyas, dijo, y aplastó la colilla del cigarrillo con la punta de la bota. Buscó con la mirada a su gato, pero solo se encontró con el espacio de su casa algo borroso; los muebles y las ventanas, los pocos libros dispersos sobre la mesa del centro, el reproductor de CD, parecían desdibujados detrás de un manto de gasa, como si el *sfumato*, la clásica técnica renacentista, hubiese obrado sobre la realidad. Miró, o creyó mirar, la cola capuchina de Octubre, apenas visible en el borde la cortina. ¿Te estás escondiendo?, dijo, con un tono juguetón. El gato apareció detrás de la tela, con la mirada atenta, las pupilas encendidas y un desafiante gesto de cazador. Ya vas a ver. Avanzó hacia el teniente, quien terminó las últimas gotas del gin-tonic, y se acuclilló. Era probable que Veintimilla imaginase los acordes de ese suspenso melancólico –las flautas y arpas de Morricone– de *El bueno, el feo y el malo*. Gato y hombre, sus ojos apenas visibles en un gesto cerrado, las manos y las patas en guardia. Los dos se miraron a pocos metros de distancia, con los cuerpos en posición de ataque. Ven, gatito, le dijo el teniente, y alzó una de sus manos, con los dedos abiertos y

arqueados, como si fuese una araña; Octubre se concentró en esa mano extraña, deforme, y emitió un maullido breve, agudo. Se acercó un poco más, en movimientos rectos, como si su elástico cuerpo felino fuese ahora una maquinaria robótica. Veintimilla movió cadenciosamente los dedos de la mano, con la mirada fija en el gato. Durante unos segundos, el tiempo se detuvo, mientras se escuchaban los silbidos, las flautas y las arpas, como si los dos ahí, frente a frente, estuviesen representando el combate decisivo. De pronto, impulsado por una fuerza inmanente, el gato se lanzó sobre esa araña de carne humana, decidido a saciar su apetito. El teniente se dejó atrapar, o no pudo huir, de la embestida furiosa, y tras luchar unos segundos con esas espigas salvajes, esas agujas quirúrgicas, se soltó. Octubre, eres un salvaje, le dijo, mientras el gato se relamía de gusto. Se preparó otro trago, el último, a pesar de que la realidad seguía oscilante, como si estuviese constituida sobre una superficie de agua. Bebió el gin con gusto, de un solo trago, impelido por una necesidad de satisfacer la deshidratación producida por el feroz combate con Octubre. La música del Oeste había cesado, dejando paso a Brahms. Trató de depositar el vaso sobre la mesa de centro de la sala, pero se cayó, en un estruendoso estallido de cristales. El gato, acostado sobre la alfombra, a pocos metros, todavía en un estado de regocijo triunfante, saltó y corrió a esconderse detrás de la cortina. Qué tonto es. Veintimilla no hizo nada, ya habría tiempo para recoger el pequeño desastre. Encendió otro cigarrillo. Era el último, maldita sea. Tomó la libreta Moleskine, dispuesto a fracasar nuevamente en su intento de descifrar las palabras inextricables del Dr. García Brito, pero ahí, ante sus ojos, como si fuese un milagro, las letras las palabras las oraciones, aparecían nítidas, como si su extraña forma deformada, se hubiese rediseñado a partir de la claridad. Disuelta la opacidad, como si fuese un juego de formas antiguas, códigos secretos de

algún palimpsesto medieval, el teniente Veintimilla, empezó a leer el diario del doctor, invadido por una emoción insólita, con el corazón que era un enjambre de caballos al galope, o el ritmo frenético de una batería a cuatro tiempos.

A la mañana siguiente, se despertó con una resaca mortal; le dolían el cuerpo, los músculos, las arterias, el corazón. Unos minutos antes de despertar había sentido las uñas filudas de Octubre masajeadole el bíceps derecho que ponía junto a su rostro. Quiso levantarse para alimentar al gato, pero fue imposible: se hallaba estático, incapaz de articular movimiento alguno. Quizás sufría una apoplejía, pensó, luchando contra la inercia de su cuerpo, que se resistía a despertar. Octubre, miamor, dijo, tratando de que sus últimas palabras en este mundo fuesen un gesto de cariño a la vida, a su gato. Al despertar nuevamente, pensó que todo se trataba de un sueño. Por unos segundos, sufrió el desconcierto del viajero, ese malestar que se produce al despertar en un espacio desconocido. Poco a poco, al tiempo que la vida le regresaba al cuerpo, reconoció su habitación: el espacio casi vacío en el que dormía, apenas un guardarropa de madera, una mesa de velador y una silla sobre la que dejaba su ropa. ¿En qué momento había llegado a la habitación? Se incorporó de la cama, soportando los chillidos metálicos de los resortes. Debía hacer algo con urgencia para quitar ese ruido desquiciante que se producía cada vez que se movía en la noche. Caminó unos pasos, evadiendo las botas y las medias que estaban en el suelo. Se desperezó abriendo los brazos. En ese momento, sintió la mordida breve y contundente de Octubre en uno de sus talones. Me matas de hambre. El teniente saltó. Coño –dijo, con ese usual tono cubano que tenía cuando sufría de resaca–, compañero Octubre hoy ha despertado contrarrevolucionario. Bajó a la cocina y depositó una buena porción de pepas en el plato del gato, también cambió el agua del pocillo.

Mientras se bañaba, recordó la escena turbulenta de la noche anterior. Vaya poder del gin, pensó, al tiempo que se secaba la piel con una roída toalla roja. Y, como si fuese un *flash*, recordó las palabras del diario de García Brito: las frases encadenadas con precisión, la espléndida caligrafía con la que se armaban armoniosamente. Salió con la toalla anudada a la cintura y caminó hacia la sala. En el ambiente flotaba todavía el aire viciado del cigarrillo. A través de la ventana se veía un día abierto, desértico, y las habituales espirales de arena que recorrían mansamente el terreno. Tomó la libreta roja y la abrió. Su corazón latía todavía con intensidad, como si el sueño no hubiese terminado por calmarlo. Debería medirse la presión arterial. Sintió un punzante dolor inicial en la punta del pie derecho. Maldita sea, pensó, e imaginó que un ataque de gota podría estar al acecho. Miró las letras, abriendo y cerrando los ojos, para lubricar la mirada. Volvió a mirar y restregarse los ojos, tratando de aclarar las letras. Abrió varias hojas más, una y otra vez, pero constató, al tiempo que el corazón le latía en la garganta, que la transparencia de las palabras, la forma armónica de la belleza, había desaparecido. Otra vez, como la primera ocasión, se encontró con una línea continua, apenas ondulante, una eterna frase de arena, imposible de desentrañar. Se dejó caer sobre una de las sillas y ocultó sus pies desnudos debajo de la mesa de centro. Estaba abrumado, con un intenso dolor de cabeza y los músculos del cuerpo contracturados. No tenía cigarrillos. El gato se acercó. Pobre hombre. Le lamió uno de los pies y se restregó el pelaje, volvió a lamerle, ahora el meñique, y le mordió. Octubre, basta, dijo Veintimilla, y le empujó levemente con el pie; el gato se resistió. Entonces trató de tomarlo, inclinando el cuerpo. Y ahí descubrió, debajo de Octubre, varias hojas. El gato caminó lentamente hasta salir de la mesa. Al fin. De la pesadumbre total que le invadía, pasó al júbilo. Ante sus ojos estaban anotadas varias frases

con su puño y letra. Las reconoció. Eran una síntesis de la lectura del diario de García Brito, escritas en algunas hojas tomadas de la misma libreta. ¿En qué momento las había arrancado? Bien, Veintimilla, se dijo, felicitándose por su cabeza lúcida, por esa capacidad de actuar incluso bajo los efectos del alcohol. No recordaba en qué momento había realizado ese ejercicio de traducción, pero no importaba. Ahora le tocaba leer lo que había encontrado en la libreta Moleskine, que ahora le parecía el corazón duro de un animal innombrable.

“La letra J –escribió el teniente Veintimilla–, se corresponde al nombre de una mujer. *Justine, mi amada, quiero que me comas las tetillas*, así empieza el diario. No me sorprendería tanto ese nombre, si fuese por libre elección del propio Dr., pues, dado su gusto por la literatura, podría tratarse de un homenaje a la Justine de Lawrence Durrell, o, quizás, a la del Marqués de Sade, si esa Justine fuese el nombre de un personaje y no de un ser de carne y hueso. Pero a medida que leo el diario de García Brito, creo que se trata más de una silueta, que de un ser de carne y hueso. Entre las banalidades de la vida, se le escapan frases como: *anoche soñé que eras un globo de luz, o dime si habitas en una cueva en el centro del bosque*. Hay cierta ambigüedad, cierta zona umbrosa, como si el doctor estuviese escribiendo un relato realista de su vida, pero impulsado también por la fantasía. Escribe la primera frase con el nombre de Justine, luego se calla. ¿Quién es, dónde la conoció, qué pinta en su vida? Esto es lo que creo: Parece que la vida de García Brito transcurría con la habitual modorra en su condición de jubilado, encerrado en su mansión, dado a los oficios aburridos de un misántropo. Consigna en las páginas de su diario alguna anotación sobre el clima, un dolor en los huesos; algo sobre la creciente violencia del país, el miedo que recorre las calles; ¿para quién escribe? Es como si esta libreta fuese una forma de crear un

diálogo imaginario consigo mismo. No hay fechas, los cambios de días se deducen porque el doctor no deja un espacio en blanco. A veces no escribe, opta por esos dibujos impresionistas de paisajes campestres, noches estrelladas, nenúfares, con un estilo ingenuo; sí, son formas parecidas a los dibujos de Lorca, aunque con temáticas francesas del XIX. No hay ninguna mención a fiestas, escapadas nocturnas. Tampoco dice nada sobre su esposa, o su familia, es como si García Brito hiciese de su relato una forma mínima de expresión, o como si quisiese ocultar todo registro testimonial. Pensé que mencionaría a María Dolores, pero es evidente que la relación con su hermana estaba quebrada. Me sorprende que, de pronto, dibuje una especie de eclosión cósmica, una suerte de *Big Bang*. Es un trazo frenético, obsesivo. Parece que empieza en con una pequeña j en el centro, y después una serie de círculos concéntricos que se expanden con vigor hacia los márgenes. Luego cesa varios días, lo sé porque el pulso es diferente como si en ese tiempo algo se hubiese transmutado en la firmeza con la que escribe, o las formas precisas de las letras; quizás es otro estilógrafo, del mismo color negro, con el que escribe y dibuja, pero con un matiz distinto: la tinta parece más densa, como si fuese otra mano, una réplica del mismo doctor, tal vez atravesado por un dolor articular en la mano que genera esa modificación. “Justine, mi amada, quiero que me comas las tetillas”. Una primera frase para inaugurar la libreta, como si con ese gesto estuviese empezando también un capítulo de la vida, como si la llegada de esa mujer requiriese comenzar todo de cero, ¿o fue una coincidencia? Lo dudo, creo que García Brito tomó una nueva libreta para dar cuenta de esa historia, de esa forma, como un estudiante prolijo que empieza el año lectivo simbolizaba el orden, el verbo, la palabra. ¿Quién es esa Justine que impelía a una declaración tan

caníbal? ¿Por qué no la vuelve a mencionar más que a través de ese esquizofrénico dibujo?”.

El teniente dejó de leer su síntesis, el relato reducido de todas las palabras que ahora, nuevamente desdibujadas por la condición inextricable de su caligrafía, conformaban parte del universo de García Brito. Fue a la cocina y se preparó un café y comió distraídamente unos pedazos de pan y queso. Octubre lo acompañó como siempre lo hacía. Era una sombra esponjosa, que se desplazaba silentemente por la casa. Este hombre está perdido. Veintimilla tomó el teléfono celular, y llamó a Acevedo.

–Bendito el día que asoma –respondió el fotógrafo, al otro lado de la línea.

–Tengo que preguntarte algo...

–Hola, mi amigo, qué gusto saludarte, todo bien por acá, gracias por tu preocupación...

–¿Conoce algún grafólogo que pueda darme una mano?

–Vaya, hoy sí que está de una eficacia profesional... descubriste alguna instrucción secreta para encontrar el tesoro de los Llanganates...

–Ponte serio, hombre.

–Bueno, bueno, no te sulfures que te puede dar algo... en la institución tenemos algunos que han hecho cursos recientes, pero te diría que podrías consultarle a la especialista Macías, Saskia Macías. Es una profesional bien.

–No, te voy a mandar unas fotos del diario de García Brito y le pides que nos ayude descifrando la letra de lunático con la que escribía.

–¿Cómo conseguiste ese diario?... mejor no me cuente nada, prefiero no saber nada, así me evito tener que confesar algo bajo tortura.

Veintimilla trató de recordar de dónde conocía ese nombre, quizás, como solía pasarle con alguna frecuencia, trataba de establecer alguna conexión familiar con Magda. Es probable que esa tal Saskia fuese también de Manabí, alguna pariente lejana de su exmujer, el apellido parecería confirmarlo. Qué tonto, dijo, como si con esa sentencia cerrase la evocación melancólica. El gato, acostado sobre el suelo de la cocina, a pocos metros, abrió un ojo para mirarlo. Esa figura delgada y triste que se perfila a contraluz. Y volvió a quedarse dormido.

Al despertar, con el cuerpo todavía preso de la modorra, Veintimilla regresó a la sala, tomó el diario rojo. Abrió las páginas con la ligera esperanza de que las letras hubiesen retomado su claridad, pero se encontró con esas ondas imposibles de descifrar; cogió su iPhone y buscó la cámara. Vaya que había sido un obsequio clave el de la señora María Dolores. Tomó varias fotografías del diario y se las envió a Acevedo. En su fuero interior, estaba casi seguro que la especialista Macías no podría encontrar la forma de leer esas palabras, porque quizás no eran más que una línea continua, una secuencia oscilante de tinta, dispuesta sobre las páginas como un palimpsesto antiguo. No obstante, debía hacer la gestión y esperar. Limpió un poco la sala, botó la ceniza que estaba en los platos de loza, lavó los vasos, ¿por qué había tantos sucios, como si no hubiese sido solamente él, el único invitado a la fiesta?; salió con la botella de gin para depositarla en el basurero, rebosante de cristales y plásticos. El sol reverberaba en los fragmentos de las botellas, como si fuesen espigas de luz. Algún día se daría tiempo para llevar toda esa basura a un depósito de reciclaje. El iPhone sonó, fue un breve chasquido. Recibido, decía un mensaje enviado por Acevedo, acompañado de una carita feliz. Vaya idiota, dijo

Veintimilla, sonriendo para sí mismo. Se dejó caer sobre la silla veneciana. Se sentía cansado, como si el cuerpo estuviese sometido a una fatiga atávica, una resaca de la carne y el espíritu; una melancolía que le invadía el corazón y la cabeza. Miró a la distancia: el desierto que se disolvía detrás de un manto inestable, como si la realidad no fuese nada más que la conformación inconsistente de ondas de luz, un reflejo burbujeante de la realidad. Qué fácil sería acabar con todo.

En la bodega de la casa, varias semanas atrás, descubrió una caja de seguridad. Estaba apenas escondida entre algunos tarros de pintura. Aunque la cerradura requería una llave precisa, al teniente no le fue difícil abrirla con su juego de ganzúas. Dentro, envuelta en un paño rojo, estaba la Luger. Veintimilla no se sorprendió al encontrar una pistola alemana; su tío siempre había sido un aficionado culposo del mundo nazi, así que seguramente ese juguete era una forma de cumplirse un capricho. El teniente examinó el arma. Su mecanismo estaba intacto. Era evidente que el tío la había cuidado con esmero. Dentro de la caja también encontró munición. Llenó el cargador. Desde ese día, la Luger dormía apaciblemente, envuelta en su tela roja, en uno de los aparadores de la cocina. Que fácil sería, se repitió, mientras su mirada seguía en el vacío del desierto. Entonces timbró el celular. El teniente reconoció el nombre y contestó.

—Teniente, ¿alguna novedad? —preguntó la señora María Dolores.

Hacia la tarde, minutos antes de que el sol desapareciera detrás de los edificios de la República del Salvador, en una breve llamada moribunda, el teniente estaba sentado en una de las mesas exteriores del Floralp. Había pedido un expreso doble y fumaba

plácidamente, como si la vida fuese un acto contemplativo: la mirada extraviada en los autos detenidos sobre la calle, la gente que camina en la acera, envuelta en telas vaporosas y el humo de su propio cigarrillo elevándose en serpentinadas gráciles. Durante esos segundos, mientras esperaba a María Dolores, Veintimilla se sintió ligero, como si el peso de su vida —la suma de dudas que le carcomían la cabeza y el pasado que le acechaba como un cazador furtivo—, se hubiese disuelto. Desde unos días atrás, había empezado a sentirse algo mareado, sensación que atribuía al cansancio, o quizás al exceso de azúcar. Diabético, era lo que me faltaba, había pensado, al tiempo que caminaba por las inmediaciones de la casa de su tío, tratando de comprender si ese estado bamboleante de la cabeza se debía, tal vez, a una incapacidad en las extremidades inferiores: trataba de mantener el ritmo de las pisadas sobre una imaginaria línea recta. Con esa técnica, pensaba, quizás fuese posible determinar si su malestar se trataba de una disfunción motora. Aunque también era probable que fuese consecuencia del tabaco; recordó a su madre, muchos años atrás, cuando todavía era un adolescente rumiando la vida monótona de su pueblo. Fumaba sus primeros cigarrillos, más impelido por la dinámica de los amigos de entonces, que por su propio gusto. Una noche, al llegar a casa, su madre lo recibió en la puerta, y lo quiso abrazar, eso al menos fue lo que el niño Veintimilla creía, pero se equivocaba: su madre se acercaba, en un aparente gesto de cariño, para constatar ese olor extraño que había determinado en los últimos días. Ignacio, le dijo, ese vicio te va a matar. Ahora, mientras medía su capacidad de mantener el equilibrio caminando en línea recta, todavía desconcertado por ese malestar en la cabeza que se le movía de un lado a otro, pensó en su madre, en la certeza de su frase, una sentencia amorosa. Pobre madre, pensó, pobre de mí. Por eso, mientras el cigarrillo se consumía entre sus

dedos, el teniente sintió algo parecido a la felicidad, allí, ligero y vaporoso, como la gente que se disolvía detrás del humo. Estaba tan obnubilado es su breve estado de desvanecimiento, que no se dio cuenta quien entraba a la cafetería.

–Teniente, ¿a dónde mira sin mirar?–, dijo María Dolores, al tiempo que Veintimilla sentía un intenso ardor entre los dedos. Soltó la colilla todavía flameante del cigarrillo y, en un acto reflejo, se llevó los dedos para lamerlos.

–Señora...

–Veo que usted se cura las heridas como los perros.

De un segundo a otro, como solía pasar en los pueblos de la Sierra, el último remanso de calor daba paso a un frío andino, ventoso. Si no fuese por la creciente efervescencia en la construcción de edificios, bien podría parecer un clima agreste, de páramo, pero esa muralla de cemento y vidrio impedía que el viento helado terminase por congelar la vida.

–¿Hace cuánto trabaja en esta zona? –preguntó Veintimilla, todavía algo avergonzado por sus dedos lacerados, al tiempo que observaba la figura delgada de María Dolores, cubierta con una capa negra de terciopelo, los ojos ocultos detrás de sus gafas y las manos envueltas en unos guantes de satén.

–Teniente –respondió María Dolores, con una ligera sonrisa que no terminaba de armarse– hace varios años. Mire, en esta zona es posible simular la modernidad. Los edificios, los bares y cafés, los árboles, y, sobre todo, la juventud. Es la fuerza de la vida.

–Yupis...

–Ja, ni tanto, pero sí, son jóvenes profesionales que creen en un estado liberal, sueñan con el progreso, con un país fuerte...

–Señora, con todo respeto, ¿en serio cree que los jóvenes de este país piensan que este país puede convertirse en Hong Kong?

—Los que trabajan en esta calle, sí; y no me crea tan ingenua, teniente, en efecto, vivimos un tiempo en el que nadie cree en nada, pero hay que seguir viviendo, y eso solo es posible en libertad.

—La libertad capitalista...

—Es que siempre me olvido que usted es el último comunista feliz.

—Si tuviese que definirme, diría que soy un anarquista —dijo, al tiempo que recordó a la señora Josefina. ¿En serio tengo cara de comunista?, pensó, y contuvo una emergente mueca de sorna con rigor profesional.

—Jaja, usted es tan divertido; creo que es un romántico, la triste figura de un héroe romántico.

Un mesero se acercó a la mesa. No era un paisano local. El teniente lo notó por el acento y por ciertos rasgos físicos inefables, una altivez caribeña, distinta a la habitual. María Dolores pidió un carajillo y el teniente una botella de agua mineral.

—Mire teniente —continuó María Dolores, con ese recurrente tono de autosuficiencia—, este chico venezolano ha encontrado trabajo aquí. Y este país, que no ha estado preparado para una ola migratoria tan dramática, tiene que recibir a esta gente.

—Es lo que corresponde, no...

—No sé, es un tema complicado; solo quería dejar constancia que trabaja y puede progresar, si antes no termina mal.

—¿Se refiere a que podría ingresar en una banda criminal o algo así?

—No creo; su perfil es más bien de alguien que podría intentar viajar a los Estados Unidos, y morir por la negligencia de un coyotero. No tiene pinta de lobo o águila...

—Veo que está muy enterada de las bandas.

–Cómo no; estamos organizándonos, no crea que dejaremos que la extorsión se imponga.

–Uso de armas...

–Más que eso: tenemos que crear una narrativa concreta, real, no esa que circula en los medios, los fiscales a conveniencia, y, por supuesto, sus amigos los cientistas sociales, ¿no me diga que usted cree que, en realidad, este país está en guerra, que las mafias lo dominan todo, que la violencia estallará en todos los rincones?

–Bueno, hay muertes todos los días...

–Si ha visto las series sobre los narcos, sabrá que lo que vivimos es una versión minimalista, sin agencia real...

–Dice que es un invento...

–Un discurso que hace mella en el ánimo de la gente; detrás de todo hay unas manos secretas con intereses para crear una estructura de pánico...

–Los Illuminati...

–No se burle, algo más cercano, poderes ocultos pero reales, eso sí...

–Bueno, me quedo en paz si, como usted dice, solo vemos una película de realismo sucio y el fin del país no se aproxima...

–Mire la vida de Pablo Escobar, lea los libros sobre las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, la violencia real se manifiesta en la totalidad del espacio...

–Conozco el mundo, mi señora, y sé que la realidad nunca es solamente lo que se ve, es, fundamentalmente, lo que creemos que veamos.

–Exacto, una representación; pero bueno, mi teniente, a lo que hemos venido, dejemos de lado esta fatídica charla sobre el fin del mundo. Cuénteme...

Veintimilla sintió el calor que emergía de unos de los calentadores que colgaban de las pérgolas de cristal. Encendió un

cigarrillo, consciente del elemento dramático que dotaba a la espera. El mesero depositó la orden y se alejó.

–No hay mucho que decir, todavía –dijo el teniente.

–Pero teniente, usted sabe que en estos casos el tiempo lo determina todo.

–He hecho algunos hallazgos, señora, pero todavía son pistas menores. Conversé con la vecina de su hermano...

–¿Qué le contó esa chismosa?

–Nada relevante. Algo sobre la vida social antes de que su cuñada muriese.

–La francesita... le encantaba ser el centro del mundo, y debo reconocer que se esforzó en serlo. Recuerdo algunas veladas maravillosas, aunque claro, predominaba ese aire frívolo, agotador.

–También me dijo que era evidente el cambio de vida en su hermano cuando ella murió, como si el Dr. García Brito hubiese caído en un hueco.

–Pobre mi hermano, se encerró. Bueno, ya sabemos que nunca fue precisamente un humanista redoblado; de hecho, creo que la francesita le otorgó un nuevo aire a la vida, le despejó en algo de sus afanes misántropos, lo sacó de su eterno juego de auto contemplación.

–Supongo que la señora Josefina sabe mucho más, pero se reserva.

–¿Cree que ella es el personaje intrigante de la novela? No le haga caso, usted seguramente sabrá cómo proceder.

María Dolores terminó de beber el último trago de su carajillo, tomó el pucho de Veintimilla a punto de terminarse, dio una pitada breve y apagó la colilla en el cenicero.

–Mi teniente, dijo, al tiempo que se quitaba las gafas –¿sabe por qué me encanta este barrio?... La luz, su luz. Sé que usted llegará al fondo del asesinato de mi hermano. Cuídese.

Se levantó y salió presurosa a la calle. La gente caminaba en las veredas, con una ligereza fantasmal, cubierta con bufandas y abrigos como si estuviese ajena a la sensación de miedo que también podía percibirse. Veintimilla miró al chofer que le abría la puerta y que, desde la distancia de cinco o seis metros, lo medía con los ojos. ¿En qué momento se había estacionado ahí la camioneta 4x4? Caminó hacia su auto. Lo había parqueado a unas cuantas cuadras. Era cierto, pensaba. En los bares, cafeterías y restaurantes que daban a la calle se habían dispuesto focos, lámparas y calentadores que desprendían variadas masas de luz incandescente. De las panaderías, farmacias y licorerías emergían chorros fluorescentes que convergían entre sí como si fuesen capas de una misma entidad radiante. Muchos departamentos, de los cientos de edificios, estaban iluminados, parecían luciérnagas estáticas, cuadradas. Los postes formaban hongos de luz naranja.

Por unos minutos, al tiempo que se acercaba a su Mercury, el teniente sintió una asfixia creciente, como si ahí, en medio de ese enjambre de resplandores, esa suma de iridiscentes formas cavernosas, se acunase el infierno. Creyó que se encontraba atrapado en un laberinto, una cueva formada por espirales de fuego y ríos de lava. Los edificios ahora se transformaban en una espiral infinita que cubría todo el marco de su mirada. Se subió al auto y respiró hondamente, como un nadador que ha salvado su vida luego de sortear las olas de un mar salvaje. Cerró los ojos, tratando de disolver ese torrente de imágenes dislocadas que le acorralaban la cabeza. Al abrirlos, la realidad había retomado su orden natural. Respiró aliviado. Encendió el motor del auto. Qué belleza de sonido, rotundo, armonioso. Aceleró un poco más, sin accionar la marcha. Y ahí, cuando la alegría terminaba por derrotar a la angustia, pensó que era un idiota, un despistado, un bobo. Llamó por teléfono a Acevedo.

–Ve, irresponsable, cómo no se te ocurrió pedir la lista de llamadas del veterano–, le dijo, simulando más enojo del que tenía.

–Estaba esperando que su merced me lo pida –respondió el otro, conteniendo la risa.

–Gracioso.

–Entre tantas cosas, a uno se le va la vida y la memoria.

–Usted realmente me mata de iras.

–Ya que me has llamado con tanto cariño, aprovecho para decirte que la especialista Macías ya está revisando la letra del doctor. Me dijo, al recibir las fotos, si no era una broma. Le dije, por supollo que no. Es seria la chica.

–Bueno, avísame en cuanto tengas alguna noticia. ¿Podemos pedir la lista de llamadas?

–De poder se puede, pero habría que pedirlo de manera oficial, y no creo que la Comandante Carrión autorice nada tuyo...

–No, no, en absoluto; hay que hacerlo de otra forma, sino toma una eternidad. Algún conocido tuyo que te deba un favor.

–Mejor un hacker...

–Jaja, estás pensando en el mismo que yo...

–Mismamente.

Los dos coincidían en que esa breve pero fundamental misión había que dársela al Sherpa. Le habían puesto ese apodo en la Policía porque era flaco, un cuerpo triste, la barba hirsuta exponiéndose en los pómulos duros, rocosos. Hacía dos o tres años, había renunciado hastiado de las jerarquías que su alma libre, melancólica, no podía tolerar. Desde entonces, según la versión de Acevedo, había dejado su adorado pueblo a orillas del Tomebamba para trasladarse a Quito. Había conseguido trabajo en la Universidad Central, en el departamento de sistemas en la Facultad de Comunicación Social. Allá debía ir, pero sería mañana. Por lo pronto, era urgente regresar a Carapungo.

Durante la noche, dio varias vueltas en la cama. A pesar de que dormía, dormía mal; parecía un gusano que se doblaba y se contraía, un cuerpo gomoso en perpetuo movimiento. Y encima, ese coro de tablas rumiando su abandono. Debía cambiar la cama vieja, el colchón, la vida. En las últimas semanas, era presa del insomnio, un estado de duermevela quizás, o un sueño superficial. Octubre se acostaba en sus pies o sobre su pecho, pero debía desistir de esa comodidad ante el bamboleo desquiciante de Veintimilla. Insoportable este hombre. Como muchas noches, soñaba con su madre: eran escenas siempre intensas, breves, que le conmovían mientras se sucedían en su cerebro. El teniente sabía que se trataba de sueños, consciente de que ese entramado de imágenes delirantes no podían ser otra cosa, pero incapaz de evitar la perturbación emocional que le ocasionaban. Lo que no sabía era que, al otro lado, en el mundo de los vivos, Octubre miraba atentamente el movimiento de los ojos del humano dispuesto a atacar sin tregua a esos pequeños ovillos de carne que saltan dentro de los párpados. El gato se ponía en posición de ataque, pero un instante antes de lanzarse, alguna fuerza lo detenía. Mejor no. Y se volvía a dormir.

Veintimilla despertó con el cuerpo pesado. Octubre expresaba su hambre con intensos maullidos de gato desesperado.

—Ya, hombre, vamos —le dijo, y miró los hermosos ojos del gato, expuestos como dos cuencos de agua de mar.

Abrió una lata de atún y dejó que el gato se subiese a la mesa de la cocina. Preparó café y huevos revueltos. En la casa sonaba Shostankóvich. Lo había puesto al pasar por la sala. A través de la ventana, ingresaba un polvoroso manto de luz.

Desayunó en silencio. Luego, lavó los platos y los secó minuciosamente, con el humo del cigarrillo, que colgaba entre sus labios, obligándole a entrecerrar los ojos. Abrió la puerta de la

gaveta para guardar la loza y miró el bulto cubierto. Lo depositó sobre la mesa ante la atenta mirada de Octubre. La Luger parecía el cuerpo de un insecto. Estuvo tentado de dejarla nuevamente en su apacible lugar de descanso, pero impulsado por un vértigo impreciso, se la puso en la cintura, contraída contra el jean. Unos minutos después salió de la casa. En el espejo del retrovisor se veía empequeñecerse la figura fibrosa del gato.

Una hora más tarde se estacionó en el parqueadero de la Facultad de Comunicación Social. Desde afuera el edificio le parecía el ejemplo del mal gusto. Una de esas construcciones levantadas en la década de los ochenta, sin gracia ni funcionalidad. Pobre Sherpa, pensó, donde ha caído. En la puerta, estaba un hombre recio, la réplica de Charles Bronson, pensó el teniente, apostado como una figura de cera. Veintimilla preguntó por el ingeniero Jara. El hombre lo aniquiló con la mirada, como si esa pregunta perturbase su manso reposo de estatua de carne. Le dijo que el ingeniero trabajaba en el segundo piso, frente a la Secretaría general. Lo dijo apenas abriendo la boca, como si fuese un ventrilocuo, deslizando las palabras entre los dientes apretados en una mueca de hastío o de dolor. A esa hora del día el edificio estaba vacío; una ola de frío circulaba entre los pasillos iluminados con la luz del sol que resallaba en las ventanas. Los pisos, a pesar de haber sido limpiados recientemente, mostraban una mugre antigua, la cicatriz de un cuerpo de mármol que moría lentamente. En las paredes se veían anuncios institucionales, y en un televisor led, empotrado en una pared junto al Decanato, se veía la figura de un hombre de escaso cabello salvaje, vestido con chaqueta y corbata, la piel centrina y los dientes como dos colmillos de vampiro, que tartamudeaba una frase en silencio. El teniente subió las gradas hacia al segundo piso, rozando el pasamanos de madera apolillada y tratando de no tropezar con los huecos que habían dejado las baldosas despren-

didadas del suelo. De un segundo a otro, como si fuese una horda de zombies, aparecieron decenas de chicos y chicas, entre risas y gritos, harapientos y felices. Seguramente era el cambio de hora, pensó el teniente, esquivando esa eclosión humana que ocupaba todo el espacio antes vacío. Llegó al departamento de sistemas. Había una pequeña ventanilla que comunicaba el exterior con ese entramado de computadoras, estantes metálicos y cables dispuestos erráticamente en las paredes. Veintimilla acercó el ojo, doblándose como un viejo acordeón, para estar a la altura de la ventanilla. Al fondo de la habitación, apenas visible detrás de una computadora, estaba Jara. Reconoció su pelo, ese penacho oscuro que emergía de la cabeza antes que la cabeza misma.

–Buenas –dijo el teniente, apenas disimulando la risa que se armaba en la cara.

No obtuvo respuesta. Sintió una punzada de frío en la espalda, como si un dedo gélido le tocara la columna vertebral. Detrás, a pocos centímetros, estaba una chica. Era blanca, de una blancura nevada, el cabello largo, alienígena, cayendo sobre los hombros y la mirada vaciada de vida como la de una muñeca antigua. Regresó a mirar por la ventanilla.

–¡Ey, Jara!, párame bola –dijo, dispuesto a romper el letargo en el que se hundía el ingeniero, quien, ante el efusivo saludo, apareció encima del monitor, como si su cabeza se estirara igual que lo haría un payaso de caja de sorpresa.

–Veintimilla, carajo –dijo todavía sorprendido de encontrarse frente a esa proyección espectral.

–Ya me ves –dijo el teniente, sonriendo abiertamente.

–¿De dónde apareces?

Jara se había acercado a la ventanilla, todavía algo temeroso, incapaz de precisar si ese hombre que veía, ese fragmento de rostro, quebrado por el marco de la ventanilla, era, en efecto,

el desaparecido teniente Veintimilla. Abrió la puerta y lo invitó a pasar. Se saludaron con un apretón de mano y los dos, al mismo tiempo, simularon un abrazo.

–Te tengo una misión secreta –le dijo el teniente, dramatizando las palabras.

–Para que veas, te creíamos muerto, pero, es cierto, los muertos siempre pueden estar vivos.

–Jaja, veo que la universidad te está dando nuevos aires filosóficos.

–No creas; aquí uno termina por volverse más burro, pero, en fin, cuéntame.

–En realidad es algo sencillo para ti. Hace unos días apareció una corvina, un abogado jubilado y sibarita, el Dr. García Brito, muerto en la tina de su casa; aparentemente se trató de un infarto, pero no...

–Algo vi en *El Extra*...

–Veo que sigues igual de culto.

–Es lo que hay...

–Bueno, este doctor, como es obvio de suponer, tenía un teléfono celular que ahora está todavía en manos de la Policía. Vos sabes que, en estos casos, el tiempo apremia, y no quiero esperar a que se cierre el caso, para que la hermana del doctor, reciba las pertenencias.

–¿La hermana...?

–Una doña que me contrató, pero no quiero involucrarla más.

–¿La institución está investigando?

–Se supone que designó a alguien, pero ahora todos están como locos tratando de dar la cara a esta ola de violencia; simulando que hacen algo, te diría.

–De hacer algo se hace, pero es más un lavado de cara. Todo está podrido en el Ecuador, Veintimilla, todo.

–Eso lo sabemos. Te juro que me dan ganas de largarme, pero hay algo que me ata a este país.

–Es que vos eres un martir, hombre.

Veintimilla imaginó en ese momento, como si la vida fuese una permanente proyección imaginativa, los cuerpos fríos y oscilantes de los jóvenes que se suicidaban en los puentes de Quito. Era como si esos cuerpos fuesen estalactitas de carne humana emergiendo del infierno en que se había convertido la ciudad.

–Bueno, entiendo que quieres que acceda a la información de ese teléfono –dijo Jara, rompiendo ese segundo de vacío.

–Me lees la mente. Y para que veas que esto es un trabajo profesional toma este billete –le dijo Veintimilla, al tiempo que sacaba unos cuantos dólares de la billetera.

–Todo un magnate –dijo Jara y se guardó el dinero, sin contarle, en el bolsillo de la camisa–. Dime de nuevo los nombres del veterano y te llamo en cuanto sepa algo.

Al bajar, vio en el televisor led la misma imagen cavernícola del nombre de traje y corbata, con el cabello revuelto y los enormes huesos frontales del rostro, que continuaba con un monólogo silente, descompasado; le pareció el hombre más triste del mundo.

Fuera del edificio, los zombies languidecían complacientemente bajo la poderosa canícula andina como si fuese iguanas humanas. Había algo de aterrador en esa escena apocalíptica, al menos eso sintió el teniente, y caminó a prisa, temiendo encontrarse nuevamente con la chica de atormentada piel blanca. Ya en el interior del Mercury buscó la Luger en la gaveta. La había dejado ahí antes de entrar el edificio. Encendió el auto y dejó que el quejido del motor se acompasara a su propio ritmo. No quería regresar todavía a casa. Octubre estaría seguramente durmiendo

sin prestar importancia a la ausencia del humano. Tampoco quería ir a San Blas, ese barrio le producía angustia, como si se tratase de un territorio atrapado en una zona liminal de la realidad. Con la mente, recorrió el interior de la mansión de García Brito: ese mundo barroco, asfixiante; ese universo desolado, poblado de ecos y objetos antiguos, superpuestos en una orgía interminable. Y miró nuevamente la mano del viejo, lánguida y violácea, rozando los azulejos del baño. ¿Sería esa J, la otra mano, aquella que cubrió el rostro del viejo, avergonzada y arrepentida, huyendo del infierno?

Tomó la calle Bolivia y descendió hasta la América, giró hacia la derecha por la 10 de Agosto y se sumó al intrincado tráfico de esa hora, dejándose ir sin destino fijo. Minutos más tarde, una hora quizás, estacionaba su Mercury en uno de los parqueaderos municipales del Centro Histórico. En algún punto, mientras soportaba el calor que se acumulaba al interior de su auto, apenas matizado por un displicente aire acondicionado, había decidido que iría al centro de la ciudad. Llevaba consigo una muy decente cantidad de dinero en efectivo y, dado que debía esperar alguna información concreta –sea de la especialista Macías o del Sherpa–, pensaba que se merecía unas horas de simulada felicidad pequeño burguesa. Iría al hotel Casa Gangotena, junto a la plaza de San Francisco. Hacía varios años, alguna tarde de cielo naranja, había tomado una copa en el bar y recordaba la agradable sensación de hallarse en un espacio anclado a otro siglo. Los muebles, la decoración, incluso la complaciente actitud del personal de servicio, parecían emergidos del siglo XIX. Al entrar al hotel, recordó a su madre. En su infancia, solía llevarlo a comer un helado en el hotel Dorado, en una de las calles principales de su pueblo. Entonces, como ahora, mientras el niño Veintimilla y el teniente Veintimilla se sumaban en la misma proyección fantasmal, sentía un júbilo

desbordado, como si ahí, en ese pequeño ritual de entrar a un hotel, se hallase al borde una puerta misteriosa, un espacio metafísico en el que la realidad y la fantasía ocupaban el mismo territorio. Subió a la terraza; desde ahí se podía ver directamente hacia la plaza y las calles que la cercaban como a un diamante secreto, también el parque Itchimbía hacia el este, la ciudad que se difuminaba como una mancha ocre hacia el norte y las montañas al oeste. Se sentó en una de las mesas, encendió un cigarrillo y miró el cielo azul, ligeramente plumizo, que se extendía como la piel de un delfín. Al mirar la carta, se decantó por un pisco. Aunque era un fiel amante del gin-tonic, en ese momento, al tiempo que dejaba su iPhone sobre la mesa, optó por una bebida distinta; le gustaba el pisco sour, el punto de acidez, la aérea espuma de clara de huevo y las tres gotas de jarabe de goma. El teniente, igual que lo haría un descomplicado turista o un enajenado borracho feliz, pasó ahí varias horas, comió un seco de chivo, bebió al menos diez piscos, y se fumó todos los cigarrillos del mundo, encerrado en sus pensamientos, recordando por momentos a Magda, su risa frenética y los profundos ojos almendrados; repasando la muerte de García Brito como un neurótico consumado y creyendo que ese malestar, ese mareo repentino que sufría los últimos días, no se comparaba con ese delicioso mareo que produce la ebriedad. Habría que mantener ese nivel de borrachero, pensaba, un eterno 0,4%, de alcohol en la sangre, tal como refería la literatura médica, donde uno se siente dueño y señor del mundo, héroe y redentor.

Llegada la noche, con una ola de intenso frío recorriendo esa parte de la ciudad, Veintimilla por fin se levantó de la silla, pagó la cuenta directamente en la caja de la planta baja y salió del hotel. Caminó por las estrechas veredas, con las manos metidas en los bolsillos de su jean y un cigarrillo colgando entre los labios. En el cielo quizás se proyectaba la imagen circular de una luna

amarrilla o un grupo de estrellas, agrupadas en una esquina del encuadre, que se resistían a desaparecer detrás del resplandor de las luces de la ciudad. Encendió el Mercury y regresó por el camino andado hasta llegar a la zona de la Mariscal. Quería tomar un café con urgencia. Quizás sentarse en unas de las sillas de la plaza Foch y contemplar las ruinas de la noche.

Tiempo atrás, ahora le parecía que habían sido años, había estado en uno de los bares de ambiente que encendían la fiesta: recordaba la enorme pecera empotrada en una de las paredes, los hombres apretados entre sí, como siluetas de un mismo cuerpo, y los ojos incandescentes, diabólicos de Iris. ¿Qué habrá sido de ese ambiguo efebo de espíritu doliente y de su hermana Sofía, la feroz ejecutiva que quería dominar el mundo? Tal vez, era amiga de la señora María Dolores. Probablemente pertenecían a la misma clase social. Quizás Sofía le había dicho a María Dolores que conocía a un detective. Veintimilla, largo y triste como la figura de un hombre perdido en la nada, era el personaje idóneo para investigar el asesinato del Dr. García Brito, así como lo había hecho al solucionar meses atrás, en los pliegues mismos de la imaginación, la muerte del profesor travesti. Eso pensaba Veintimilla, confundido en sus erráticos balbuceos, porque, se dijo para sí mismo, ya sentado en una cafetería desde la que se podía contemplar un gigante colibrí metálico, cómo habría de ser posible que Sofía, melliza hermana de Santi, o de Iris, que era su doble *queer*, hubiese podido recomendar al teniente Veintimilla, si este hace meses había desaparecido en medio de una balacera que enfrentara con el guardaespaldas de Sofía, ante el pedido de su jefa que deseaba su muerte. No, pensó Veintimilla, mientras bebía una copa de vino y masticaba con frenesí el maní salado que una mesera había dejado sobre la mesa, no era factible que Sofía estuviese detrás de este contrato. Entonces, como si en su cabeza

hubiese entrado una línea de cocaína, creyó darse cuenta que, quizás, hubiese caído en una trampa, cómo era posible que no se hubiese dado cuenta: era cierto, era imposible pensar que Sofía no supiese que ahora mismo, a pesar de haber desaparecido de la faz de la tierra durante varios meses, el teniente Veintimilla se las daba de detective en su ciudad, Quito. Ella podría disponer en cualquier momento que uno de sus sicarios diera caza al teniente. Encendió un cigarrillo, ante la mirada de cientos de ojos que lo observaban, seguro de que entre esos ojos, ese despliegue de ojos de búhos, estaba un sicario dispuesto a cumplir con la misión encomendada por Sofía. Quizás, se dijo, a punto de sufrir un ataque de pánico, María Dolores era solamente una cómplice de Sofía, la mano visible que jugaba con el teniente a fin de entretenerse antes de dar al zarpazo final, como lo hace un gato cuando tiene acorralado a un ratón. Quizás, pensó el teniente, al tiempo que se levantaba, simulando una compostura que ya no tenía y se refugiaba en las sombras que se formaban en un vértice del fondo del local, la muerte del Dr. García Brito era también una mentira, la puesta en escena de una loca, una mente diabólica que solo quería burlarse de él, pobre teniente Veintimilla que, encerrado en el baño de la cafetería, trataba de reponerse, seguro también, de que todo lo que pensaba era el resultado de su cerebro alcoholizado, el miedo delirante de un hombre atrapado en la telaraña de imágenes y complots inventados por él mismo. ¿Estarían también involucrados Acevedo, el Sherpa y hasta su gato? ¿Serías capaz de hacerme algo así?, le dijo a Octubre que, como si fuese una proyección cándida y monstruosa, se formaba sobre la superficie turbia del espejo. Se acuclilló en el mugroso baño y, antes de meterse los dedos en la garganta, como había decidido, vomitó un estruendoso chorro de todas las mezclas gástricas, impulsado

por los rezagos de esos que dibujaban un contorno de finas líneas ocres en el inodoro.

Afuera, la gente continuaba viviendo en cámara lenta, fragmentada; era como si el tiempo hubiese bajado una marcha a su velocidad habitual, una película de cine silente, a 16 fotogramas por segundo. El teniente se sentía más ligero, vaciado su cuerpo, aunque todavía no lograba fijar la mirada, precisar la forma concreta de los objetos. Las personas caminaban dejando una estela, una mancha. Debía regresar a la casa y, de esa forma, recuperar el ritmo regular que había impuesto a su vida reciente. Aunque el pánico ya no le atravesaba el alma, todavía miraba con cautela a las sombras o estelas humanas que se acercaban. Se palpó la Luger en el cinto. Durante los minutos precedentes de agonía y miedo, siempre tuvo un último atisbo de conciencia: sabía que en la cintura estaba la pistola, la posibilidad de enfrentar su destino con la mirada erguida. Si debía morir, sería mirando de frente a su sicario. Caminó unas cuantas cuadras, por la calle Pinto y la Almagro. Esas calles, hace pocos años, eran ruidosas y festivas, como si la gente estuviese celebrando un carnaval permanente, pero ahora, esas mismas calles lucían casi vacías, fantasmales. Entre la penumbra que generaba la escasa luz y la neblina que descendía de la González Suárez, era posible encontrar algunas personas que caminaban o que se arrastraban. Solo en el centro de la plaza Foch, algo parecido a la vida se había reactivado en las últimas semanas. Los venezolanos dominaban la zona: administraban los bares, las salsotecas y los puteríos. Vendían cigarrillos, licor o drogas. Eran los rostros visibles, los que ponían la cara, pero se sabía —todo el mundo sabía, aunque manteniendo el silencio— que los verdaderos dueños eran los capos de la droga, los mexicanos que habían

entrado al país en los últimos años, enfrentando ferozmente a los colombianos y a los endeble poderes locales.

Veintimilla cruzó la plaza hasta llegar al otro lado. Ahí, en la esquina, oculto debajo de unos arupos florecidos de rosa y blanco, años atrás, estaba el alucinante bar gay donde había hablado con Iris, pero ahora era solamente un hueco oscuro, la boca de una caverna; los árboles parecían espantapájaros de ceniza. De todas formas, descendió por las gradas, impelido por esa pulsión que le habitaba como un animal feroz, adormilado pero feroz. ¿Dónde habían quedado esas enormes peceras incandescentes, las lámparas de araña, los muebles de terciopelo y esa luz pulposa que envolvía al bar? Era como si todo estuviese ahí, pero en su versión apocalíptica: el esqueleto calcinado de un cuerpo antes joven y vigoroso. Algunas personas bebían mansamente en las mesas; más allá, una decena de jóvenes se abrazaban sobre una apretada pista de baile; la música, entonces, como si los oídos de Veintimilla estuviesen recuperando su capacidad auditiva, le llenó el cerebro de un intenso perreo sexual. El teniente se sentó en un taburete junto a la barra. Pidió un gin-tonic; debía aliviar la sensación volcánica que le arreciaba en la garganta. Durante unos minutos estuvo mirando esa danza frenética y copulatoria, esa simulación orgiástica sobre la pista de baile. Seguramente, pensaba el teniente, esos mismos jóvenes no harían el amor, carecían de la potencia del sexo carnal, desvalidos como se hallaban luego del ritual simulatorio; en ese baile gobernaba un debilitado eros evanescente. Poco a poco, como si el alcohol tuviese la fuerza de la clarividencia, Veintimilla empezó a mirar las cosas con más nitidez. La opacidad que antes desdibujaba la realidad, empezó a desvanecerse, dando paso a un mundo colorido y brillante: los jóvenes parecían vestir de blanco y rosado y plata, ya no pegados torpemente entre sí como extremidades de un pulpo gigante, sino que habían asumido la vibra-

ción cadenciosa del baile, rítmicos y coreográficos. Se desplazaban sobre la pista como cisnes, moviendo los brazos y las piernas en gráciles saltos de sus patas plumosas. Las luces de la pista, ahora un escenario teatral, se apagaron un segundo, ante el estruendo del público que vitoreaba la curiosidad, y luego, precedidas por un dramático golpe de música, se volvieron a encender; un cañón de luz iluminaba el grupo de cisnes, delgados y prolongados sobre sus patas blancas, que ahora creaban un triángulo etéreo, suspendido a pocos centímetros del suelo. De pronto, los cisnes se abrieron como una enorme flor y en el centro apareció una mujer rubia, de larga peluca lacia, enormes pestañas azules y boca roja, intensamente roja como una fresa gigante. Con ustedes, damas y caballeros, dijo una teatral voz en *off*, la hermosa Marilyn. El vestido blanco apretaba su diseñado cuerpo de diva de cine y los zapatos de plataforma la elevaban 20 centímetros del suelo. Una inmensa rosa roja, un pájaro de fuego, estaba asida a la oreja, como si el tallo invisible estuviese enraizado a la cabeza. Veintimilla creyó que se trataba de una fantasía, la retrospectiva imaginativa hacia un mundo onírico. Cuando era joven, una noche en Quito, quizás en las primeras vacaciones que se tomó luego de terminar el colegio, conoció a esa misma Marilyn, o la versión joven también, mientras caminaba por una de las calles de La Mariscal, talvez la Colón. Ella estaba de pie, junto a una pared. Vestía un traje rojo o negro, ceñido a su cuerpo, entonces delgado, acolchonado con las prolongaciones de esponja que había implementado para diseñar las curvas que su cuerpo original carecía; nada tenía que ver como la rubia fastuosa que ahora, en el escenario teatral, interpretada *Happy birthday, Mr. President*, simulando los gestos de Marilyn Monroe, en un fonomímico juego expresivo; nada tenía esa entonces joven Marilyn, todavía provista de una geométrica manzana de Adán, con esta que el teniente contem-

plaba con fascinación. Esa noche, treinta años atrás, Veintimilla se acercó a la rubia de peluca platinada, una glamurosa peluca que parecía un nido de luz, y le preguntó que hacía allí, y ella, con un tono educado de niña buena y cándida, disimulando su natural voz masculina, le contestó que esperaba la luna llena. Para qué, seguramente, le preguntó Veintimilla. Para aullar, le respondería ella, para aullar como una loba herida, y caminaron juntos unas cuadas hasta llegar a un restaurante: LA NOCHE JAPONESA, re-lumbraba el letrero en luces de neón, ahí comieron y bebieron y luego salieron, para caminar hasta el cuarto de hotel donde ella, esa casi esquelética Marilyn de mirada feroz como la primera línea de cocaína que jalaron en esa habitación, hacía su hogar o su cueva; y, a pesar de que estaban algo excitados, prefirieron dormir, o se dejaron caer sobre el colchón, sin sueño, estimulados por la coca, o quizás fumaron yerba, dejándose dominar por la languidez hasta caer rendidos, casi vestidos en esa cama de plaza y media. Ahora esa mujer, confeccionada con los implantes y las prótesis, nada tenía que ver con la otra que, al siguiente día, a pesar de la resaca que seguramente les atravesaba el cuerpo, preparó café y desprovista de los encantos femeninos, se comportó como una madre o una hermana. Ahora miraba desafiante al invisible público, oculto en la penumbra; no obstante, pensaba Veintimilla, es la misma, esa mujer que empezaba su transformación, tantos años atrás, con esa que, ahora, se expandía sobre el escenario como una diva glamurosa, como si el tiempo transcurrido no hubiese podido desterrar la misma tristeza, la desolación y la furia que la definían.

Minutos más tarde, mientras los bailarines seguían en la fiesta, como fantasmas envueltos en mantas ligeras y ondulantes, Veintimilla y Marilyn estaban acomodados junto a la barra.

—Claro que te recuerdo —le dijo Marilyn, con un tono con-miserativo y juguetón.

–Y no importa si no es cierto –respondió Veintimilla con la mirada encendida y las palabras algo trabadas.

–Veo que estás de fiesta, cariño.

–Siempre.

–No sé, la fiesta debe durar un instante, aunque se prolongue toda la noche, ¿me sigues?

–Como el placer, la pequeña muerte, el destello que dura un segundo.

–Jaja, tanta palabra para hablar de la leche.

–Jaja, solo decía.

–¿Qué haces por aquí?

Veintimilla le contó que estaba perdido, o que estaba haciéndose al perdido para tomarse unas horas y tratar de aclarar sus ideas sobre la muerte de García Brito.

–De una te caché que eras chapa –le dijo Marilyn, al tiempo que le ponía una mano sobre la rodilla; era una mano triangular, lánguida como una paloma moribunda.

–Detective –le replicó Veintimilla.

–Jaja, es lo mismo.

Luego le contó, como si estuviese en una sesión con el psiquiatra, parte de su vida: su madre, el amor siempre evocativo que le producía su recuerdo; Magda, esa silueta permanente que le laceraba el cuerpo y la culpa; los años de servicio en la policía, una institución a la que creía amar, pero que odiaba también; y el caso del profesor asesinado, ese viejo travesti sático. Le dijo que estaba tratando de descifrar la muerte de un abogado jubilado, un excéntrico y solitario lobo cuya vida había sido un canto de cisne. Le habló del mundo, su gusto por la música clásica, trágica y ceremoniosa, la idolatría a las novelas de Hamsun, y su temor por la inminente llegada del fin del mundo. Este país, le dijo, ha matado

el último reducto de humanidad: la ilusión, sin la ilusión no es posible construir castillos en el aire o fundar ciudades invisibles.

–Uy, mi niño –le dijo Marilyn, al final del monólogo, apenas interrumpido por los sorbos de gin-tonic que el teniente bebía como un pájaro agotado– sí que has sufrido, jaja, pero no te preocupes, nada que no se pueda curar en una noche.

–Me muero por un cigarrillo –dijo el teniente, al tiempo que se tocaba el pecho y los bolsillos, como si estuviese apagando un pequeño fuego interior.

Afuera, la neblina había desaparecido dejando que las casas los árboles las calles, adquiriesen materialidad; todavía algunas personas caminaban distraídamente entre los pocos taxis que permanecían en la esquina de la plaza Foch y las decenas de motocicletas estacionadas, negras y brillantes como un enjambre de avispas.

–Estos chicos son de cuidado –dijo Marilyn, mientras miraba con cautela a esos hombres, vestidos todos con jeans rotos, camisetas ceñidas y zapatillas blancas.

El teniente miró la plaza, cubriendo el espacio en su totalidad, como le habían enseñado en la policía, las zonas iluminadas y las esquinas umbrosas; el movimiento imperceptible de alguna mano, los sonidos metálicos y duros de las armas rastrilladas, las pupilas expandidas, el resonador de las motos encendidas, el vuelo gravitacional de un dron, pero no encontró nada que le perturbase. ¿Dónde estaba el miedo que la violencia generaba todos los días?, ¿o sería, sobre todo, el relato encendido y sensacionalista de los medios, los políticos y los locos que buscaban mantener ese estado de pánico? ¿Quiénes estaban detrás de ese complot para acorralar al país? ¿Era verdad lo que decía la señora María Dolores?

Avanzaron varias cuadras tomados del brazo como una pareja de adultos de mediana edad. Los juntaba una extraña complicidad que no se ha forjado con el paso de los años, en el día a día donde se teje ese espacio común de confianza. Era más bien una forma singular de juntar el pasado, treinta años atrás, con el presente, como si entre esos años, ese largo paréntesis que ahora parecía una coma, no hubiese pasado nada; una línea de continuidad que se pega sin drama. Hacía frío, ese frío andino que atravesaba la ropa. Aunque Veintimilla podría asegurar que las formas del alcohol habían dejado su cuerpo, había algo en la escena que no terminaba de armarse, como si todo fuese una proyección, la representación de la vida que se muestra en las paredes de una caverna, pero no la vida misma, esa materialidad que imprime sus mayores emociones en la piel y el cerebro. Marilyn le dijo que tenía hambre; a esa hora solamente un par de locales atendían. Era como si la llegada de la luz, una fina cuña apenas flotando en el oriente, ahuyentase toda forma de vida. Los motociclistas arrancaban en fila, accionando los estruendosos resonadores, al tiempo que los últimos visitantes desaparecían en las esquinas de las casas. Solo se veían los ojos desesperados de algunos perros que buscaban comida entre las montañas de basura. Se sentaron en una de las mesas de El Árabe, un local cerca de una estación de bomberos, pidieron shawarmas y café.

—Papi —le dijo Marilyn, sin contener un bostezo que se armaba en la cara, descomponiendo su rostro maquillado, perfecto, para mostrar las fisuras y los surcos de la vejez—, yo te digo que no le des tanta cabeza a las cosas; es mejor dejar que la vida fluya.

Le dijo eso y sin que Veintimilla pudiese evitarlo, lo besó. Fue un beso estruendoso, teatral, en la boca, como si ese beso —la carne roja de los labios, como una rosa de fuego o un microcosmos donde cabían todos los fuegos— fuese la culminación de una

telenovela, la escena en la que, finalmente, los protagonistas se besan, mientras los créditos empiezan a descender por la pantalla. El teniente, absorto todavía, quizás envuelto en los mantos de la ebriedad, no pudo reaccionar, o no quiso, y dejó que ese beso se prolongara las siguientes horas, cuando la luz calcinaba el mundo, mientras los dos se refugiaban en una habitación como dos vampiros enamorados.

Cuando despertó, Marilyn se había ido. En el velador solo quedaba la rosa roja, depositada sobre un tapete blanco, como si fuese el cuerpo de un niño deforme, un cuerpo de pétalos de carne, enrollado a sí mismo, apelmazado y brillante. Solo entonces Veintimilla se dio cuenta que era de terciopelo. Cerró los ojos, tratando de armar los fragmentos de la madrugada, las imágenes que se superponían caóticamente en su cabeza, pero no lograba armar la secuencia. Se levantó con un dolor que le atravesaba la columna vertebral y se irradiaba hasta las piernas; y se metió a la ducha, buscando recuperar en algo la cordura con el agua fría. Mientras el líquido le acuchillaba la piel, pensó en Magda, en la cara de burla que ponía cada vez que lo veía bañarse de esa manera, apretando el cuerpo para contener los gemidos que le provocaba el agua helada. Tenía que ir a Carapungo, ver a Octubre. Salió de la ducha y desnudo como se hallaba, regresó a la habitación, buscando su chaqueta de cuero. En el bolsillo interior, estaba su iPhone. Tenía una línea de batería; abrió el WhatsApp y se encontró con varios mensajes de Acevedo, diez o más, también dos mensajes del Sherpa y uno más de María Dolores. Quiso acceder al primero, pero como era de esperarse, el celular se apagó. Mientras Veintimilla maldecía, abrió brevemente la cortina que daba a la calle. Afuera, desde ese cuarto piso, las personas parecían enanos o insectos caminando a ritmo sosegado. En el cielo, azul y eterno, se dibujaban una decena entrecruzada de estelas de vapor como si

fueran signos de un código celestial. El teniente se vistió sintiendo todavía algunos calambres en la ciática, un dolor punzante que se irradiaba por el coxis, la cintura y se arrellanaba en los riñones.

Ya en la calle, respiró hondamente y, con el corazón agitado, buscó una tienda de celulares. Tenía un presentimiento, una corazonada.

Cuando por fin el celular se encendió, constató lo que minutos antes, mientras caminaba a prisa, mareado todavía, la boca amarga y la mirada nublada, se había armado en su cabeza. Estaba sentado en una cafetería sobre la avenida Amazonas, con el sol que reverberaba en los espejos gigantes de un edificio. Miraba ansiosamente pasar a la gente: esa muchedumbre amorfa, conformada por cuerpos y rostros que ya no reconocía. Era como si una profunda metamorfosis se hubiese dado en los últimos años. El iPhone se encendió emitiendo un sonido agudo, un suspiro electrónico. Veintimilla miró los mensajes de Acevedo: un saludo inicial, en tono festivo, para informarle que la especialista Macías tenía ya una primera versión sobre la letra inefable de García Brito. Luego, ante el silencio del teniente, se notaba la preocupación. Vea, desgraciado, le decía en el penúltimo, no se vaya a colgar de una viga, no vaya a desaparecer, por su puta madre. Y en el último, lo conminaba a que respondiese. Cabrón, pensó el teniente, te asustaste, ah. En seguida le respondió. Todo positivo, camarada. Y, mientras abría los mensajes del Jara, el Sherpa, recibió inmediatamente otro mensaje. Vea, usted sí que mata de las iras, y venía acompañado de un emoji de alegría. Ya le cuento, le respondió Veintimilla. Jara le decía que tenía la lista de llamadas del Dr. García Brito, y le enviaba un documento adjunto. Veintimilla bebió un poco más del agua con gas, abrió la lista de

llamadas. Le costó ampliar la imagen, tenía un ligero temblor en los dedos. El archivo contenía la información de los últimos seis meses, pero, tal como el teniente supuso, no había una infinidad de llamadas, una lista enorme de cientos de números, no. Mes por mes, se registraban pocos números telefónicos. Y, cómo no, pensó el teniente, aparecía la letra J. La primera en marzo, dos en abril, varias más en mayo, todas de ida y vuelta; junio, julio, nada, y una más en agosto, una sola llama de J. que García Brito no había devuelto. Veintimilla creyó que ahí estaba un indicio de la curva emocional que había vivido el doctor. Abrió el mensaje de María Dolores, ¿todo en orden?, le preguntaba, como si ella, dados sus poderes esotéricos, intuyese que a esa hora varias horas antes, en la noche o en la madrugada, el teniente estuviese precisamente rompiendo el orden, jugando con las formas del amor que están un poco más allá, en la zona de la transformación.

Salió de la cafetería con hambre feroz; se miró en una vitrina, junto a la figura alta y estropeada de un maniquí de enormes senos que, adentro del local, parecía sonreírle, quizás era una mueca sarcástica. ¿Era él mismo, ese sujeto desgarrado, agotado y hambriento, el que se reflejaba en la superficie de la vitrina? De algún lado, provenían los acordes de una canción, un ritmo intenso y redundante de tambores y clarinetes. Caminó unos cuantos metros estimulado por un aroma marítimo. Pidió una sopa de mariscos y una cerveza helada. Mientras comía, recuperaba algo de conciencia, como si la realidad hasta ese momento hubiese sido una proyección desbordada, una suma de escenas desdibujadas detrás de una gasa. Para Veintimilla, la secuencia de intercambio de llamadas entre el doctor y J. suponía un primer momento de proximidad. Entre cada llamada y la respuesta solo mediaban algunos minutos, como si J le llamase y, momentos después, García Brito le devolviese la llamada. Quizás no le contestaba por pudor

o duda, y luego se arrepentía y le volvía a llamar; quizás hablaban unos minutos, tal como mostraban la duración de las llamadas, y luego el doctor, volvía a marcar el número de J. Se habría olvidado de decir algo, pensaba Veintimilla, mientras sorbía la sopa caliente de mariscos. En todo caso, seguía el teniente, era evidente que había correspondencia entre el doctor y J. Los meses de silencio podrían suponer un grado mayor de cercanía, ese estado en el que están dos personas, tan cercanas, que ya no hablan por teléfono, no necesitan mediar la relación a través de artefacto alguno. También podría ser todo lo contrario: quizás se silenciaron debido a una pelea, un conflicto, ¿qué pasó entre ellos para que dejaran de hablar?, pensaba el teniente y bebía un largo trago de cerveza, como si esa bebida helada, gaseosa y necesaria, pudiese dotarle de nuevos bríos. El teniente revisó nuevamente la lista de llamadas: la primera la había realizado el doctor. Era él quien había establecido la comunicación inicial. La primera llamada, como la primera vez que en su diario aparece la inicial J. Había que encontrar urgentemente a esa J, ese cuerpo vacío por ahora, una inicial, una letra, un enigma.

—¿Qué cuenta? —preguntó Veintimilla, inmediatamente a que, al otro lado del teléfono, le contestara Acevedo. Imaginó que el fotógrafo de la Policía estaría manejando su enorme moto negra; se escuchaba el barrullo de la ciudad, el ronquido de la Yamaha y la voz amortiguada.

—Desgraciado, ¿dónde se metió anoche? —le increpó Acevedo—, estoy manejando, pero cuénteme en qué diablos anda.

—No seas metiche, hombre, ya sabes que la curiosidad mató al gato.

—Jaja, no seas cursi, lo último que faltaba.

—Estaba investigando...

—Cómo no, hasta acá se le nota el tufo, ¿si sabe?

–Bueno, bueno, mamá, le llamo para que me cuente qué dice el informe de la señora esa, no para que me regañes.

–La especialista Macías...

–Esa mismo.

–Espere, voy a estacionarme para leerle lo que dice, ¿o te mando por WhatsApp?

–Léeme, hombre; estoy harto de esta tecnología de la hostia.

–Jaja, veo que ha despertado madrileño.

Veintimilla imaginó que Acevedo estaría por la avenida 12 de Octubre, junto al río Tomebamba. A pesar del ruido que producían los autos, el teniente creyó escuchar el rumor del agua que se abría paso entre las inmensas piedras lustrosas.

–A ver... dice: Peritaje grafológico... no hay antecedentes, ni planteamiento del problema, tampoco especifica la hipótesis...

–Apúrese, coño, que no se trata de una tesis doctoral.

–Calmado, le va a dar algo... es que esos apartados están vacíos, porque recuerda que este es un pedido en corto. Bueno, aquí están las descripciones con respecto a la letra: Orden: texto encuadrado en márgenes rígidos, líneas apretadas, con espacio mínimo entre renglones y palabras; entre letra y letra, la escritura se suelta. Tamaño: pequeña, ondulante. Inclinación: a la derecha, en la escala de 1 a 5, 4,5, con retorno a punto vertical al inicio de la frase. Presión: 4, con puntos de peso mayor al inicio de la frase. Velocidad: 5. Forma: en la tipología Castor-1971, hipertrofiada, grado 9, en escala de 1 a 9. Tinta: aceitosa de color azul.

Acevedo hizo una pausa, como si la lectura de la información le hubiese agotado; jadeaba un poco. Veintimilla, soportaba el calor concentrado del restaurante

–Compadre, casi me ahogo –dijo Acevedo, al tiempo que recuperaba el aliento–, bueno sigo: Conclusiones: escritura ordenada en cajas rígidas, de frases interminables y ondulantes, pre-

sencia de pulso fuerte en el trazo y velocidad febril de escritura. Se hace imposible determinar las formas concretas de la significación, dado el grado extremo de hipertrofia. En algunos casos se evidencian variantes mínimas en la escritura, con presencia de un matiz cromático en la tinta azul, pero probablemente ejecutada por la misma mano.

–Lo imaginaba –dijo Veintimilla.

–O sea que no se entiende una mierda, jaja– continuó el fotógrafo, festejando las conclusiones como si fuesen bromas de un cómico mayor.

El teniente Veintimilla, mientras bebía las últimas gotas de cerveza, hastiado del aroma concentrado de mariscos y los acordes monorrítmicos del reguetón, empezaba a fastidiarse también por el informe técnico que en nada pensaba, ayudaba a configurar al personaje. Él mismo, la otra noche, a base de una ingesta metódica y responsable de gin-tonics, había determinado similares características como las que especialista Macías informaba amparada en formas y procedimientos técnicos. Aunque le quedó resonando la frase: *ejecutada por la misma mano*, como si García Brito tuviese matices fuertes en su personalidad, bipolaridad, quizás, solo faltaría que fuese una especie de Mr. Hyde, ja, dijo, al tiempo que desterraba la idea descabellada.

–Espere, aquí viene lo mejor –le dijo Acevedo, interrumpiendo la especulación del teniente– no se acelere. Hermenéutica psico-grafológica: Cumplida la pericia, la letra devela la personalidad del escribiente: sujeto masculino, 70-80 años de edad, ensimismado, propenso a estados de cólera; sereno y calculador, aunque frágil. Escribe sobre una superficie dura, una mesa o un escritorio, esto se deduce por la presión que ejerce sobre el papel. No se puede determinar el nivel de inteligencia, debido a que el texto es ilegible, pero es evidente su obsesión por el orden y la

organización, que se determina por la forma en que diseña las páginas. Sujeto obsesivo-compulsivo, con una tendencia esquizoide. Dado que su discurso es hermético, podría determinarse que prefiere enclaustrarse, propio de un narcisista no exhibicionista, un misántropo, un onanista. Extravagante y seductor –terminó de leer Acevedo, orgulloso de contenido del informe, como si fuese hubiese sido él quien develara el alma de García Brito.

–Añadiría que, además de lo dicho, era un tipo de inteligencia superior, se ve por las cosas que logró a lo largo de la vida, pero, sobre todo, era un esteta –dijo Veintimilla.

–¿Un ex-teta?

–No te hagas el chistoso. En realidad, tenía un gusto exquisito aunque decadente.

–Por lo que dice el informe, era un viejo cabrón, odiaba a la humanidad y se adoraba a sí mismo.

–También eso, pero eso no es excluyente de lo otro. Aunque, claro, sabemos que este análisis es como una foto, revela un conjunto de valores pero en ese momento preciso de la vida –dijo Veintimilla, mientras en su cabeza se proyectaba la imagen del cuerpo inerte de García Brito, sumido en el agua fría de su tina.

–Usted es el duro –dijo Acevedo–, bueno, ahí le dejo esa información para que su merced le dé trámite. Hablamos luego.

–Gracias, camarrada– respondió Veintimilla, jugando con una entonación rusa y cerró la llamada. Imaginó que Acevedo encendería su moto, accionando el acelerador a fondo, para que los cilindros se expandan en un estruendo metálico. Luego, seguiría por la avenida junto al río y tomaría una de las calles serpenteantes de El Vado para subir al centro de la ciudad hasta perderse en un punto de fuga.

Veintimilla salió de la marisquería. La tarde había tomado esa parte de la ciudad, inundándola de tonos naranjas y ocre.

En los vidrios de los edificios se reflejaban algunas formaciones nubosas, apenas unas zigzagueantes líneas de gas. Hacía calor, un bochorno inusual en una ciudad andina. ¿A dónde se había ido el día?, ¿qué ciertamente había pasado la noche anterior? Quiso comprar un cigarrillo, pero se detuvo antes de ingresar a la tienda. Quizás, si dejaba el vicio, podría superar en algo esa sensación de mareo que le aquejaba en los últimos días. Viejo carcoso, se dijo a sí mismo, al tiempo que buscaba su celular en el bolsillo del pantalón. Llamó a Jara, el Sherpa.

–No me digas nada, ya sé que me vas a pedir. Estoy en eso.

–Jara, solo necesito saber dónde puedo encontrar a esa J.

–Eso ya lo tengo. A ver, dice: Clarice Alarcón, El Calzado, Pje. 15, casa 8. Es de la compañía Claro y el número no está disponible.

–Me imaginaba.

–¿Algo más, mi teniente?

–Nada, por lo pronto. Gracias por todo, Jara. Y que todo vaya bien en tu faceta universitaria.

–Ja, espero graduarme pronto para largarme, cómo no.

Veintimilla colgó. Pobre Sherpa, pensó, cuán desesperado estaría en la Policía que decidió abandonar la vaciada vida del pueblo, carcomida por su razón de ser, conservadora y frívola, para esconderse en ese edificio desangelado, donde se deformaban los futuros periodistas de la patria. Seguramente, entre las zombis que caminaban en los pasillos, encontraría alguna trinchera donde soportar la guerra. Que así sea, dijo, apenas susurrando las palabras y fue a buscar su Mercury. ¿Dónde coño lo había dejado?

Que buena idea había sido regalarle ese iPhone, pensaba el teniente, mientras cruzaba el túnel de San Juan, usando Google Maps. Quizás debía agradecerle a la señora María Dolores. Minutos antes, luego de dar unas cuantas vueltas por la Mariscal,

descubrió a su auto, debajo de un arupo. Algunas flores rosadas habían caído sobre el parabrisas y el techo: de lejos, el viejo auto blanco parecía contagiado por formas irregulares de una alergia. No recordaba haberlo dejado ahí; se sorprendió al encontrarlo sin otro rasguño que no fuese ese matiz cromático producto de un juego de la naturaleza. Quizás la ciudad, el mundo, no era tan terrible como se pintaba. El motor respondió inmediatamente al accionar el arranque. Cómo le gustaba ese sonido de los cilindros, el nacimiento de una máquina perfecta.

Buscó la aplicación en el celular y escribió la dirección de esa tal Clarice, ¿era ella la silueta esquiva que se escondía detrás de la J? Ahora, iba camino al Calzado. La ciudad se transformaba al pasar del norte al sur a través de los túneles que habían abierto un hueco en la montaña como si fueran los conductos viscerales de un cuerpo montañoso. En el norte de Quito, el caos tenía otro orden, una forma aparentemente más armónica de vida, pero en el sur, a medida que Veintimilla avanzaba, todo se degradaba aún más: las filas interminables de buses, taxis y autos particulares que se disputaban cada metro como personajes de una batalla medieval; las motos que se metían en los mínimos espacios como gusanos furiosos. El teniente miraba por los retrovisores cada vez que una moto pasaba cerca, pensando que quizás sería un sicario, un ladrón, un loco. El calor irradiaba sus olas sobre el sur como si fuese producto de una venganza divina. Y la ciudad: las casas y los edificios y las calles y las aceras formaban un cuerpo anómalo y monstruoso provisto de centenares de tentáculos. A través de la ventana, Veintimilla miraba a la gente caminar, hablar y reír como si formasen parte de una escena tragicómica. Había algo de desolador en esos cuerpos que parecían anclados a la tierra. Y, sin embargo, el teniente sintió una profunda ternura al mirar cómo la modernidad, la ilusión de un pequeño mundo capitalista, pug-

naba por armarse: cientos de negocios –asaderos de pollos, chifas, panaderías, farmacias, talleres mecánicos– aparecían en el paisaje urbano. También decenas de vendedores ambulantes, muchos de ellos venezolanos o indígenas de la Sierra-centro, se disputaban el territorio. Pudo haber seguido en ese estado de contemplación conmisericordiosa, mientras el tránsito se había detenido abruptamente, de no ser porque en una esquina apareció una manada de perros albinos que empezó a hurgar entre una montaña de cartones y tachos de basura, como si ahí, entre ese cúmulo de desperdicios, estuviese el premio mayor. Dos segundos después apareció un hombre harapiento, de barba larga y cabellera plateada, que gobernada a esa gavilla de perros extraterrestres. Los perros se juntaron a su alrededor, serenos y obedientes, los pitos de los autos sonaron con estrépito y el mundo siguió con su marcha.

Veintimilla se recriminó por ese estallido de paternalismo y cursilería y dejó de contemplar la realidad con ojos de antropólogo desempleado. Siguió por la ruta que le sugería Google Maps y, al poco rato, se encontró en medio de un conjunto de calles más apacibles, con casas verdes, amarillas y grises, algunos árboles esqueléticos que parecían más bien espantapájaros. De pronto, como si el sol aceitoso que se derramaba sobre la ciudad hubiese desaparecido detrás de un encapotado fragmento de cielo, el clima cambió. Ya no era el calor desértico y las bramas de un infierno oculto debajo de la tierra, sino un frío andino, acompañado por breves y punzantes olas de viento. Un microclima, pensó Veintimilla, y buscó automáticamente un cigarrillo en la chaqueta de cuero. Estacionó el Mercury en una calle larga y abierta que se perdía en un iridiscente punto de fuga, junto a una vieja camioneta Plymouth roja. Caminó unos cuantos pasos evitando las estrías de la acera. Se cruzó con dos señoras que conversaban en silencio, una junto a la otra, envueltas en la misma manta negra,

y detrás, a pocos pasos, un viejo delgado y jorobado, de pasitos cortos, que paseaba un san bernardo. Los vecinos caminaban por las veredas apaciblemente, como si fuesen personajes de un cómic silente. Al teniente le pareció que la realidad tenía un tono ocre, despintado. El marcador de Google Maps le decía que estaba a pocos metros del punto seleccionado. Estaba en la calle principal. En las ventanas de las casas, detrás de las cortinas, creyó mirar las siluetas de varias personas que lo miraban, pero era una sensación, más que una constatación objetiva. Pasaje 14, decía en una esquina, así que debía caminar unos cuantos metros más hasta llegar al 15. Volvió a cruzarse con las señoras, y luego con el viejo y el perro. ¿En qué momento habían dado la vuelta a la manzana con tanta velocidad? Seguramente era los estragos de la borrachera, pensó Veintimilla, y avanzó más aprisa. En la siguiente esquina, leyó que era el Pasaje 16, ¿dónde coño estaba el 15? Volvió sobre sus pasos, sufriendo las punzadas de frío que le astillaban la piel; se sentía mareado, ansioso. En la esquina anterior, leyó nuevamente Pasaje 14. Maldita sea, dijo, taladreado las palabras entre los dientes. Volvió a la otra esquina furioso y, por su torpeza, y pasó nuevamente junto a las señoras que, indiferentes al extraño, seguían en su monólogo siamés. Detrás el viejo tensaba la cuerda para que su perro terminase de orinar. En la esquina decía Pasaje 16. Se acercó más al letrero fijando la mirada, desde su posición, de abajo hacia arriba; algo raro había en ese letrero de letras blancas sobre un fondo verde. Agarró un tacho de basura que estaba a pocos metros y, luego de volcar su contenido, se subió sobre él. Así pudo acercarse. Entonces constató que sobre el letrero original estaba pegado otro. Lo arrancó con furia y descubrió que decía Pasaje 15. Alguna travesura de adolescentes desocupados, pensó, y se maldijo por no tener un cigarrillo para casos de emergencia. Al bajarse del tacho, miró nuevamente el recorrido silencioso de

las señoras y el viejo del perro. Era como el telón de fondo de un cómic televisivo. Por un segundo, creyó que todo era absurdo, una trampa que la realidad le imponía, una falla en el sistema o en la estructura de las cosas, pero recuperó la cordura. Nunca más bebo, se dijo a sí mismo, e imaginó a Acevedo burlándose de esa afirmación. Cómo no, hombre, le diría, y le pasaría la botella de caña manabita. Veintimilla se apostó detrás del esqueleto de un árbol. Al otro lado de la calle, estaba la casa 8. Sacó el celular y tomó varias fotografías. Era una casa de dos plantas, de un desvaído celeste angelical. Del balcón que estaba en el centro emergían varios geranios florecidos de un rojo tan intenso, que parecían proyecciones hiperrealistas. Quizás escuchó los acordes de un pasillo, ese lamento musical que se organizaban en las guitarras, el requinto y la voz embriagada de un ruisseñor. No eran tan tarde, pero el día parecía desdibujarse en el contorno de las montañas. ¿Qué esperaba encontrar parapetado detrás de ese espantapájaros? En el cielo se miraban las estelas disueltas de los chorros que vapor que habían dejado los aviones. Durante lo minutos que estuvo ahí, Veintimilla constató que la vida –los humanoides, los sonidos, los olores– parecía inmóvil, como si fuese el cuerpo de un maniquí o siluetas pintadas en una pared. Se acercó a la puerta de la casa. Hacía frío, un centenario frío victoriano. Recordó a Henry James; de adolescente había leído con frenesí sus historias góticas, pero ahora, mientras accionaba el timbre de la casa 8, sentía que nada se comparaba con esa sensación vacía, ese estado de angustia que le enredaba el cuerpo; el mundo de los fantasmas, ya no las historias de James en antiguas casas desoladas y campestres, era cruel, siniestro. Había algo indescifrable que se escondía detrás de esa puerta de madera. Volvió a timbrar. Quizás la fachada de la casa era solamente una invención, una proyección holográfica. Dentro podría habitar el infierno, el núcleo helado donde todas las almas

se quedan petrificadas hasta el final de los tiempos. Finalmente, se abrió la puerta. Apareció un hombre de mediana edad, algo jorobado. Tenía el pelo negro y lacio cayéndole sobre la frente, una media sonrisa, que parecía más bien una mueca de hastío o de tristeza, se armaba en el rostro, y unos lentes de carey en la mitad de la nariz.

–Buennn, dddía, dddígame –dijo, tartamudeando las palabras.

–Buen día, estoy buscando a Clarice Alarcón, ¿se encuentra?

–Clara, ¿quién pregunntta?

–Me llamo Veintimilla, el detective Veintimilla.

–Jajaaajj, lo único que me faltaba –dijo el hombre, y como si fuese el motor de un auto viejo que, una vez caliente, empieza a desarrollar el torque, comenzó a hablar con fluidez–, estaba justamente releendo una novela de Chandler, *Adiós, muñeca*, y de pronto llega usted.

–Me falta la gabardina y el sombrero.

–Le falta más que eso...

–Bueno, no todos tenemos la clase.

–Ni el talento...

–¿A qué se refiere? –preguntó Veintimilla, asombrado por el cinismo del personaje: tendría más de 50 años, 1,60m de estatura; vestía un pantalón de casimir y un chaleco de lana.

–Nada, sería muy largo de contar. Me presento: César, mucho gusto.

–El gusto es mío.

–Clara no está.

–Creía que se llamaba Clarice.

–Clara Clarice Justine. Tiene nombres como estados de ánimo.

–¿Dónde podría encontrarla?

—Con mi hermana nunca se sabe, pero pase, hombre, se va congelar ahí parado.

No era el tenebroso universo gótico que Veintimilla había imaginado. La casa era polvorienta, iluminada por unas lámparas imitación araña que caían cándidamente sobre los muebles clásicos, imitación Luis XV. Algunos cuadros en la pared, *La última cena*, *Susana y los viejos*, acentuaban esa condición kitsch y una alfombra rosada conducía al visitante desde la puerta de entrada hasta la sala. En todas las paredes estaban empotrados varios estantes de libros; la casa parecía una biblioteca antigua, de la que emergía un intenso vaho húmedo, que se mezclaba con el aroma a comida, esa estela de comida diaria que se impregna a las cosas.

—Le gustan los libros —dijo Veintimilla, al tiempo que se arrepentía de una observación tan obvia.

—Es el único vicio que me queda.

—¿Cinco, seis mil?

—Incluso un poco más.

—¿Los heredó?

—En estricto sentido no, porque mis padres siguen vivos. Han sido todos estos años de adquirirlos paulatinamente.

—Es imposible leerlos todos, creo.

—En efecto, aunque le diría, sin que parezca pretencioso de mi parte, que algunos incluso los he releído. Como se dará cuenta, mi vida no ha sido muy emocionante que digamos...

—Los libros nos llevan a vivir aventuras insólitas y a conocer personajes increíbles...

—Suena a publicidad de librería; no, no es cierto. Es un lugar común: los libros, la lectura si usted quiere, es una forma de evadir la realidad, de aferrarse a las formas fantasiosas que diseñan las palabras, pero son siempre meras simulaciones. No nos engañemos.

–Si usted lo dice.

–Le digo yo que he amado a los libros como si fuesen cuerpos vivos, sabiendo que están muertos, latiendo mansamente en sus hojas, como efímeras notas musicales.

–Veo que tiene una colección importante de libros de arte –dijo el teniente, mientras le señalaba un estante donde reposaban sendos ejemplares en inglés. Reconoció algunos de los sellos editoriales que había visto en la biblioteca de García Brito. Se acercó para observarlos con más detalle. Estaban apretados entre sí, pegados, como si hubiesen sido confeccionados con las medidas exactas para caber en ese librero.

–¿Le interesa el arte, detective?

–Conozco algo, no soy un especialista ni mucho menos, pero admito que en las obras plásticas es posible encontrar momentos de plenitud humana.

–Usted es un espécimen raro, primero porque no creo que los detectives del Ecuador, si en efecto lo hubiere, sean cultos, y segundo porque su oficio es algo distante de las formas sofisticadas de la estética.

–Se equivoca: un asesino puede ser un artista.

–Thomas de Quincy.

–Burroughs...

–Ja, ese fue un yonqui que, haciéndose el Robin Hood, mató a su esposa.

–Es verdad... pero me ratifico en que el arte y la criminalidad pueden estar de la mano.

–Y la locura: recuerde a Althusser estrangulando a Hélène, su esposa.

Veintimilla, mientras hablaba con César, observaba los lomos de los libros de arte correctamente alineados; se fijó en

que el hombre tenía una amplia colección de libros de Prestel Publishing.

—El caballo alado de esa editorial —dijo César— es una actualización de Pegaso, me encanta su trabajo: la calidad de edición, el papel, la tipografía, las imágenes; los alemanes saben cómo hacer bien las cosas.

—Cierto —dijo el teniente, y, mientras sentía la leve presión de la mano de César que le tomaba del brazo, invitándolo a que dejara de mirar esos libros, observó que un libro, apretado entre todos los otros, no tenía el mismo lomo de aquellos que conformaban la colección de Prestel Publishing, como si hubiese sido puesto ahí como una prótesis. Seguramente, pensó Veintimilla en un estallido de júbilo deductivo, al tiempo que se dejaba guiar por el hombre hacia una pequeña sala, apenas visible entre los miles de libros, era el libro que Clara Clarice Justine le había vendido o regalado a García Brito, ese libro que seleccionaba las obras pictóricas de Jacques-Louis David. Ese libro que reposaba en el escritorio del doctor.

—¿Vive solo con su hermana? —preguntó el teniente, a medida que se sentaba en una de las butacas tapizadas con un celestial y raído terciopelo. De la cocina, que imaginaba el teniente estaría detrás de alguno de los estantes de libros, llegaba un olor a sopa de cebada o de quinua.

—Eso, sigamos con el interrogatorio —respondió César, frunciendo aún más el ceño: una fisura profunda que le marcaba la frente como si fuese una cruz—, vivo con mi hermana y mis padres. Mi papá está en una habitación del segundo piso, casi no puede moverse, sufrió una apoplejía hace unos años y se quedó con el entusiasmo de un velador. Y mi madre está en la cocina.

Veintimilla imaginó que los esplendorosos geranios de los balcones serían resultado de su trabajo amoroso y metódico.

–Hábleme de Clara...

–Cuénteme primero a qué se debe la visita; usted me ha enredado hablando de libros, pero no me ha contado para qué la busca–, dijo César, y sonrió, o continuó con esa media sonrisa, un gesto de comprimida agonía que era parte constitutiva de su rostro.

–Quería hablar con ella sobre un amigo suyo, el Dr. García Brito...

–El coleccionista de arte que murió hace días, sí, claro, ¿qué tiene que ver mi hermana?

–¿Sabía que eran amigos?

–Tanto como eso no; alguna vez me contó que lo había conocido.

Veintimilla miró el librero que estaba detrás y a un lado de la cabeza César, apenas desenfocado, y regresó a mirar al hombre, ahora enfocado; con esa acción los libros de la editorial Prestel Publishing se difuminaron en un entramado geométrico.

–Mi hermana, probablemente, lo visitó alguna vez, no lo sé con certeza, ¿la está acusando de algo?

–En lo absoluto, mi amigo, solo es parte de la investigación.

–Bueno, porque me parece que usted anda algo perdido buscando respuestas por acá, Sherlock.

–Quizás, aunque la verdad se esconde como un gato entre las sombras...

–Ja, teniente, vaya imagen críptica...

–Tarde o temprano, si uno persiste en la mirada, los ojos del gato emergerán centellantes de esas sombras –dijo Veintimilla.

–Nunca había escuchado un disparate tan bellamente elaborado –respondió César, simulando una sonrisa.

–¿Sabe dónde podría encontrar a Clara?

—Creo haber respondido esa pregunta, y si me permite tengo que hacer la ronda médica. El teniente imaginó al padre de César postrado en una cama, con los ojos clavados en el techo, consciente de su miseria, sin poder nada más que esperar la compasión de sus familiares.

César se levantó y acompañó al teniente hasta la puerta. Antes de salir, Veintimilla reparó en una mesa dorada que estaba en el pasillo, debajo de un espejo. ¿Cómo no la había visto al entrar?, se preguntó, al tiempo que miraba una fotografía familiar: en el centro, el padre, recio, con ese aspecto rudo que tienen los militares jubilados, a su lado César, la sonrisa melancólica; la madre, serena, enajenada como un personaje de cuadro religioso, y, por fin, Clara Clarice Justine: un chica pequeña, regordeta, pálida o traslúcida, el cabello teñido de rubio y los ojos achinados. Parecía distinta, como si su color de piel o su mirada o esa actitud desafiante, no fuesen compatibles con los otros.

—La familia es un universo inextricable —dijo César y abrió la puerta.

Fuera el teniente miró nuevamente hacia la casa. Quizás una de las ventanas del segundo piso sería la de Justine. Las cortinas estaban cerradas, pero un ligero movimiento, como el leve aleteo de una mariposa, la sacudió. ¿Estaría la escurridiza Justine mirándolo? Así que esa era la inefable muchacha, pensó Veintimilla, recordando la fotografía familiar. Había algo que le desconcertaba, algo que no terminaba de precisar, como si esa fotografía escondiese algo más allá de lo evidente. ¿Cuándo había sido tomada? Parecía una de esas fotografías de estudio, lo sabía por el fondo celeste, las luces frontales y esa actitud falsa, simuladora que asumen las personas cuando están posando.

Mientras caminaba hacia su Mercury imaginó el mundo encerrado en el que vivía esa familia. Los padres ancianos, apenas

dos sombras aladas e imperceptibles, los libros colmando la casa, sorbiendo el oxígeno y exudando los olores rancios de la comida. Pobre hombre, pensó Veintimilla, con una emoción conmisericordiosa y vergonzosa, condenado al encierro, quizás brevemente libre en la ensoñación que produce la lectura. A unos cuantos metros, miró que sobre el capó del auto dormían enredados dos gatos blancos, formando un nido de lana blanca o un tumor plumoso. Pensó en Octubre, el gato estaría sobreviviendo con sus finas artes de cazador. Hacia el otro lado de la calle, en dirección contraria a la casa de Justine, el barrio se desplazaba en una línea ondulante, como si la calle y las aceras y las casas formasen el cuerpo de una serpiente. Veintimilla se enrumbó hacia allá.

A esa hora, los primeros acordes brumosos empezaban a devorar los sonidos de la luz. El vértigo que le sometía en los últimos días había disminuido en algo, aunque sin desaparecer definitivamente; todavía le dolían el coxis y las piernas, como si hubiese sufrido un embate mortal, pero se sentía más ligero, sin los estertores de la ebriedad. Caminó hasta el final de la calle, silenciosa y vacía. La calle se estrechaba y empezaba a desaparecer su consistencia de cemento, para dar paso a un entramado de árboles y matorrales, desaparecían los adoquines, los postes de luz se transmutaban en luciérnagas, y las casas en árboles o arbustos formando un túnel vegetal. El teniente se adentró en el bosque, y al poco de caminar, su noción del tiempo había desaparecido; escuchó el sonido de ramas secas y palos que se quebraban ante su propio peso, era como si la naturaleza, húmeda y viva, mutara a otra, desértica. Se escuchaba el ulular de un búho, quizás un arroyo, las piedras que formaban el sendero brillaban con la luz de la luna. Veintimilla avanzó un poco más, casi a ciegas, apenas siguiendo la estela de

luz de la luna que perfilaba el túnel. Y por fin, impulsado por una descarga de adrenalina, logró sortear el enjambre de matorrales que se formaba a cada paso.

Salió del túnel y se encontró con un claro de luz, un espacio abierto y sereno. Varios muchachos estaban reunidos en grupos pequeños alrededor de algunas fogatas. Hablaban o reían o se movían como estelas a contraluz. Algunos regresaron a mirar al intruso, pero sin prestar demasiada atención. El teniente se acercó un poco más. Diminutas pavesas se reflejaban en los ojos de los chicos. Eran jóvenes, vestidos con jeans, botas y parcas. Fumaban y bebían de botellas de vidrio. Algunos reían, o se abrazaban cómplicemente. No era un aquelarre o un ritual satánico, aunque había algo impreciso en el ambiente, una energía densa, sobrecogedora. Miró en varias direcciones y junto a una fogata descubrió a Justine. Estaba a veinte o treinta metros. Mientras caminaba hacia ella, miró cómo ese espacio del bosque se iluminaba por la luna llena, oculta durante unos minutos por una línea de nube. Era un *déjà vu*, o el recuerdo de una escena vivida meses atrás en Montañita. Ese mismo resplandor lunar que anega la realidad cubriéndola de una gasa plateada. A pocos metros de llegar, Justine o Clarice o Clara, regresó a mirar al hombre que se acercaba. Vio su figura delgada, su caminata displicente, el jean viejo y la chompa de cuero. Parecía un vagabundo, un rockero que se negaba a envejecer. Y sonrió. El teniente miró los dientes blancos y brillantes de Justine que se exponían en una sonrisa abierta.

—Justine —le dijo, con una voz triunfal, como si hubiese terminado de recorrer el mundo para encontrarla.

—Vaya que te demoraste —le respondió la chica.

Minutos más tarde, estaban sentados sobre rocas volcánicas, al menos eso creyó el teniente; alguno de los chicos trajo un basurero metálico y encendió fuego en el interior, con ramas y

hojas secas y combustible. Los dos se sentaron. Justine le brindó la botella de vidrio. El teniente bebió el líquido con recelo, como si estuviese seguro de que, en vez de alcohol, estaría ingiriendo un brebaje alucinógeno.

–Creí que sería absenta –dijo Veintimilla, sin contener la mueca que se formaba en la cara.

–Es agave –dijo Justine –lo producen en la mitad del mundo. Aquí solo tomamos eso.

–Bueno, por un momento creí que estos poetas harían honor a los impresionistas.

–En todo caso, a los románticos, pero no, te equivocas, preferimos lo que da nuestra tierra. Y no somos una cofradía de poetas malditos, para nada.

–¿Y qué son?

–¿Tú sabes quién eres? No tiene sentido preguntarse sobre algo que nadie puede explicar.

–Sé que te llamas Justine, o Clara, o Clarice, te he buscado durante días.

–Me lo dijo el oráculo. No tenía muy claro como eras, físicamente, quiero decir, pero al verte llegar, pues ni modo, dije, ese debe ser.

–¿No es algo extemporáneo?, no creo que tengan ninguna relación con los dioses, esos dioses de la antigüedad que hablaban a través del oráculo.

–Te vuelves a equivocar, pero es un hecho que tu cabeza piensa con una lógica distinta...

–Bueno, no tengo idea qué te dijo ese oráculo, me presento: soy Ignacio Veintimilla y estoy investigando la muerte del Dr. García Brito. Una aparente muerte natural, aunque su familia se niega a creerlo.

–¿Y qué piensan?

—Que fue un asesinato; yo también lo creo.

—Eres medio loco, tú...

—Sé que conocías al doctor, me lo dijo César, tu hermano, y tengo tu número de celular en un registro de llamadas, y tu nombre, es decir, ese nombre inventado que usas, Justine. La inicial J aparece en el diario y un libro de arte de tu hermano, el de Jacques-Louis David, estaba sobre el escritorio de García Brito.

—Veo que sabes mucho, pero creo que, en realidad, no sabes nada de nada.

—Para eso estoy aquí.

Justine conservaba el pelo teñido de amarillo como en la foto familiar, aunque el *piercing* en la nariz era reciente. Era blanca, de un blanco hiperreal, como si estuviese maquillada como una geisha. Tenía una manta negra que le llegaba hasta las rodillas, y dejaba ver las bastas del pantalón militar; las botas blancas de caucho brillaban con la luz de la fogata. Mediría 1.50m. Justine estaba sentada, el cuerpo encogido, como si el calor de la fogata no terminase de abrigar ese cuerpo rollizo y aterido de frío. Alrededor, los jóvenes seguían bebiendo mansamente junto a las fogatas; el cielo estaba despejado, con breves destellos de nubes iluminadas por una luz plateada. Justine se levantó ante el llamado de un chico; el teniente miró el cielo, ¿hacía cuántos años no contemplaba una noche estrellada? De niño solía escuchar encantado las historias del universo que su madre le narraba, cuando los dos, envueltos en una cobija, se acostaban en el jardín de la casa para mirar el infinito. Cómo era posible que el universo fuese infinito, sin un límite que determine y estructure el cosmos, le preguntaba a su madre. Los límites están en tu cabeza, le respondía ella.

Justine regresó.

—¿Sabías que la mayoría de las estrellas están muertas? —dijo y se acomodó en la misma piedra en la que había estado antes.

–El cielo que vemos es el cielo del pasado, un mapa estelar antiguo –respondió Veintimilla con tono ceremonioso.

–Veo que no eres tan tonto.

–La primera vez que mi madre me lo contó sentí que todo era un engaño.

–¿Qué cosa?

–Esa luz que vemos, esos puntos de luz del cielo, son solamente los vestigios de una vida que ha terminado, estrellas muertas que han emitido sus últimos chispazos.

–Como todo en la vida.

–Cuéntame...

Justine lo contempló: la mirada aguda de Veintimilla; tenía una luz que emergía de su corazón a través de los ojos verdes, ligeramente cenizos. Veintimilla miró a Justine Clara Clarice, la sonrisa como una línea de carne rosada que rasgaba su rostro pálido y las mejillas redondas, el brillo del *piercing* que latía como un cuásar. Como si fuese un acuerdo entre dos actores que han repasado la escena se acomodaron en sus piedras, mientras el mundo –el crepitar de las ramas que se carbonizaban al interior de los basureros, el susurro de las voces humanas, apenas insinuantes, el sonido amortiguado del viento que se anidaba entre los árboles– parecía detenerse.

–Conocí a Brito hace varios meses –empezó Justine.

“No fue un encuentro casual, como te podrías imaginar, si no que una tarde, mientras tomábamos café en casa, mi hermano César, quien como habrás visto es un melómano de los libros, sí, porque él dice que ama la música de los libros, me comentó sobre este personaje. No sé bien cómo llegamos a ese punto, pero recuerdo, te digo que son varios meses ya, que me habló de su condición de coleccionista de arte, o anticuario, o viejo solitario encerrado en un museo, y nada pues, una tarde lo visité para

venderle un libro. No te voy a mentir, tuve que hacerlo por una necesidad extrema, un asunto casi de vida o muerte, y ahí empezó nuestra amistad, si es que se puede llamar amistad a visitarlo dos o tres veces, intercambios de llamadas y algunos *e-mails*, nada importante. Me pareció un tipo raro, quién no lo es, me dirás tú, pero él un poco más, rodeado de todos esos objetos muertos, en esa casa fantasmal, un castillo medieval; pero era un buen comprador, no escatimó al pagar el precio del libro. A la segunda semana de conocernos me regaló un Chanel N° 5. Le dije que olía a vieja, pero me respondió que ese aroma, cuya base es el jazmín, le recordaba a su madre”.

Veintimilla supuso que mentía, o que no decía toda la verdad, o que enmascaraba la historia con una supuestamente frívola relación de amistad. ¿Cómo debía obrar para que ella, sentada ahí, como si fuese una regordeta ninfa gótica, le terminara por contar lo que realmente sucedió? Recordó la frase del diario de García Brito, esa invocación a que le lamiese los pezones. Justine miraba al teniente algo aburrída, aunque todavía dispuesta a seguir con su relato; estaba segura de que el hombre terminaría de escuchar su versión y regresaría por el sendero secreto del bosque. Así, ella podría continuar jugando.

El teniente se incorporó, le dolía el cuerpo. Por unos segundos, la realidad parecía hundirse en un hueco de silencio. Como haría Octubre, extendió los brazos, luego movió la cintura de un lado a otro tratando de soltar los músculos contracturados. Se acomodó la Luger que tenía en el coxis, anexada a la piel y la columna vertebral como si fuese una prótesis, sin percatarse de la mirada de Justine. Ella se dio cuenta de que el hombre, ese rígido y larguirucho hombre, tenía algo en la espalda, una especie de hueso que emergía de la cintura, pero atribuyó a que sería un cuerpo anómalo, alguna deformación como la que tienen los seres mito-

lógicos. Le pasó la botella, luego de beber un trago. El teniente tomó un sorbo más. Ahora le pareció que la bebida era más dulce.

—¿Tu hermano sabía que te habías robado el libro de Jacques-Luis David? —preguntó rompiendo el manto de silencio.

—César lo sabe todo, usted me entiende; se hizo el loco, nunca me reclamó ni nada, pero por una cosa: fue la única vez que hice lo que hice. Siempre he respetado su culto por los libros, ese afán onanista, ja. Esa vez tomé su libro por una buena causa, ya le dije.

—De vida o muerte.

—Eso.

—Creo que no me dices toda la verdad y te digo que estás bastante enredada, a la Policía le dará gusto hacerte unas cuántas preguntas.

—Jaja, eres cómico, deberías dedicarte al *stand-up comedy*, yo sí iría a verte. A la Policía no le interesa nada de nada. El país está bajo ataque, ¿si ves las noticias? Todo el mundo cree que los narcos nos gobiernan y que las bandas de sicarios se matan a tiros, y es cierto, de alguna manera, pero sobre todo es un complot de los medios para mantenernos soterrados al miedo.

—Quizás...

—Quizás no, es una verdad absoluta.

—¿También crees que vivimos en una inmensa burbuja de cristal y que estamos dominados por los lagartos?

—Jaja, ¿eres bobo o te haces?

—Parece que estás enterada de todo.

—Mira, hombre de hielo, el mundo no es lo que nos muestran los medios ni la red, ni lo que está en los libros, es algo más, mucho más, es lo que no se ve, lo que está más allá de lo aparente, en los mínimos espacios entre las cosas, en la matrix. Caminas por una calle y sin que te des cuenta entras a un sendero que te lleva a

un bosque, ¿qué pasó?, nada, solo pudiste acceder a un punto de conexión entre los mundos de lo concreto y lo invisible. Así son las cosas, desde el origen de los tiempos, lo que uno ve nunca es aquello que realmente es, sino un fragmento, un pedazo, un pedazo, además, de lo que le conviene como con tu doctor Brito que aparentaba una vida correcta y justa, jaja, nunca mejor dicho, y un señor de buena familia, bien casado, o lo que ustedes llaman, un hombre exitoso. Esa sería la totalidad de su ser como personaje de sí mismo que se contempla y se ama; pero si miras un fragmento, alguna mínima acción del pasado, te puedes dar cuenta de que no era ese ser inmaculado, y no lo digo por sus tratos con los narcos, o cualquier trampa típica de abogado, eso es lo de menos, sino por esos actos que arrastra desde siempre, aparentemente hundidos en el olvido, pero que aparecen de rato en rato como duendes o esqueletos y te jalan las patas”.

El teniente Veintimilla miró a Justine. Estiró la mano para tomar la botella y le dio un largo trago de hombre deshidratado. Sintió el calor del alcohol recorriendo el cuerpo, una especie de calor que era más bien como una pluma de fuego.

“Mira Justine, Clara, Clarice, o como te llames –empezó a decirle, con un tono burlesco, como si fuese un Strega, un cómico viejo de la escuela italiana– creo que así pasaron las cosas: tú, en efecto, le llevaste el libro de arte a García Brito, pero no para vendérselo, o quizás sí, pero ese no era el único propósito, no había nada de vida o muerte que te impulsase, sino que te acercaste a él por alguna razón que no fue la exclusivamente económica. Se hicieron amigos, más que amigos, te diría, lo sé por el nivel de confianza que se evidencian en las palabras que él te dedicó en su diario y por los dibujos que hizo evocándote como un pintor a su musa, y, por supuesto, por la forma en que te refieres a él cuando lo nombras, a pesar de que tratas de esconderte detrás

de una máscara de indiferencia. Me atrevería a decirte que estás directamente involucrada con su muerte, y como soy un hombre mayor, un viejo que sufre de todas las enfermedades, voy a llamar por teléfono de mis amigos de la Policía para que vengan por ti, así puedo ir a ver cómo está mi gato y dormirme en paz”.

Justine no le creyó. Era imposible tomarse en serio el monólogo amenazante del viejo policía –ni tan viejo, se contradijo, e imaginó que el teniente bordearía los cincuenta años, como Marat, el revolucionario francés asesinado en su bañera, y veinte menos que Alfonso. Todavía quedaban algunos tragos más en la botella. Bebió un sorbo y se la pasó al teniente. Había algo en el interior de la botella, una especie de luz, un corazón de luz que se expandía en breves destellos iridiscentes. Veintimilla miró a Justine, el *piercing* que, ante sus ojos, empezaba a adquirir la consistencia de un cuerpo más concreto, no solo un punto de luz que brillaba en su nariz, sino otra forma que se diseñaba ante sus ojos.

–Justine, tienes que decirme la verdad, el tiempo se acaba –dijo Veintimilla, con los acordes de una voz monocorde, grave y arenosa, la voz de un fumador consumado, la voz de un juez a punto de ordenar la sentencia.

–Bueno, bueno, qué intenso –respondió Justine– y como si tuviese las palabras anegadas en su cuerpo, al tiempo que se sentaba en el suelo y se apoyaba sobre la piedra, empezó a recitar:

“Le vendí el libro de arte, el de Jacques-Louis David, que tenía en la portada *La muerte de Marat*, hasta ahí estamos claros, ¿cierto? Bueno, desde ahí lo empecé a frecuentar: me mostraba su casa y me contaba historias sobre los cuadros o las esculturas o los instrumentos musicales; pasamos varias horas en la biblioteca, hablando de libros, pero también de la vida: cuentos sobre su familia, o sobre la ciudad, o sobre el amor o el sexo o la amistad, o cuentos sobre criadas de cuando era niño y su madre le disponía

una nodriza y de cómo esas mujeres representaban para él la llegada del amor, el cariño, y un primer brote de deseo. Mi madre fue una especie de criada, ¿sabes?, cuando yo no había nacido todavía, cuando estaba embarazada de mí, eso me contó cuando yo era ya una adolescente. Fue un tiempo en que la crisis nos golpeó a todos. Mi madre iba a casa de gente de dinero y limpiaba, cocinaba, planchaba. No me sorprendería que hubiese sido la criada también de Alfonso. Bebimos vino, champán y cocteles mágicos. Nos hablábamos por teléfono, nos mandábamos *e-mails* con comentarios sobre la ciudad o la política o el calentamiento global, nos enviábamos mensajes de dulces sueños, y un día –a las pocas semanas, que parecían meses dada la complicidad que parecía establecerse entre los dos– recibí un *e-mail* en el que, de la nada, me decía porquerías sexuales, y no lo digo por moralismo, para nada, sino porque me pareció fuera de lugar, como si la amistad, producto de un circuito cerebral, se hubiese degradado de un instante a otro, ¿me sigues? Me había preguntado en la alguna ocasión sobre mi signo zodiacal... Escorpio, temeraria, intuitiva, con un gran poder de imaginación, sensible, me dijo, con razón eres comunista, afirmó tajantemente, y yo me reí; le había contado que mis ideas eran socialistas y que creía en la Revolución Cubana, y ahí el viejo se burló, ya sabes que era un de-rechoso total, y yo le parecía una ingenua, la última comunista del mundo. De todas formas, soportaba sus arrebatos porque me caía bien, me producía una mezcla de ternura y de pena, pobre viejo abandonado, pensaba, y lo imaginaba recorriendo su mansión en las noches con un candelabro en la mano buscando encontrarse con los fantasmas que, seguramente, juraría escuchar al otro de las paredes. Pero bueno, en ese primer *e-mail* del que te habló, me decía que estaba en sus sueños, oh, bella Justine, me decía, imagino cómo será recorrer tu cuerpo, la senda secreta de tu olor,

debe ser un olor profundo, sacralizado, ¿te imaginas?, jaja, me dio risa, sacralizado... pero también me produjo una sensación fea, me sentí invadida, como si sus ojos, esos ojos inteligentes con los que observaba el mundo, ahora fuesen los ojos de un sátiro. Sin embargo, le seguí la corriente, por qué, me preguntarás. Porque una puede ser una idiota y hacer todo lo contrario a lo que dice tu cuerpo, tu intuición o tu cabeza. Le contesté, le dije que su correo me perturbaba pero que también me intrigaba; me envió otro: así son las cosas, chica escorpiona, me decía, imagino tu cuerpo, ¿te depilas ahí abajo?, ¿te gusta que te laman las axilas? ¿quieres que te riegue mi leche en el canal que forman tus senos maravillosos?, ¿gozas con el sexo anal? No sabía qué hacer, había despertado a un monstruo, jaja. ¿Cuándo pasó?, ¿cuándo, ese cautivante hombre adulto, tan culto y sereno, había dado paso a ese lobo feroz?, ¿cuándo, esa joven chica amante de los libros, ilusionada con el mundo increíble que conocía a través de sus ojos de viejo sabio se había convertido en una niña que caminaba por un sendero secreto del bosque, inocente y juguetona, saltando sobre la hierba, sin saber que detrás de los arbustos estaba una bestia dispuesta a lanzarse sobre ella para comérsela con sus enormes dientes de marfil y su babosa lengua de lobo hambriento?”

Veintimilla miraba a Justine. Había algo de verdad en lo que la chica le contaba, como si la historia que se desplegaba en su voz fuese el testimonio que el teniente necesitase para comprender esa zona indescifrable de García Brito. Poco a poco, los chicos que hablaban y reían junto a las fogatas empezaron a acurrucarse entre sí, como gatos hermanos, para dormir. La noche infinitamente estrellada como si fuese una proyección perfecta, un escenario armado en un observatorio estelar, era tibia, climatizada por el calor regular que emergía de los tachos de metal. En una de las

esquinas de la noche, empezaba a filtrarse una luz tenue, la estela de un cometa, o la llegada todavía serena del día.

–Bueno, pero de ahí a que lo mataras...–dijo Veintimilla, como si se le hubiese escapado la frase en uno de esos incontrolables impulsos neuróticos.

–Cállate, bobo, no sabes lo que dices, y escucha toda la historia –respondió Justine, con un tono de reproche, una dulce travesura de niña mala:

“Dejé de hablarle, me sentía abrumada, sin capacidad de respuesta; el hombre al que admiraba se había caído de bruces del pedestal como una figura religiosa de yeso, hecha pedazos en el suelo la veía, sin posibilidad de armar su estructura. Durante unos días, Alfonso también se calló, imaginé que tendría vergüenza o que estaría ofendido, pero nuevamente, unos días después o quizás unas horas más tarde, recibí un *e-mail*: no huyas, bella Justine, deja que te lama los pies, que te bese los párpados, que te muestre mi verga tiesa, oh, mi hermosa Justine, no imaginas cuán dura la tengo imaginando que rompes tus torpes tabúes de barrio, bella niña vestida de negro, y dejás que te recorra la piel con mi lengua o mis dientes, que te dé la vuelá, oscura niña de mi deseo, para meterte los dedos en ese agujero celestial; Justine, mi amada, quiero que me comas las tetillas, verás cómo, cuando lo hagas, un minuto, un siglo, te daré el chorro más bello y espeso de leche, un chorro de leche de la Vía Láctea.”

Justine, mi amada, quiero que me comas las tetillas –pensó el teniente–, esa frase que estaba en el diario de García Brito, esa sentencia sexual que Veintimilla había logrado descifrar en un instante de epifanía. ¿Cuánto tiempo había pasado?, se preguntó como si estuviese perdido en el tiempo, marginado en una zona de la realidad, un vértice del espacio donde las horas o los días no podían contarse con la misma lógica.

–Bueno, entiendo que esa declaración lasciva debió molestarte, aunque, tal como me has contado las cosas, también era posible que García Brito hubiese interpretado erróneamente algunas señales de tu amistad...

Justine miró a Veintimilla como se mira al vacío, sin prestar atención a sus palabras y continuó:

“Entonces lo bloqueé en mi celular y no contesté a ninguna de sus llamadas, viejo loco, y aunque no lo crees, a pesar de su temperamento impetuoso, siempre creyéndose el centro del mundo, no volvió a buscarme. Ahí podría terminar la historia, pero no, ahora viene la segunda parte, no te duermas, viejo hombre de las nieves. A todo esto, yo me había separado de mi novio, ¿te conté que se llamaba...? Bueno, no importa cómo se llamaba, yo lo bauticé como James –¡James Dean!, pensó el teniente, con un estruendo en la cabeza al recordar que él mismo se había definido así ante María Dolores, apostado sobre una pared de San Blas– porque me recordaba a James Dean, delgado, hermoso, con su cabello lacio, negro, cayendo sobre un ojo, las manos delgadas y firmes, con callos, esas huellas que da la vida a los hombres recios. Mi James era denso, denso, insoportable a veces, celoso, pero no de esos celos que te gustan porque te hacen sentir amada a lo bestia, sino esos otros que te estorban, te persiguen como ojos centelleantes. Le encantaban los jeans negros y ceñidos, las camisetitas sin mangas y siempre se ponía una chaqueta negra de cuero sintético, de cuero vegano, como él decía, porque aunque comía carne de vez en cuando, se consideraba vegano. Yo lo bauticé el Alacrán, un bicho vigoroso y letal, una maquinaria perfecta del diseño animal”.

Veintimilla se fijó en el *piercing* de Justine. No era un punto brillante, tenía volumen y forma, una minúscula estructura. Aguzó la mirada como si tuviese poderes ocultos en los ojos, una

forma de zoom que aparecía en los momentos precisos, y ante esos ojos, iluminado por un *flash* celestial, quizás la estela de un cometa, o la luz punzante de un cuásar, ese *piercing* adquirió la forma de un alacrán. El novio, ese James Dean criollo, algo desfasado en la descripción de Justine, probablemente se lo había regalado como una forma de estar siempre, incorporado a ella.

“Mi Alacrán se volvió loco una noche, luego de salir de un concierto de rock en la concha acústica de la Villafloa. Drogado como estaba me hizo una escena de celos: *Man*, me dijo, vos estuviste coqueteando toda la noche con ese cabrón del Milton, yo te vi, loca, te vi, me dijo, pero yo le respondí que estaba loco, cómo voy a coquetear si todos estábamos bailando mosh, no ves que una se pega a los otros, se golpea, ahí está la gracia, men. Pero él seguía, que no, que yo era una *bitch*, una grilla, y ahí me cabré mal porque ya no le soportaba sus celos y, antes de llegar a la casa, a mi casa, porque siempre me acompañaba hasta la puerta, le dije que hasta ahí llegábamos y hasta, creo, que le pegué un rodillazo en los huevos. Mi James quiso reaccionar, pero se frenó en seco, al mirar cómo, en la puerta de mi casa, estaba mi hermano esperándome. Aunque no era un cobarde, mi Alacrán respetaba a mi familia, a César, en particular, nunca quiso saludarlo siquiera, decía que le temía. Tampoco quiso conocer a mis padres, aunque los conocía tan bien como yo, así que vio a mi hermano y sin decir nada se dio la vuelta y se fue. Te podrás imagina, que no era la primera vez que peleábamos, para nada, era un signo recurrente de nuestro amor, un eterno ir y venir. Nos amábamos con furia, con intensidad desmedida como dos locos, y nos odiábamos con la misma fuerza, como si el amor y el odio fuesen hermanos gemelos. Lo había conocido un año antes, quizás unos meses más, en mi barrio: apareció un día de la nada como si hubiese descendido del cielo en una nave espacial. Era un ser de otro tiempo, con su rostro

triste, tierno, de perrito apaleado, pero al mismo tiempo con ese odio al mundo que le dotaba de una belleza diabólica; su mirada me doblegaba como si fuese una niña. Te miraba de abajo hacia arriba, con un gesto de maldad, de dulce maldad y te desvanecías; pronto nos hicimos novios, como si eso fuese lo natural, lo obvio, como si estuviésemos destinados a ser dos en el cuerpo de uno; pero, como es obvio también, su amor, su forma de amar, me volvía frenética, siempre pegado a mí, una silueta, una sombra que se mantenía a mi lado y que desaparecía solamente cuando me miraba en el espejo, o cuando veía a mis padres. Bueno, esa vez que te digo, luego del concierto desapareció y aunque lo extrañaba a morir, también preferí que la distancia gobernara. Era necesaria una pausa, un silencio; en esos días fue que conocí a Alfonso, en esos días fue que me vi envuelta en esa historia hermosa y cruel”.

La luz cenital, una mancha blanquecina que apareció por el oriente, poco a poco a medida que Justine continuaba con el relato, comenzaba a ocupar más el espacio vacío. Las estrellas se apagaban o se desvanecían ante la presencia insinuante del día. Los chicos, salvo dos o tres, se habían dormido junto a las fogatas acurrucados entre sí, formando dispersas esculturas humanas cubiertas de ropajes de cuero. Veintimilla sorbió un trago más –¿en qué momento, se preguntó, la botella se había convertido en un recipiente chato y regordete, y el agave en un líquido púrpura y brillante?– y miró a Justine: los ojos oblicuos y feroces como los de un monstruo que pugnara por salir. Justine miró a Veintimilla: el rostro lívido, ligero como si fuese un rostro hecho de polvo y una sombra que le cubría la mitad de la cara, el ojo, la nariz, la boca.

No había tiempo para otras palabras que no fuesen la de esa geisha gótica y rubia oxigenada, esa niña gorda y furiosa sentada sobre una piedra mágica que movía sus manos blancas como si fuesen dos palomas.

“Pero como podrás suponer, un día apareció James, mi hermoso Alacrán, sin moto ni chompa de cuero. Venía lastimado, con el rostro atravesado por el dolor. Nos abrazamos sin emitir palabra alguna, no hacían falta; estaba en mi habitación, recostada sobre mi cama, quizás escuchando música, cuando sentí que llegaba. Era una emoción que se sentía en el corazón, siempre fue así. Me levanté, fui hasta la ventana, y, obvio, él estaba ahí detrás de un árbol, apenas insinuado porque ya sabes que no le gustaba que mi familia lo viese, y tenía razón, más aún cuando César me había visto tan triste en esos días. Nos fuimos al parque que está cerca de casa, compramos dos cervezas, y nos sentamos en los columpios como solíamos hacerlo siempre, y ahí, como si fuese una herida que debía ser cosida, le conté todo, todo sobre Alfonso; y, aunque te parezca extraño, no se enojó, no me montó una escena de celos, por el contrario, me abrazó y me dijo que todo estaba bien y sus palabras fueron como el hilo y la aguja que necesitaba para empezar a cicatrizar”.

De pronto, como si la luz, el día que empezaba a ocupar todo el espacio, se hubiese detenido en su marcha lógica, otra vez la noche regresó, y con ella, el crucigrama explosivo de estrellas, la luna ondulante detrás de una capa fina de esporas nubosas; sin embargo, la gente mantenía su sueño apacible, distante a la singularidad del tiempo. Y Veintimilla, a pesar de que en su cabeza algunas ideas sobre el relato de Justine –los signos de las ideas que se conciben antes de formularse en palabras– mantenía el silencio, incapacitado de armar las formas del lenguaje, como si su lengua estuviese dormida para siempre. Apenas podía pestañar, inmóvil como una escultura, con la cabeza depositada sobre la palma de la mano, el codo entre el muslo y la rodilla, las piernas apenas separadas entre sí.

“Pensé que me diría que fuésemos a un concierto, o que le acompañe a mirar un partido de fútbol de la liga barrial, como solía pedirme, pero no, fue a la tienda y compró dos botellas más de cerveza, mientras yo me terminaba de fumar un porro. Cuando regresó se sentó en el columpio y clavándome la mirada me dijo: vas a llamar a ese viejo y a decirle que quieres verlo, que estás arrepentida ¿¿Qué, estás loco!!, le dije, pero él siguió diciéndome que su plan era perfecto: *baby*, así me decía, vos regresas donde el veterano, te tomas unos tragos con él y luego me escribes. Yo estaré fuera de la mansión, le dices que has llamado a un amigo, que te gustaría cumplir una fantasía tuya, una cosa sexual loca, un trío con él y otro hombre. Ese otro que seré yo, entonces la damos más guaro, dos chafos o lo que sea y le dormimos, y ahí le abrimos la caja fuerte, seguramente tiene miles de billetes, y me llevo alguna pieza de arte, el Santo Grial o alguna otra huevada. Vos tranqui, *baby*, que el veterano no va a decir nada, porque si insinúa siquiera que te quiere acusar, le dices: ve, man, no me jodas, te denuncio por violación y te jodes para siempre en la cárcel, ¿y sí sabes lo que les hacen a los violadores en la cana! No vas a poder con ese infierno. El veterano afloja, se rinde, te odia un poco, pero se fresquea, y yo, nosotros, mi amor, logramos dar ese salto tan necesario para que esta vida de mierda empiece a limpiarse. Espera, hombre inmóvil, antes de que empieces con la catarata, un dato más: mi Alacrán es el último sobrino nieto de Mama Lucha, ¿cachas?”.

–Voy a hacer algunos estiramientos de yoga –dijo Justine, al tiempo que se dejaba caer al piso–, estoy toda engarrotada, y ya te termino de contar la historia. Falta poco para que amanezca –recalcó con una ligera sonrisa maliciosa que se extendía en los ojos, al tiempo que se tomaba la cabeza con las dos manos, a la altura de la nuca, para bajarla hacia el pecho.

Veintimilla también se soltó un poco, como si su estado de inmovilidad hubiese desaparecido con las palabras mágicas pronunciadas por la geisha oxigenada. Claro que recordaba a Mama Lucha, y, como si en su mente se proyectase un informe, perfiló su imagen: Luz María Endara Altamirano (17 de marzo de 1934 - 29 de junio de 2006), más conocida por el alias de Mama Lucha y por sus más allegados como doña Luchita. Fue una extorsionadora ecuatoriana perseguida por crímenes de evasión de impuestos y traición a la patria. En su juventud, por los años cincuenta, en la cantina de su madre, en Imbabura, descubrió que podía manipular sutil o brutalmente a las personas, ese era su talento; interactuaba amablemente con los policías que acudían a la cantina, eran sus clientes mimados; cuando algún borracho cliente suyo caía preso, ella gestionaba su salida, así se ganaba la lealtad del borracho liberado. La fórmula era infalible. Se la veía en los juzgados caminando, con paso seguro y saludando a jueces, abogados de medio pelo y tinterillos, clientes suyos de la cantina y amigos de confianzas alcohólicas. Se dice que estudió Derecho por su cuenta y que, poco a poco, obtuvo el beneplácito de algunos jueces que, a base de metódicos sobornos y regalos, se convirtieron en sus aliados; aquellos que se resistieron, recibieron amenazas, alguna bofetada de la mano recia de Mama Lucha, y sufrieron sospechosos accidentes de tránsito. No se conoce bien cuándo emigró a Quito ni cuáles fueron sus primeros pasos para entrar en los mercados, pero, dado su talento para envolver a la gente y sus métodos efectivos de mafiosa en ascenso, poco a poco se consagró como la dueña y señora de los mercados, doña Luchita de armas tomar. Cobraba a los vendedores por ocupar sus puestos en los mercados de Quito con el argumento de protegerlos de la delincuencia, compraba puestos y los revendía a su antojo, y, si alguien se negaba, tenía la grata visita de Los chicos malos, una banda de jóvenes criminales

dispuestos a instalar la guerra. Vestía joyas de oro y estridentes vestidos amarillos o rojos o verdes con zapatos de tacón y pelucas hechas a la medida. Como prestamista, obligaba amablemente a los vendedores de los mercados a pedirle dinero, que debía ser devuelto en cómodas cuotas mensuales, para que instalen sus puestos o compren mercadería, y cobraba los intereses que su ánimo, a veces furioso o dulce, como el de una tía consentidora, le impulsaba. Así, con el paso de los años, se erigió como la más temida de las doñas de la mafia local, señora de todos los mercados, señora y dueña de los barrios de la capital –la Ofelia, San Roque, Ñaquito, La Vicentina, Cotocollao, La Colmena, el Panecillo, Santa Anita, Dos Puentes y la Marín–, madre, tía y santa madrina de todos los miedos. El teniente recordaba haber leído varios reportajes algunos años atrás, muchos más de lo que quisiera tener en el cuerpo, en *El Extra*, donde se narra el ascenso de la gran matriarca popular. Además del poder logrado en los mercados de la ciudad, decía el reportaje escrito por Cocer, la doña había incursionado en el negocio del robo a domicilios, desmantelamiento de autos y hasta incipientes secuestros expres, siempre con la ayuda de sus sobrinos, Los chicos malos. Los testimoniados de la época decían que la doña tenía varias bodegas en El Camal, uno de los mercados del centro de la ciudad donde guardaba todos los objetos robados. No dos o tres, sino diez bodegas repletas de televisores, equipos de sonido, cocinas, refrigeradoras y microondas, bicicletas, motos, y, por supuesto, alfombras, cuadros, lámparas y hasta vestidos de novia, ternos y zapatos de fútbol.

Capítulo especial merecen “los chicos malos”, esos sobrinos de Mama Lucha que, en grupos de diez o más, la acompañaban en sus recorridos por los mercados, a inicios de cada mes, a fin de recaudar las cuotas obligadas. Muchos de sus sobrinos no eran necesariamente familiares de su misma sangre. Pues, aunque sus

hermanos tuvieron descendencia y ella misma varios hijos, nunca precisados en números, esos chicos se habían acercado a ella buscando la protección de la tía, la madrina, la mama, algunos de los cuales, según fuentes de la época, fueron acogidos como ahijados luego de pasar alguna prueba de su lealtad: una paliza a un enemigo, el robo de una casa o la entrega de una cuota a destajo. Ya crecidos, jóvenes y fuertes, algunos lacrados por las huellas de las cuchilladas en el rostro, se sumaron a esa gran familia. Eran el brazo armado, los hombres de confianza, los soldados de la iglesia de la santa diabla de todos los mercados de Quito, doña Luchita. Esos chicos formaron un equipo de fútbol, el Estrella roja, que a lo largo de diez años o más se coronó como campeón en todos los campeonatos barriales. Los sobrinos compraban a los árbitros, sobornaban a los jugadores rivales, amenazaban a los familiares. Así, con un ritmo de juego mediocre pero brutal, quebrando piernas y narices, goleaban a todos los rivales. Años después, en una de las oficinas allanadas por la Policía, se encontraron los trofeos obtenidos, guardados celosamente en una vitrina, junto con los archivos contables. Como todo emporio, continuaba Veintimilla recordando la nota de Cocer –mientras frente a él, Justine seguía estirando los brazos y las piernas, como si fuese una estrella de mar– de un día para otro todo empezó a desmoronarse. Denuncias de unos cuantos temerarios que se acumulaban en la Fiscalía, pequeños actos guerrilleros como robarse objetos de las bodegas, resistencias a pagar las extorciones, dieron paso a que la imagen de la doña, sus sobrinos, y su constituida mafia, empezara a fisurarse. Hubo alguien que se atrevió a dar un paso más: la esperó a la salida de una fiesta de bautizo, quizás la doña no tenía a todos sus sobrinos, a ese grupo de diez que la rodeaba, quizás jugaron fútbol esa mañana y se emborracharon, lo cierto es que la gran matrona dueña y señora de todos los mercados de Quito, salió de la casa de

su nueva comadre en la Villaflores con uno o dos de sus sobrinos y en un instante, un segundo en el que la realidad parece una escena en cámara lenta, saltó alguien, apareció de la nada y le clavó un cuchillo en la barriga, la abundante barriga que había acumulado durante todos los años, y huyó, desapareció entre los árboles, los autos y las sombras que las nubes producían al cruzarse con el sol. Fue llevada al Hospital Militar, pues uno de sus hijos era militar. A los pocos días salió sana y salva. La fina capa de metal había atravesado la grasa santa de la doña de todos los miedos rasgando algunos músculos, pero sin comprometer los órganos internos. Al día siguiente, apareció el cadáver de un hombre a la entrada del mercado de Santa Clara, con una herida larga y perfecta que le había abierto el estómago y expuesto las tripas. Se decía que se trataba del padre de quien se atrevió a acuchillar a la doña. Las denuncias por usura, enriquecimiento ilícito, robo y agresiones nunca fueron sancionadas, pues siempre era sobreseída, salía con fianza o se realizaban arreglos extrajudiciales. *Todo empezó a desmoronarse*, pensó Veintimilla, y corrigió la nota de Cocer. Era más preciso decir: *Parecía desmoronarse* –y continuó recordando la nota de prensa–. Sin embargo, la doña se mantuvo firme, renacida como la santa doña de todas las salvaciones. Por cortos periodos, Mama Lucha estuvo presa en sendos centros de reclusión de Babahoyo y Bahía de Caráquez, pero todos los intentos por procesar a sus familiares fueron repelidos furiosamente por la familia. En la lista de golpeados, fracturados y mutilados –conocido era el método de cortar un dedo, el meñique, como forma de demostrar su poder– estaban policías, fiscales y jueces. Era otro mundo, pensó el teniente, cuando en el Ecuador todavía no habían descendido los jinetes del infierno, los sicarios y sus patrones dispuestos a comerse el país entero. La doña madrina de los vendedores de Quito, diosa popular, coronada de oro y encajes de piedras preciosas, gobernó

durante veinte años. Durante ese tiempo acumuló propiedades, casas, locales comerciales y quintales de mercadería pero un día, el pacto con el diablo terminó. La inmortal, la madrina, la tía protectora enfermó del estómago, y meses después, a pesar de los intentos mortales, murió de cáncer. Fue velada por tres días dentro de una de sus casas en La Colmena, tal como dictó en su última voluntad, por si resucito como nuestro señor Jesucristo, dicen que dijo, con una media sonrisa que se desdibujaba en los labios finos y pálidos, brillantes todavía los dientes de oro en el hueco de la boca. Llevaba un vestido blanco con lentejuelas y una corona hecha con rosas, cuando se la vio por última vez dentro del perlado ataúd, antes de ingresar al mausoleo familiar en el cementerio de San Diego. Junto a la puerta, un lacónico sobrino –esculpido en oro, con un collar de perlas–, vigilaba a la matrona. El último día en la vida y en la tierra, fuera del cementerio, decenas de jóvenes, vestidos con trajes negros de terciopelo, lloraban la muerte de la gran madrina. Llevaban cadenas, pulseras y anillos de oro. Una banda de pueblo tocaba los acordes de una cumbia fúnebre. Cada año las hijas de Mama Lucha –doña Endara de los cielos nunca retornada–, sus hermanos, nietos y sobrinos le llevan una serenata en el Día de los Difuntos, y reparten 700 vasos de colada morada y guaguas de pan a los vecinos de San Diego. Algunos le llevan flores, velas y estampas, le rezan y piden su protección. Otros no miran siquiera hacia el mausoleo, atravesados todavía por el miedo. Hay alguno que dice haberla escuchado, con esa voz estruendosa, pronunciando palabras en un idioma incomprensible. Quizás alguien dijo que la vio recorrer los pasillos del cementerio, una silueta gorda y acompasada, vigilando las otras tumbas, dueña y señora de todo, en la vida y en la muerte.

La mayor de sus hijas, Maritza, se hizo cargo del imperio familiar y se convirtió en la nueva líder de la organización delic-

tiva. No obstante, nunca logró mantener la altura de la madre. En algún punto, fueron detenidos cuarenta miembros de la familia, tíos, sobrinos y nueras, y condenados finalmente a pasar algunos años tras las rejas, acusados de robo, homicidio, estafa, lesiones, tenencia ilegal de armas, ocultación de cosas robadas, plagio, destrucción de bienes, entre otros delitos. Los chicos malos –antes temidos antisociales que usaban pasamontañas, guantes de látex, zapatos de charol, y portaban cuchillos, pistolas y machetes cuando se lanzaban a sus operativos– han desaparecido, han envejecido o transmutado.

–¿Y qué tiene que ver tu Alacrán con la doña esa? –preguntó Veintimilla, regresando al presente, como si no hubiese pasado un minuto mientras él mismo recreaba el relato de Mama Lucha, frente a Justine, quien lo escuchaba a través de un canal telepático.

Justine terminó de mover el cuello de un lado al otro, tronando las cervicales y miró al teniente con sus punzantes ojos achinados. La noche seguía estática y silenciosa, quizás se escuchaba el ulular de un búho, o la respiración rítmica de los chicos abrazados junto a las últimas pavesas anaranjadas.

–A eso voy, niño bobo –dijo Justine y volvió a sentarse sobre la piedra.

“Verás, mi James, mi bello Alacrán, loco y loco de verdad, me propuso lo que me propuso: robar el castillo del conde medieval como una forma de ganarse la credibilidad de uno de los sobrinos de Mama Lucha. Sí, ya sé que pensarás que es ridículo, y pues sí, pero también es cierto que James creía en su manobra. Tú de ley sabes que la vieja murió hace unos años y que su familia como que había desaparecido, o sea, ya no eran tan duros en el mundo del hampa, como dicen ustedes los periodistas, pero seguían vivos aunque viejos, me refiero a los que se llamaban los

sobrinos, los chicos malos que eran ya los vetucos, los viejucos malos. Nunca vi a ninguno, pero el Alacrán me decía que todavía tenían sus movidas en los mercados, y que hasta querían emigrar sus negocios al mundo de la estafa electrónica, aunque no habían dejado de lado uno de sus negocios más tucos y rentables: el robo a casas. Pero, claro, como vos sabes y todo el mundo sabe, ahora las cosas están más jodidas, onda re jodidas, porque las mafias de los narcos gobiernan casi todo, no todo, por suerte, entonces a los viejos malos, los veteranos esos, no les queda de otra que buscar qué hacer, renacer, reposicionarse, reingeniería de procesos, como dicen ustedes los consultores, para ver si algo logran, o mucho. Mi James, cachas lo pilas que es, me dice: el robo de piezas de arte es un arte que hay que explotar y de ley que en la caja fuerte, en el sótano del castillo, el veterano tiene lingotes de oro. Tipo que se rayó un poco mi Alacrán, cierto, porque creía que Alfonso tenía una mazmorra con juguetes de tortura, ropa de caballeros medievales, espadas y escudos en las paredes, pero todo como una puesta en escena falsa porque detrás, debajo, escondidos entre las paredes, loca, el viejo ese de ley tiene lingotes de oro, me dijo James, lingotes y pulseras, anillos de oro y piedras preciosas, y monedas de plata, le dije, y él rió con esa risa medio loca y saltó como saltan los monos cuando están enloquecidos. Ya nada, me dije, tengo que hacer lo que mi Alacrán me pide porque él necesitaba dar ese golpe para que alguno de los sobrinos viejos esos le paren bola y de esa manera, ser recibido en el seno de la familia. Y así lo hice: le escribí a Alfonso y le dije que necesitaba verlo. Y, pocos minutos después, me dijo que claro. Le dije que iría en la noche. Bueno, me respondió, tendré champán para festejar”.

En ese momento, como si fuese un estruendo nervioso que le recorría el cuerpo, una imagen proyectada en el centro del cerebro, el teniente Veintimilla recordó los nidos de golondrinas

de la casa de la señora Josefina, esos nidos que, en ese momento, le habían parecido artificiales como si la naturaleza hubiese obrado con detalle hiperrealista. Esos ojos de una golondrina, ahora magnificados en su recuerdo, que lo miraban fijamente, gélidos y cristalizados, como las lentes de una cámara, una cámara de seguridad. Tenía que encontrar las imágenes de esa cámara, pensó y buscó instintivamente un cigarrillo en la chaqueta.

—Ese es un vicio *out*, teni —le dijo Justine, al tiempo que sonreía. Veintimilla la miró, había algo en esa chica que le molestaba profundamente, quizás la displicencia con la que narraba las cosas, o ese tono de excesiva confianza, esa forma de tutearlo como si fuesen amigos.

—Mira Justine, Clara o como te llames —le dijo Veintimilla, conteniendo el hastío que le producía la chica, pero dispuesto a sorpotarla un poco más; debía terminar de escuchar su historia—, no te creo mucho lo de tu Alacrán, ¿dónde está?, ¿quién es realmente?

—No te sulfures, *man*, te puede dar un derrame. Ahora te cuento el final del cuento.

“Fuimos esa noche con mi James; en realidad, él se quedó en El Palenque, un bar junto a la plaza de San Blas, hasta que yo lo llamase, así me dijo. La idea era tomar unas primeras copas con Alfonso y luego decirle que un amigo me venía a ver para irnos a un concierto, o mejor, si te animas, Alfonso, debería decirle yo, quizás te animas a que los tres hagamos cositas. Verás que el veteo, me dijo mi Alacrán, por seguir contigo te dice que traigas a ese amigo. Y así fue, tomamos dos copas de champán. Alfonso me recibió bien, con cariño incluso, aunque en sus ojos ardía el infierno. Vestía un terno azul con rayas blancas, una camisa de seda, de esas que solía ponerse, un pañuelo en el cuello. Bañado y cortado el pelo, parecía como un niño viejo listo para la primera

comuni3n. Ol3a bien, siempre ol3a bien, aunque cuando empezaba a evaporarse el aroma del perfume comenzaba a oler a viejo, sabes a lo que me refiero. Se escuchaba m3sica cl3sica, esa canci3n que tanto le gustaba, ese bolero de Ravel, solo le faltaban velas para que sea un escenario teatral, era medio obvio todo. Ten3a tantas ganas de verte, me dijo, te he extra3ado mucho, mi bella princesa. Y me abraz3 con ternura. Est3bamos en el umbral de la puerta principal. Pareces una bruja con esa capa. Para hechizarte mejor. Pareces una ratona gigante con esas orejas en punta. Para escucharte mejor. Te pusiste el Chanel 5. Para que me huelas mejor. Esa canci3n, la de Ravel, sonaba en toda la casa como si las paredes tuviesen parlantes incorporados. Adem3s, era una versi3n en flamenco, con una mujer que gritaba, ahhh, ahhh. Me tom3 de la mano y me llev3 al segundo piso, directamente a su habitaci3n: era roja como el interior de un h3gado, oscura, aunque el respaldar de la cama era blanco y lleno de estrellas; me asust3 un poco. Dentro de la habitaci3n, a pocos metros de la cama, ten3a una sala con sillas extra3as, parec3an esqueletos de animales y una mesa de centro que era como la cabeza de una vaca. Nos sentamos. Era clara la intenci3n de Alfonso. Yo estaba all3 para consumir su deseo. Imagin3 que me tomar3a la cara con las enormes manos blancas y me la lamer3a, me abrir3a la boca para meter su lengua, sorbiendo mi saliva con desesperaci3n. Me besar3a el cuello y me sacar3a la ropa como un bruto para poder lamerme todo de cabeza a los pies, oliendo y mordisqueando, besando y babe3ndome la piel. Alfonso se desvestir3a con rapidez, pero cuidando que sus prendas no se estropeen; mirarlo desnudo ser3a lo peor, mirar su cuerpo viejo: sus piernas de huesos largos, la barriga grasosa, la piel llena de pecas y lunares de carne como min3sculos insectos, los brazos fl3cidos y la cabeza grande, angulosa. Y tendr3a que mirar su pene parado, a punto de estallar su semen, listo para

botar toda la leche agria, ácida, mientras yo le lamo las tetillas como me ha rogado, desnuda a su lado, soportando sus palabras, sus gemidos, mientras los acordes del bolero estallan en la habitación. Eso habría pasado, pero no pasó porque cuando Alfonso me dijo que se pondría más cómodo, imaginé que iría a su ropero para quitarse el traje y ponerse una bata de seda, le dije, espera, mi amigo dice que está afuera de tu casa, te va a caer súper bien. Estábamos sentados frente a frente, cada uno en una silla, Alfonso se arrodilló y gateo hasta donde yo estaba y puso sus manos sobre mis rodillas, oliendo mi piel desnuda y me besó una rodilla, al tiempo que me abría las piernas. No hay nadie, mi bella, te lo estás inventando. Es en serio, está en la puerta. Me besó un poco más adentro de la pierna. No, tú me mientes, niña hermosa. Sentí un cosquilleo en el cuerpo. No, mira que tengo que irme. No te vas a ningún lado. Y metió su mano explorando el interior del muslo. Es en serio, Alfonso, me levanté y me moví unos pasos segura de que habría detectado la humedad que se me escurría entre las piernas. Él se quedó en el suelo como un perro castigado. Está bien, me dijo, al tiempo que se incorporaba, dile que le voy a abrir. Cuando regresó Alfonso reía. James, seguramente, le había dicho que le decían Alacrán, vaya nombre, dijo Alfonso, un arácnido de la familia de los depredadores, al tiempo que le invitaba a sentarse en otra de las sillas de su sala. Fue a traer otra copa para beber. Todo ok, le dije a mi James, mientras me indagaba en silencio. Regresó con la copa y una botella más. La música continuaba, pero ahora solamente como un coro lejano. Alfonso abrió la botella de champán con un sonoro estruendo del corcho que voló por los aires. La espuma chorreó por el cuerpo de la botella y luego por los vasos. Era como si a Alfonso, tan escrupuloso en todo, no le importase ese detalle menor. Estamos de fiesta, dijo, como si me leyera la mente. Salud, dijo, y levantó la copa. Bebi-

mos. En ese momento pensé que todo era una pésima idea, pobre viejo, no sabe lo que este *man* planea, pero al mismo tiempo sabía que no había marcha atrás, como cuando golpeas el primer dominó de esos estúpidos diseños encadenados. Me dirás que te cuente los detalles, ya sé, pero la verdad es que los siguientes minutos se han perdido un poco en mi mente. O sea, sí recuerdo lo que pasó, pero como cuando en el chuchaqui tratas de rebobinar el casete, cachas, en mi caso, menos mal, no borró casete, ja. Debemos haber bebido cuatro o cinco botellas de champán, hablamos y reímos como amigos de chupe, contando huevadas, luego prendimos uno chafó enorme de *weed*, y fumanos y reímos como tontos. En algún punto, Alfonso y yo estábamos más cerca, sentados uno al lado del otro en la cama, no sé cómo llegamos ahí y él recostó su cabeza sobre mi hombro, escuchaba su respiración agitada. Mi divina Justine, me dijo, déjame que te culee, es lo último que quiero antes de morir. Entonces apareció mi Alacrán como si hubiese estado escondido debajo de la cama y me dio una copa de champán, brindemos por ti por mí por lo que pueda pasar, le dije a Alfonso y le pasé la copa. Él se bebió todo el contenido sin respirar, lo besé en la boca. Fue un beso breve, pero eterno, un beso que me dio asco y ternura, sus labios viscosos, la punta de su lengua, la saliva asquerosa. Alfonso me besó el cuello, parecía un conde Drácula dispuesto a clavarme sus colmillos, entonces le mordí el cuello, más bien le hice un chupón. Fue un acto reflejo, él grito, era un grito de furia y de placer, y movió la cabeza como si me ofreciese el otro lado del cuello, lo chupé también como si yo fuese ahora la vampira. Me miró con ojos de amor y odio, esos ojos que te quieren matar o comer. Espera, le dije, y saqué una bolsita de coca: con mi dedo índice se la llevé a la nariz, Alfonso la espiró con fuerza, una y otra vez, y tomó un poco más de la bolsa para frotársela contra las encías. Entonces, se levantó

de la cama como si en su cuerpo se hubiesen encendido todas las alertas, como si tuviese un intenso chorro de adrenalina recorriéndole las arterias y los músculos. Tuve miedo, miedo de sus ojos encandilados. Empezó a bailar como Jim Morrison alrededor de la fogata. Se golpeaba las piernas en las patas de las sillas, se caía y se volvía a levantar, era como si estuviese poseído, loco. Ven, ven, mi bella escorpionista, mi bella Justine, bailemos desnudos, y se quitó la bata, vi sus piernas llenas de varices, su ombligo oscuro y peludo como una puerta secreta a otra dimensión, sus huevos colgando dentro de su piel lacerada y su pene rígido, listo para escupirme. Ven bebé, mi leche sagrada es solo para ti, mi bella Justine, dijo Alfonso y se acercó a mí como la caricatura de una pantera humana, sigilosa y borracha. Ven, amor mío, lámeme las tetillas, déjate que te toque el corazón con los dedos del amor, ponme cocaína en el ombligo, verás que ahí está el centro de la belleza, jala y aspira hasta el cerebro y siente como me pongo duro, ponte en cuatro, quiero verte el culo abierto para meterte la lengua. Ven, hermosa, ven, dijo, como si las palabras se desinflaran, igual que los acordes de la música que también morían. De pronto Alfonso se desvaneció sobre la cama encima de las sábanas de seda. Mi Alacrán apareció, había estado en la penumbra, detrás de las cortinas, quizás buscando los tesoros escondidos del conde medieval, no lo sé, lo que sé es que me dijo, no tiene nada, viejo cabrón, recorrí toda la casa, hasta el sótano, y nada, solo estas huevadas de arte, déjalo ahí dormido, nos vamos a llevar algún cuadro y basta. Me acerqué a Alfonso, miré sus ojos abiertos, una gota de saliva que caía por una de las comisuras de la boca, los pelos blancos del pecho, las tetillas rojas como si fuesen dos moras de carne, su pecho rígido, su verga todavía viva. No respira, James, creo que está muerto, le dije, pero él no respondió, permanecía rígido a mi lado, contemplando la escena. Le pusiste mucha dro-

ga en el vaso, le dije, está muerto, y puse mi oreja a la altura del corazón, se escuchaba hueco, como si ya nada hubiese dentro. ¿Y ahora qué hacemos!, le dije a James, vamos a llevarlo a la tina, pero él seguía callado, mirándome con sorna. Ayúdame, le repetí, ante su silencio impasible. Cargarlo fue difícil, el viejo pesaba toneladas, fue mejor ponerlo sobre una alfombra y arrastrarlo hacia el baño que estaba a unos cuantos metros, fuera de la habitación. Mi corazón estaba a mil, la cabeza aturdida por el alcohol, la marihuana y la coca, aunque algo más focalizada. Meterlo en la tina fue otro suplicio, y es que James no ayudaba en nada, parado ahí como una sombra, inútil. El cuerpo de Alfonso en la tina, desnudo, se veía como la figura triste de un hombre asesinado, coloqué una de sus manos en el piso para que pareciese la réplica del cuadro de Marat. Y mientras el agua llenaba la tina, puse jabón líquido, ordené los frascos de las medicinas que estaban junto al lavabo, limpié las huellas, sobre todo del frasco de somníferos, y descubrí que Alfonso, en algún punto de la fiesta, se había tomado Viagra, lo deduje porque el aluminio del blíster tenía varios agujeros. Lo dejé asimismo para insinuar que el viejo se había infartado por ese exceso. Vamos, le dije a James, que me miró con ojos complacidos, como si estuviese midiendo mi rendimiento, como si todo fuese una prueba, me daban ganas de matarlo. Miré la escena por última vez, pobre viejo, pensé, y, antes de salir del baño, tomé una de las pequeñas toallas de mano y le tapé la cara: quería borrar la huella de esa mirada, esos ojos desorbitados que miraban lo que ya no se podía mirar. Regresé a la habitación, arreglé la cama, la mesa y las sillas que Alfonso, en su baile desquiciado, había botado por el suelo. Y acomodé las sandalias junto a la cama”.

Durante unos segundos, Veintimilla miró a Justine, ahí, sentada sobre la piedra, con las piernas recogidas, envuelta en su ropa negra, con los zapatos blancos: parecía la imagen viva de una

niña sacada de un cuento infantil. Justine miró al teniente, le había regresado el color al rostro, el cuerpo relajado, como si la noche hubiese obrado sobre su rigidez igual que las manos expertas de un masajista. La luz del día, otra vez, comenzó a filtrarse entre los acordes brumosos de la noche. Algunos chicos empezaron a estirar los brazos como gatos que despertaban del letargo. El teniente miró los ojos de uno: la mirada encendida, la pupila vertical. El día se abrió rápidamente como si se hubiesen encendido las luces de un escenario.

—¿Así que fue un accidente? —preguntó Veintimilla.

—Se le fue la mano a James con los somníferos —respondió Justine.

—¿Y dónde está el famoso chico con cara de rebelde sin causa?

—Luego de salir de la casa de Alfonso, me llevó hasta la puerta de mi casa. Me dijo que nos veríamos al siguiente día y desapareció. Nadie sabe de su existencia. Su celular está apagado, muerto.

—Tienes que acompañarme a la Policía, hay que aclarar todo. Si cooperas, seguramente te ayudarán a reducir la pena.

—Claro, así es la vida, se paga por lo que hace, ¿cierto? Bobo.

—Una cosa más: la réplica de la escultura de Camille Claudel, ¿se la vendiste tú?

—Oye, tú sí que preguntas huevadas, *man*.

Veintimilla trató de levantarse, pero no pudo. Sintió un golpe en la cabeza, un golpe seco que lo derrumbó pero sin desmayarlo. Regresó a mirar, ahí estaba la figura de su agresor, los mismos ojos de pupila vertical ahora de una intensa conformación amarilla. El chico saltó sobre Veintimilla y empezó a correr en dirección al bosque, detrás de Justine quien corría delante encorvada como un roedor. Veintimilla se incorporó, estaba mareado,

se palpó la pistola en la cintura y corrió detrás de los chicos. La luz del sol se filtraba por las rendijas de las hojas y las plantas como una ráfaga de esquirlas que cegaban al teniente. Miró cómo los chicos ingresaban al bosque, ahora una estructura viva de ramas, troncos y hojas amarillentas y brillantes que se movían como una masa de plastilina verde. Justine iba primero y detrás, a pocos metros, el chico de los ojos rasgados.

—¡Paren o disparo! —gritó Veintimilla, al tiempo que apuntaba con la Luger. Ninguno hizo caso. El teniente disparó varias veces, mientras los cuerpos de Justine y el chico empezaban a fusionarse con el ramaje espeso del bosque. Escuchó el sonido de un cuerpo que caía. Corrió hacia allá y descubrió al chico con una bala en el hombro izquierdo. Había corrido detrás de Justine para hacer de escudo humano. Tocó la vena cava del chico para comprobar que latía. Estaba bien, desmayado, pero bien. Veintimilla siguió buscando la huella de Justine. Era imposible: el bosque se la había tragado. Ante sí solo encontró una enorme pared vegetal. Por los mínimos orificios ingresaban miles de rayos de luz, como agujas de luz que hincaban la piel de Veintimilla. El teniente imaginó, al otro lado de la vegetación, la figura de la menuda geisha gótica, de oxigenado pelo rubio, regordeta y feliz, corriendo libre entre las plantas y las hojas del bosque de luz.

Encontró rápidamente el Mercury. Tenía que buscar al Alacrán, ese asesino torpe, ese remedo de mafioso, idiota. Se sentía furioso, cómo era posible que Justine se hubiese escapado, estuvo tan cerca, maldita enana de los mil demonios. Debía regresar mañana y buscar nuevamente a la chica, interrogar a alguno de sus chicos, encontrar la senda del asesino. Se sentía algo confundido, con los efectos todavía latentes del agave. Debía correr a su casa, mirar

cómo estaba Octubre. Lo recibiría con furia revolucionaria, pero antes debía pasar por la casa de la señora Josefina, mirar los videos de seguridad de esa noche. Quería hacerlo todo al mismo tiempo, dividirse en varios, multiplicarse. Entonces, mientras conducía sorteando los autos que madrugaban, sintió un golpe de certeza, una corazonada que le inundaba el pecho. Aceleró a fondo. En pocos minutos, como si a esa hora la ciudad le hubiese creado un sendero exclusivo, llegó al barrio de San Blas, subió por la calle Caldas y se estacionó frente a la casa de García Brito subiéndose sobre la acera. Cruzó la calle y accionó el timbre de la casa de la señora Josefina, una y otra vez. La puerta se abrió. La señora Josefina estaba vestida completamente de negro, con una manta sobre la cabeza y maquillada con exceso de polvo blanco.

–Disculpe la insistencia, señora –dijo Veintimilla, enmascarando la vergüenza y la ansiedad, mientras sus ojos descubrían, en los aleros de la casa, los falsos nidos de golondrina.

–Usted siempre anda apurado –respondió la señora Josefina.

–Necesito mirar sus videos de seguridad.

–Ya se había tardado, hombre.

Minutos después estaba sentado frente a la computadora de la señora. Al principio le pareció raro que la señora Josefina, tan tradicional y beata, tuviese una laptop de última generación, pero prefirió no comentar nada. Estaba acomodado en una de las sillas de la sala, con ella de pie a su lado. Se sentía incómodo, pero no había tiempo para susceptibilidades. Buscó la fecha de la muerte del doctor. Encontró el archivo de esa noche. La cámara registraba la realidad en blanco y negro. Con el dedo índice desplazó la imagen a velocidad mayor, y ahí, a las 19:43 apareció una figura frente a la puerta de la mansión de García Brito. Estaba sola. Era una figura espectral, vestida con un abrigo largo y una gorra con forma de cabeza de ratón. Por eso García Brito le había dicho

que parecía un roedor gigante, era cierto. La imagen registra la puerta que se abre y la figura del doctor; viste un traje elegante, como había señalado Justine, se ve como la abraza, luego entran los dos y cierra la puerta.

–Las ratas...

–dijo la señora Josefina.

Veintimilla no regresa a mirarla, sigue concentrado en las imágenes, moviendo el cursor plano con el dedo índice. Los minutos pasan, las horas pasan, y nadie más llega a la casa del Dr. García Brito. A las 11:59 se abre la puerta y se ve la figura de Justine salir, el roedor gigante que se sale del encuadre de la cámara. El cálculo de Aulestia, el forense, era correcto. El doctor había muerto entre las 22:00 y las 23:00. El teniente mira a la señora Josefina.

–Usted lo sabía, ¿verdad? –pregunta el teniente; es más bien una sentencia.

–Como en un cuento de hadas, el hechizo se acaba a la medianoche –le responde la señora Josefina, y en su rostro se dibuja una sonrisa maliciosa.

Justine y James, la pequeña geisha gorda y el Alacrán, pensó Veintimilla, todavía inseguro de la versión, como si no encontrase la explicación definitiva, los detalles finales, las piezas últimas de ese diseño de dominó. ¿Cómo entró el Alacrán a la casa de García Brito? Quizás por el techo. O había una puerta secreta. Manejaba a velocidad crucero por la Occidental camino a Carapungo. Puso la radio y buscó azarosamente en el dial: más de novecientos intentos de suicidios en este último año en Quito, decía la locutora de un noticiero, de los cuales trescientos resultan efectivos. Veintimilla, como si una imagen atroz se proyectase en su mente, imaginó que

César, el hermano de Justine, tenía un espíritu de suicida. Sería él uno de las tres personas que cada día se despiertan decididos a matarse, él uno de los tres que, en efecto, lo consiguen. Había algo de lúcido desarraigo en esa decisión, una forma de terminar con el dolor que se enquistaba en el cuerpo, de desterrar para siempre esa infelicidad que deviene del sinsentido. César, ahora, mientras conversaba con Veintimilla en la sala de su casa, rodeado de miles de libros, enclaustrado en un mundo de fantasía, parecía un hombre listo para partir, como si la vida concreta —la materialidad de la carne que se corroe día a día— no le interesase más: comer dormir defecar. Luego de conversar con el detective, ¿había decidido tomar una soga y armarla serenamente en una de las vigas de la casa, anudarla a su cuello, luego de subirse en un taburete, y lanzarse al vacío, esos pocos centímetros que necesita un cuerpo para balancearse entre los restos de la vida y la muerte que, entonces, ocupa todo el espacio y el tiempo? Seguramente, pensaba Veintimilla, mientras conducía por la Avenida Occidental, habría dejado una nota, una carta precisa con las explicaciones del caso. Una nota que debía descubrir su madre, la madre que incapaz de acoger al hijo entre sus brazos nada podría hacer ante el cadáver oscilante, ese cuerpo que ahora no es más que materia biológica en destrucción, ya no la historia, ni la cultura, ni la estética.

El teniente cambió la estación de la radio tratando de borrar la imagen de César. El fin del mundo se acercaba, qué duda cabía, pensaba, al tiempo que huía de los mariachis y los boleros de ultratumba. De pronto, una voz masculina captó su atención, era una voz sibilina y pastosa que hablaba como si estuviese en una conferencia mundial; cada palabra parecía salir del más allá, la voz antigua de un oráculo.

—Ahora continuaremos con la lectura del tarot —dijo—. Escorpio: El número XIII, mejor conocido como “La Muerte”, es el arcano correspondiente a Escorpio. Hoy...

Veintimilla mira por el retrovisor instintivamente. Gira hacia la derecha frenando a fondo. El Ford Mercury se detiene sobre la cuneta de la autopista. Qué estúpido, se dice, al tiempo que todo cobra sentido en su cabeza. Escorpio, la Escorpiona, como le decía García Brito a Justine, es el signo del Alacrán, de Justine... Justine Alarcón. La niña gótica se transmutó en otra, ella misma, pero en otro: de Alarcón a Alacrán. Era ella, la máscara de sí misma. Las imágenes de la cámara de seguridad muestran a una sola persona, Justine el Alacrán, la asesina. ¿Por qué lo hizo?, se pregunta Veintimilla, al tiempo que se recrimina nuevamente por haberla dejado escapar. En su cabeza, ahora una maquinaria de producir conjeturas, aparece una de las fotografías de la casa de Justine, una de las imágenes que alcanzó a mirar cuando César abrió la puerta: Justine claramente es distinta a los demás miembros de la familia —todos mestizos, con la piel cobriza, y ella blanca, tan blanca que su piel refulge, más aún con el cabello oxigenado— la pequeña hija concebida fuera de matrimonio, la hija producto de una violación, la hija bastarda. *No me sorprendería que mi madre hubiese trabajado para Alfonso*, le había dicho Justine; creía recordar que esas fueron sus palabras. Joder, dijo Veintimilla y volvió a ponerse en carretera. Justine, la Alacrana, la niña gótica había matado a su padre. En su mente esquizofrénica, pensaba el teniente, mientras aceleraba a fondo, había creado el personaje preciso para montar su venganza. Tenía la sangre fría y narcisista como la de su padre, el Dr. Alfonso García Brito. El anillo desaparecido del cuerpo del doctor —la huella blanca de su esfera en la piel muerta— había sido la pieza que faltaba, la marca de la asesina; ese anillo seguramente había sido fundido para convertirse en una pieza bajo pedido, un

alacrán convertido en el *piercing* que brillaba en la nariz de la geisha gótica. Su entramado retórico se basaba en la superposición de capas de verdad y mentira, de realidad y fantasía, así todo parecía más verosímil. Toda la historia de Mama Llucha y su imperio en ruinas, era falsa, o estaba constituida de una capa de verdad y otra de mentira. Así como la llegada del sobrino nieto, con cara de James Dean, desesperado por lograr un espacio en la mafia local. ¿En qué momento de su vida la mente delirante de Justine había inventado el personaje?, ¿sería como el amigo secreto, ese amigo invisible que aparece en la infancia para calmar la soledad?, ¿o su maquinaria perversa había inventado la versión consciente de que ese Alacrán era ella misma, como una mujer doble y única?

El Dr. García Brito había sido el objeto de su amor y su odio. ¿Cuándo descubrió Justine que ese prominente abogado era su padre? Quizás en la versión de su madre –ese relato confesional que pronunciara cuando la niña empezaba la adolescencia– ese padre había sido un aprovechador patrón que abusó de ella. ¿Fue así, la madre de Justine, entonces una joven criada destinada a sobrevivir en el mundo del mal, había debido ceder a las seducciones del patrón? En algún punto de la vida, Justine, bautizada así por ella misma para esconder a Clara o Clarice había decidido que se acercaría a su padre con el propósito de vengar el pasado maldito de su madre, ¿así fue? Y el padre, el misántropo doctor, ¿había descubierto que esa chica a la que amaba, esa chica a la que deseaba como si fuese la última oportunidad de afrontar el deseo, era su hija? ¿Qué pasó realmente en esos meses en que los dos, la hija y el padre, los dos seres separados por la vida, pero unidos por la locura se habían juntado, como las dos caras de la luna en Escorpio? Justine se le había escapado de las manos. Ahora estaba escondida en el bosque como una niña salvaje, pero él –eso lo

juraba como que se llamaba Ignacio Veintimilla— la encontraría. Eso era un hecho.

Encendió el viejo Mercury, los cilindros estallaron como los jadeos de un cuerpo todavía vibrante, miró por el retrovisor: en ese fragmento del espacio, breve y rectangular, creyó mirar unos rayos de fuego, unas estrellas de fuego, una mancha incandescente que lo cubría todo. Quizás era el fin del mundo, se dijo, y apretó el acelerador a fondo; era preferible huir del miedo.

Al llegar a casa se encontró con Octubre. El gato lo recibió con displicencia, pero luego, como si hubiese constatado las horas de ausencia, le maulló con furia, sosteniendo las notas agudas desesperadamente. Desalmado, idiota. Veintimilla le puso una lata de atún en el piso. El corcho con las huellas digitales de Justine, de la quinta botella, probablemente estaría detrás de una de las cortinas del cuarto de García Brito, dijo Veintimilla en voz alta. Octubre lo miró con alegría y compasión. Este hombre no cambia. El corcho se habría deslizado, continuó el teniente, luego de rebotar contra la cortina, hasta desaparecer en una zona umbrosa de la habitación. No era la primera vez que el equipo forense de la Policía dejaba pruebas o huellas por el apuro o la negligencia. Ese corcho estaría ahí por los siglos de los siglos, envejeciendo como la mansión, a no ser que un ratón, algún roedor juguetón, empezara a morderlo hasta hacerlo desaparecer.

Veintimilla se sentó en la silla veneciana. Desde el porche de la vieja casa de campo el mundo parecía una mancha mostaza o las formas de una pintura en acuarela húmeda que no terminaba de formarse. Quería un gin-tonic, un cigarrillo, pero el deseo se desvaneció, inundado por el sueño. Despertó con un estruendo en el cuerpo, como si una corriente de electricidad le recorriese

las arterias, los músculos. Al fondo del paisaje, entre las espirales de arena, creyó divisar la estructura musculosa de la camioneta 4x4 de María Dolores. ¿Cómo le diría que había encontrado a la asesina de su hermano, a esa bastarda brillante, malvada y criminal? Recordó que días atrás, horas atrás, no podía precisar el tiempo transcurrido, María Dolores le había dicho con seguridad absoluta que su hermano, el solitario Dr. García Brito, había sido asesinado. ¿Conocía ella la existencia de esa hija fuera de matrimonio?, ¿hasta dónde todo era parte de un plan perverso que él, como un tonto, había seguido a pie juntillas? Quizás María Dolores solo quería saber la verdad, y él, pobre teniente agotado por la vida, adolorido todavía, deliraba como si fuese un personaje condenado a los quiebres veleidosos de una mente superior, un pequeño demiurgo escondido entre las brumas de un paisaje de palabras. Tomó su iPhone. Tenía mensajes y llamadas de Acevedo y de la “Bruja”, como tenía registrada a María Dolores.

Pudo ser que Octubre se lamiera las patas, se frotara la cara con la huella embadurnada de aceite de atún y se subiera por una de las piernas de Veintimilla hasta acomodarse en el hombro, como si fuese un loro, él un loro y el humano un pirata. Pudo ser que así fuera.



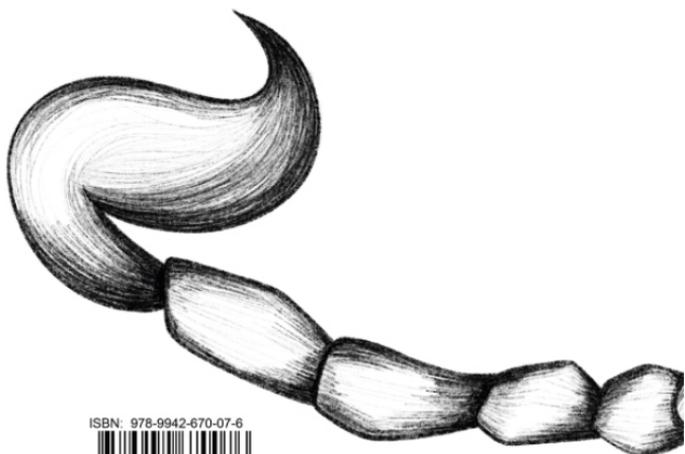
Esta edición de
LA MÁSCARA DEL ALACRÁN
se terminó de imprimir y encuadernar
en julio de 2024 en el PrintLab de la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador.
Para su diagramación se utilizaron tipografías
de la familia Cardo.





En una turbia noche quiteña, alguien ha matado al doctor Alfonso García Brito, un viejo coleccionista de arte, de gustos decadentes y perversos. El teniente Veintimilla –el singular detective y *dandy* creado por Juan Pablo Castro Rodas–, atraviesa las calles de la ciudad en su anacrónico Mercury a la búsqueda del asesino, mientras el país amenaza con desintegrarse sometido a la demencial violencia del crimen organizado.

Sobre este sórdido telón de fondo, el autor teje una inquietante trama policial que recorre distintos parajes y estratos sociales de una capital cartografiada con maniática precisión: desde las altas esferas a los ambientes marginales en los que el protagonista encuentra criaturas dueñas de una belleza cinematográfica y peligrosa, habitantes naturales del mal: María Dolores, Marilyn, Clarice/Justine, y el mismísimo Alacrán, siniestro y hermoso como un James Dean del submundo. Con una escritura morosa, que se solaza en los pormenores físicos del paisaje o del cuerpo, en su afán por construir atmósferas vívidas y extrañas, psicologías complejas y moralmente ambiguas, Castro Rodas nos regala una ficción que es un tributo a la novela negra y, particularmente, a uno de sus personajes capitales: el Philip Marlowe de Raymond Chandler. En esta ficción plagada de guiños y alusiones literarias y culturales, incluso el objeto del delito es construido como una detallista cita a la pintura, es decir, como una obra de arte.



ISBN: 978-9942-670-07-6



9 789942 670076



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora